"Las naciones son efecto de ficciones narrativas que atribuyen a ciertas comunidades la continuidad de un sujeto. La asociación entre continuidad y nación fomenta el desarrollo de relatos orgánicos que, como las genealogías familiares, adoptan la forma de sistemas arbóreos en que múltiples cuerpos se conectan entre sí por la reproducción sexual y el principio de la identidad biológica. Las ficciones somáticas del naturalismo argentino son resultado de una coyuntura textual específica en la historia postcolonial de las narrativizaciones de lo nacional. La lógica médica de sus genealogías patológicas demuestra que al mismo tiempo que la máquina narrativa de la nación produce iguales, sistemáticamente expulsa de la comunidad imaginaria nacional a aquellos a los que identifica con lo espúreo y lo extranjero. Este libro es una reflexión sobre el pacto cuasi-policial entre literatura, nacionalismo y medicina en que se fundaron las novelas médico-naturalistas del fin de siglo y el miedo a lo monstruoso que rigió su política de la representación."

Gabriela Nouzeilles

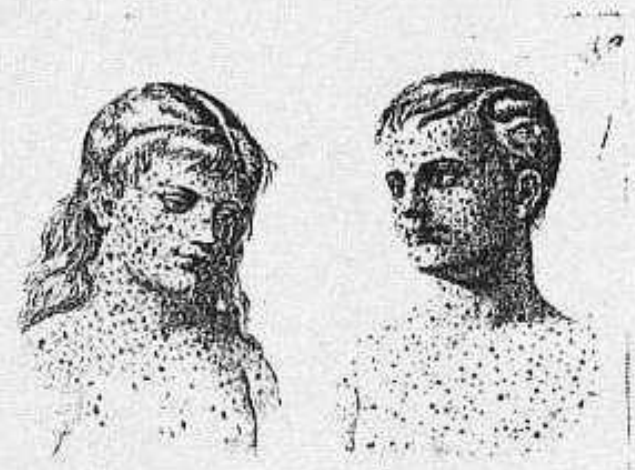
Gabriela Nouzeilles

Estudios Culturales

Ficciones somáticas

Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)

Gabriela Nouzeilles



BEATRIZ VITERBO EDITORA

Estudios Culturales

Ficciones somáticas

Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)

Gabriela Nouzeilles

BEATRIZ VITERBO EDITORA

Biblioteca: *Estudios culturales*
Ilustración de tapa: Daniel García

A Norma Forlón y Pedro Nouzeilles

Primera edición: octubre 2000
© Gabriela Nouzeilles
© Beatriz Viterbo Editora
España 1150, (S2000DBX) Rosario, Argentina
I.S.B.N.: 950-845-094-0
beatrizviterbo@arnet.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en Argentina

Agradecimientos

Este libro tiene su origen en la tesis de doctorado que presenté y defendí en la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, Estados Unidos. Una lista completa de las personas e instituciones que de alguna manera estuvieron relacionadas con el desarrollo de este proyecto en sus distintas fases de ajuste requeriría mucho más espacio y tiempo del que las convenciones del género "agradecimientos" permiten. Desde la resignación que me exige esa misma imposibilidad, me gustaría sin embargo dejar constancia de un número imprescindible de deudas afectivas e intelectuales. A Walter Mignolo le agradezco tanto su apoyo incondicional así como el haber sido fuente inagotable de entusiasmo e inspiración para internarme tanto en los estudios interdisciplinarios como en la crítica de las versiones hegemónicas de la historia y la sociedad. Frances Aparicio, Fernando Coronil y Cedomil Goic fueron lectores sagaces del manuscrito de la tesis cuyas observaciones resultaron cruciales en el proceso de reescritura con el que procuré mejorar y pulir mis argumentos. En diferentes estadios de elaboración, Graciela Montaldo, Alejandro Mejías-López, Osvaldo Pardo, Nora Domínguez, Parizad Dejbord y Ruth Hill comentaron secciones varias del libro y suavizaron, con su gentileza, los efectos paralizantes de la autocrítica. Con su apoyo financiero, la School of Graduate Studies Horace Rackham, el programa de Latin American and Caribbean Studies y el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Michigan, y posteriormente, el programa de International Studies y la Office of Research Support de la Universidad de Duke me ayudaron a disponer del tiempo y los medios para consultar bibliotecas y archivos en Buenos Aires, Argentina.

Otras deudas no son por menos específicas menos cruciales. A Victoria le debo que conmoviera al cielo. A Roxana que mantuviera estable la geografía del fin del mundo. Y por supuesto, mi gratitud y afecto a Steve y Sofía, sin los cuales nada sería posible.

Introducción

La emergencia de una racionalidad política de la nación como forma narrativa —estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, subtextos y estrategias retóricas— tiene su propia historia.
Homi Bhabha. Nation and Narration.

Toda sociedad produce sus Otros; pero cada tipo de sociedad fabrica su propia clase de extraños, y lo hace de un modo inimitable.
Zygmunt Bauman

Las naciones son efectos de ficciones narrativas, relatos maestros que atribuyen a ciertas comunidades la continuidad de un sujeto. El carácter persuasivo de estos relatos hace que la formación de la nación se perciba como la realización necesaria de un proyecto que, a través de grandes períodos históricos, va automanifestando la "esencia" de lo nacional. Esta representación se asienta en una ilusión doble: por un lado, la convicción de que las generaciones sucesivas que habitan un mismo territorio se han transmitido unas a las otras una substancia invariable, y por el otro, la ilusión de que el proceso de desarrollo, del cual los miembros actuales de la nación son su culminación, era el único posible (Balibar & Wallerstein, p. 86). Proyecto y destino son dos figuras simétricas de la narrativización de la identidad[1]. La asociación entre continuidad y nación fomenta la creación de relatos orgánicos que, como las genealogías familiares, adoptan la forma de sistemas arbóreos cuyas ramificaciones consisten en cuerpos conectados entre sí por la reproducción sexual y el principio de identidad biológica. Las ficciones somáticas del naturalismo argentino son resultado de una coyuntura textual específica en la historia postcolonial de las narrativizaciones de la identidad nacional. La lógica médica de sus genealogías patológicas demuestra que al mismo tiempo que, como ha señalado persuasivamente Benedic Anderson, la máquina narrativa de la nación produce iguales, sistemáticamente expulsa de la comunidad imaginaria nacional a aquellos a los que identifica como variantes de lo espúreo y lo extranjero. El objetivo de este libro es dar cuenta del pacto de sentido entre literatura, nacio-

nalismo y saber médico en que se fundan las ficciones exclusivas del naturalismo argentino y su visión corporalizada de la nación.

En la Argentina del fin de siglo, una vez suprimidas las rebeliones civiles y asegurada la expresión territorial del Estado, la cuestión que dominó los debates políticos e intelectuales del período fue el problema de cómo fabricar ciudadanos. Al Estado virtual instaurado por el monopolio de la violencia debía seguirle una reorganización generalizada de lo social que facilitara la administración pública y la cohesión interna de la comunidad nacional. Con este objetivo, la élite criolla se propuso dar forma a una cultura común que hiciera posible y al mismo tiempo legitimara la jurisdicción política del flamante Estado sobre una población heterogénea. Entre los rasgos más sobresalientes de este esfuerzo se encontraban la invención de tradiciones nacionales y la imposición de una lengua común[2]. Uno de los discursos más influyentes en la producción de hegemonía fue la literatura. Además de asentar el tono y los registros del castellano local, el discurso literario se convirtió en el espacio virtual donde se proyectaron "los modelos de comportamiento, las normas necesarias para la invención de la ciudadanía, los límites y las fronteras simbólicas, el mapa imaginario" del Estado en consolidación (Ramos 1988, p. 8). La praxis literaria colaboraría, por medio de la mímesis, en la delimitación de una comunidad imaginaria que se establecería en la conciencia pública a través de la lectura[3]. De ahí que una porción significativa de las discusiones sobre la identidad girara en torno a la definición de la literatura nacional y los modos más adecuados de escribir novelas[4].

Los debates a propósito del naturalismo que se desarrollaron en esos años ilustran los modos en que se concebían los usos políticos de la ficción literaria así como la adaptabilidad de los modelos narrativos europeos disponibles en el mercado. Más allá de profundos desacuerdos, en lo que todos los participantes de la polémica coincidían era en la aceptación incondicional de la estética realista como el único modelo válido para la incipiente novela nacional. El realismo era particularmente atractivo porque proporcionaba tanto un criterio de validez estética como un programa epistemológico que, asentado en la supuesta transparencia del lenguaje, facilitaba el estudio de una sociedad y una geografía inexploradas al mismo tiempo que garantizaba la educación sistemática del lector. El énfasis en la formación del ciudadano futuro generó una inevitable paradoja: la insistencia en la

imitación de lo real traicionaba el deseo de construir, más que de copiar, el perfil simbólico de la nación.

Si bien pocos cuestionaron que la novela pudiera producir una representación acertada de lo real, no existía el mismo tipo de acuerdo en cuanto a cuáles eran las matrices narrativas más apropiadas para narrar lo nacional. Dado que se creía que los argumentos novelescos constituían modos efectivos de comprender y de hacer comprender las relaciones entre sociedad nacional e individuo[5], había que asegurarse de que los efectos pragmáticos de la lectura reforzaran la estabilidad endeble de lo civil. Si no se cumplía esta regla, el texto novelesco podía transformarse en un mecanismo semiótico desestabilizador que, como advertía Miguel Cané, sociedades jóvenes como Argentina, "la que más necesita[ba] de la prédica del ideal", no podían permitirse. Esta preocupación por los efectos de la representación fue el punto de anclaje de una inquietud más amplia acerca de cómo disciplinar literariamente al público en beneficio del Estado.

Es por eso que las hipótesis teóricas más convincentes de la crítica literaria metropolitana para explicar el escándalo producido por la aparición de la novela naturalista en Europa no alcanzan a dar cuenta de las motivaciones que movilizaron la resistencia al naturalismo como modelo viable para la literatura argentina. Un recorrido atento por las revistas y periódicos publicados en Buenos Aires a fines del siglo XIX revela no tanto una repetición del escándalo europeo provocado por la clausura del canon clásico y la ampliación del campo de la representación (Auerbach; Levin), ni una defensa de la autonomía burguesa de lo literario (Bürger 95-7)[6], como una marcada preocupación por los posibles efectos contraproducentes de la lectura de novelas naturalistas en lo que hacía a la creación de imaginarios nacionales. Muchos letrados opinaban que el marcado pesimismo de la epistemología naturalista contradecía la verdadera misión del arte nacional: la postulación de un ideal común a través del cual los lectores, en tanto miembros de la patria, podían reconocerse y colaborar entre sí. En su opinión, los relatos que se acercaban más a los ideales político-literarios deseables eran aquellos cuyas ficciones combinaban la presentación realista de tipos sociales locales con un mensaje utópico. No sorprende entonces que algunos de los ejemplos usados contra el modelo de Zola provinieran de la variante sentimental del género novelesco, como *María* (1867) del colombiano Jorge Isaacs, considerada por un crítico de la época "una joya de la literatura hispanoamericana" (*Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, 1879, p. 219). Los defensores del naturalismo, en cambio, subrayaban el potencial

político y moral de la novela experimental y su capacidad para generar conocimiento útil. La dimensión política de este debate literario revela que las ficciones naturalistas argentinas no fueron simplemente respuestas mecánicas a la oferta del mercado metropolitano de objetos culturales, ni un documento histórico de valor por su representación fidedigna de nuevas situaciones urbanas (Avellaneda), ni tampoco una mera inversión reaccionaria del socialismo zolesco (Fishburn). La especificidad de la práctica naturalista argentina reside más bien en la articulación específica entre fábula, política y saber, implícita en su programa.

Aun cuando los escritores naturalistas procuraron satisfacer los imperativos miméticos del nacionalismo, la lógica argumental de sus ficciones cuestionaba, y a veces refutaba, la utopía erótico-política promovida por los —según la denominación de Doris Sommer— romances fundacionales latinoamericanos. Según Sommer, novelas sentimentales tales como *María* de Jorge Isaacs, *Iracema* (1865) del brasileño José de Alençar, *Martín Rivas* (1867) del chileno Alberto Blest Gana, *Enriquillo* (1882) del dominicano Manuel Jesús Galván y *Amalia* (1851-5) de José Mármol, entre otras, funcionaron como verdaderas ficciones fundacionales cuya función principal en el momento de su publicación era promover un modelo cohesivo del estado nacional postcolonial en las nuevas repúblicas americanas[7]. Mediante la asociación alegórica entre pasión romántica y nacionalismo, estos clásicos nacionales contaban inevitablemente historias de amantes, representantes de regiones, razas, partidos o intereses económicos en conflicto, cuya pasión por la unión sexual y matrimonial apelaba a un público sentimental en busca de su adhesión al proyecto político que cada novela defendía (Sommer, pp. 42-50)[8]. Producidos en un contexto de profunda crisis e incertidumbre políticas, el objetivo último de estos romances era la constitución de una familia adánica de la cual nacería la futura nación. Dentro de su lógica argumental, la continuidad temporal de la comunidad nacional equivalía a la propagación de una familia nuclear cuyos miembros defendían y representaban los ideales de la modernidad progresista, la respetabilidad burguesa y el liberalismo económico. El interés erótico que despertaba la sentimentalidad de sus historias de amor surgía de las mismas prohibiciones socio-políticas que obstaculizaban tanto la felicidad de los amantes como el progreso del país en que vivían. Los amantes se amaban incondicionalmente, nunca peleaban, puesto que el éxito o el fracaso de su historia de amor respondía siempre a causas externas que era necesario superar para que la consumación erótica —y por extensión, la unión nacional— pudiera realizarse. En un mundo imaginario, los romances fundacionales resolvían las contradicciones políticas y sociales que impedían la constitución definitiva del Estado a través de matrimonios (pactos) literarios; cuando no había final feliz, el impulso pragmático de la ficción alentaba a los lectores a llevar a cabo los cambios necesarios de modo tal que una resolución extraliteraria fuera posible. En Argentina, el utopismo liberal que acompañó y siguió a la caída del dictador Juan Manuel de Rosas (1852) habría tenido su romance fundacional en *Amalia* de José Mármol. En esta novela, dos regiones antagónicas, el Interior y Buenos Aires, se reconciliaban a través de la historia de amor de Eduardo y Amalia, al mismo tiempo que la oposición política entre unitarios y federales se resolvía en la figura multifacética de Daniel Bello quien, aunque un híbrido de las dos facciones, claramente representaba los ideales del liberalismo burgués[9].

Las ficciones estatales del naturalismo latinoamericano consisten principalmente en una re-escritura escéptica de las articulaciones narrativas conciliadoras del romance fundacional. Novelas como *La charca* (1895) del puertorriqueño Zeno Gandía, *Beba* (1894) del uruguayo Carlos Reyles, *Casa grande* (1908) del chileno Luis Orrego Luco y *Suprema ley* (1896) del mexicano Federico Gamboa, entre otras, también adoptarían la forma de la alegoría erótica, más no solamente para revelar los obstáculos que impedían la utopía nacional sino sobre todo para cuestionar la mera posibilidad de su realización. Si los argumentos de los romances fundacionales eran proyecciones de las estrategias necesarias para alcanzar consenso político, las historias naturalistas denuncian toda alianza como tentativa e inestable. Alegóricamente, los amantes todavía representan facciones en conflicto, pero ahora no son sólo causas externas, transitorias y modificables, sino internas y biológicas las que impiden la felicidad de los amantes. En ellas, la triple categorización de Taine —raza, medio y momento histórico— yuxtapone diferentes líneas interpretativas que casi siempre se resuelven en fracaso. En contradicción con la armonía amorosa de los romances fundacionales, los amantes se pelean y terminan por despreciarse: ni sus cuerpos ni sus temperamentos resultan compatibles. Leído en clave darwinista, el circuito causal de sus historias eróticas confirma el *status quo* y la segregación de grupos sociales dispares.

En Argentina, la máquina narrativa naturalista produciría su propia serie de novelas familiares fallidas. *La gran aldea* (1884) de Lucio V. López, *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1888) de Eugenio

Tomando como base del análisis social la metáfora spenceriana que equiparaba la sociedad con un organismo biológico complejo, el darwinismo social dio forma a un conjunto de representaciones por las que la salud quedó permanentemente asociada a la imagen pública de la nación[3]. Una vez que el higienismo trasladó la distinción entre lo normal y lo patológico al cuerpo social en su totalidad, lo nacional quedó delimitado en función de la distinción entre lo sano y lo enfermo. Mediante esta red de préstamos conceptuales, estado y medicina combinarían sus objetivos y procedimientos. En su discurso inaugural como presidente del Círculo Médico en 1883, Samuel Gache justificó esta alianza específica entre poder y saber con un argumento spenceriano. Los médicos eran "actores en el drama del progreso en la República", y cada uno de ellos representaba "la unidad mediante cuya adhesión conveniente la asociación marcha[ba], prospera[ba] y se desenv[olvía]." El ideal absoluto de la práctica médica era el engrandecimiento de la nación y las conquistas sobre la enfermedad aproximaban a ciudadanos y científicos a su realización. Era en este sentido que el progreso de la ciencia constituía no sólo un índice objetivo del progreso nacional sino también una prueba incontestable de la capacidad de reacción del organismo social frente a los riesgos de la evolución. "De esa reacción mental", razonaba Gache, "surge el estímulo como nueva fuerza productora de movimiento, y cada movimiento regular se traduce lógicamente como un paso que, a medida que nos aleja del punto de partida, nos comunica mayor vigor en esta lucha incesante por la vida" (Gache 1883, pp. 453-4). Como sostenía Manuel Podestá en su *Tendencia de la medicina moderna*, en tanto se trataba de una práctica en la que se materializaba el poder de la razón sobre la naturaleza, la ciencia médica impulsaría el organismo social hacia el estadio utópico de la salud absoluta, ya que "el trabajo, la riqueza, la prosperidad de los pueblos, [...], están siempre en proporción con la mayor suma de salud de cada individuo" (Podestá 1878, p. 39)[4].

Al imaginario de la guerra y la conquista de la enfermedad se le superponía, en una versión modernizada, la clásica representación platónica del sujeto escindido en dos, en cuya interioridad se desarrollaba un combate constante entre cuerpo y razón. Una tensión similar caracterizaba la relación jerárquica entre la mirada descarnada del médico y su visión todopoderosa, y el cuerpo en descontrol del enfermo, ciego e impotente frente a las determinaciones de lo biológico. Con la ayuda del método científico, el médico podía reestablecer el orden racional de la salud y del Estado sobre el desorden caótico en que la enfermedad sumía las funciones orgánicas del ciudadano.

Higienismo y vigilancia

Entre las diferentes ramas de la práctica médica ligadas al Estado durante el fin de siglo, las actividades y programas de los higienistas definieron los modos de operar sobre el cuerpo colectivo de la nación. El higienismo se concibió a sí mismo en relación directa con la autoridad pública y sus prerrogativas. El reestablecimiento de la salud sería sólo una de sus múltiples funciones. Su obsesión central era más bien prevenir la enfermedad. Dentro de su programa preventivo, lo biológico excedió los límites de su definición tradicional hasta llegar a cubrir todas las facetas de la vida física y moral. En su *Curso de higiene pública* (1877), Eduardo Wilde describía de este modo el alcance de la nueva noción de la salud:

> Siendo la misión del gobierno a este respecto, cuidar de la salud del pueblo, sepamos qué se entiende por salud del pueblo. *Nosotros no hemos de entender lo que se entiende vulgarmente, preservación de enfermedades, impedimento a la importación y propagación de las epidemias; no, de ninguna manera; nosotros tenemos que entender por salud del pueblo, todo lo que se refiere a su bienestar y este compromete todo lo que contribuye a su comodidad física y moral.* Luego las palabras salud del pueblo, quieren decir: instrucción, moralidad, buena alimentación, buen aire, precauciones sanitarias, asistencia pública, beneficencia pública, trabajo y hasta diversiones gratuitas; en fin, atención a todo lo que puede constituir una exigencia por parte de cada uno y de todos los mercaderes de una comarca o de una ciudad (Recalde 1989, p. 17, énfasis mío).

Los médicos no se limitarían como antaño a curar las afecciones tradicionales del cuerpo ni a controlar los efectos desvastadores del contagio. Los intereses nacionales exigían una medicina distinta, capaz de prevenir la reaparición de los fenómenos mórbidos por medio del fortalecimiento global de la salud de los ciudadanos. La atención profesional debía por ello dirigirse a todos y cada uno de los aspectos que concernían al bienestar tanto físico como moral de la población. Desde las dimensiones de la vivienda, la ventilación de las fábricas y escuelas, el número de horas de trabajo, el atuendo de las mujeres, al uso del tiempo libre, la dieta y la circulación de agua y excrementos, toda dimensión de la experiencia, por pequeña que fuese, podía y de-

bía ser objeto de la supervisión médica. De la aplicación rigurosa de este amplio espectro de medidas higiénicas dependía el mantenimiento y el mejoramiento de la organización biológica nacional.

En procura de este ideal ampliado de la salud, la medicina puso en funcionamiento un complejo sistema de vigilancia social centrado en la acumulación permanente de información y la inspección ordenada de espacios y cuerpos. La crisis epidémica funcionó como matriz operativa de todo el sistema. La rigurosa regulación del contacto y circulación de cuerpos que se procuró implementar durante las varias epidemias que azotaron el país entre 1852 y 1900 serviría de modelo para supervisar una variedad de males sociales y neutralizar diferentes focos de irradiación patológica. Inmediatamente después de los enfermos contagiosos y los cadáveres, el blanco predilecto del higienismo fueron los cuerpos y las viviendas de las clases bajas. Lo que hacía necesaria la mejora inmediata de las condiciones de vida de los obreros, sostenía el higienista Guillermo Rawson en su *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires*, eran las repercusiones generales de la pobreza:

> Entre los problemas sociológicos y económicos que se relacionan estrechamente con la Higiene Pública, pocos hay que puedan compararse en importancia con el que se refiere a las habitaciones de los trabajadores y los pobres, no sólo desde el punto de vista filantrópico, por lo que concierne a los necesitados, sino del de los intereses de la comunidad, en cuanto se relacionan con la salud y la vida (p. 40).

La descripción que ofrece Rawson de los espacios contaminados que habitaban los pobres recupera y expande los sentidos e imágenes tradicionalmente asociados con la plaga:

> ...no son solamente los desgraciados habitantes de los conventillos los que pagan la pena de la desgraciada condición, con su salud y con su vida, sino que *esos centros impuros se convierten en focos para difundir por todos partes las emanaciones mórbidas que allí se cultivan y que alcanzan aún a las regiones más elevadas de la población.* (p. 86, énfasis mío)

Sin que importara la naturaleza específica del fenómeno, cualquier situación de riesgo conjuraba invariablemente el temor a la contaminación indiscriminada. Desde el alerta nacido del miedo, ayudar a los pobres no era sólo una cuestión de solidaridad social o caridad cristiana, sino sobre todo de defensa de la nación en su conjunto, del organismo social del que ricos y pobres formaban parte.

En su forma ideal, el principio básico de la vigilancia médica se articuló espacialmente como un dispositivo de visibilidad absoluta a través del cual se podía observar continuamente a los ciudadanos desde una perspectiva central inaccesible[5]. Esta dinámica de la visión modeló la organización espacial de escuelas, prisiones, regimientos y hospitales. En su versión médica, la posición ascética del vigilante la ocupaba la figura del inspector, quien debía investigar escrupulosamente la superficie del cuerpo social con el objetivo de establecer una clasificación rigurosa de espacios y sujetos ordenados según una serie de pares binarios complementarios (enfermo/sano; normal/anormal; peligroso/inofensivo; etc.). Tanto por su función policial como por sus resultados prácticos, el higienismo operaba frecuentemente como brazo de la medicina legal hasta el punto de que muchas investigaciones higienistas culminaban en propuestas legislativas específicas.

Los objetivos prácticos del sistema de vigilancia iban más allá de los beneficios del control directo. El éxito y la economía del dispositivo dependían en última instancia de la interiorización por parte de los ciudadanos de las reglas de discriminación entre lo normal y lo anormal, entre lo saludable y lo nocivo. Desde el momento mismo en que asumía la presencia del vigilante e incorporaba la autoridad de su mirada, cada ciudadano se disciplinaba a sí mismo al comenzar a actuar "como si" estuviera siendo observado. Cuando se trataba de la ley higiénica, disciplinarse significaba principalmente experimentar el propio cuerpo de acuerdo con los valores de la salud y la productividad. Por tratarse de un aparato primario de formación de ciudadanos futuros, la escuela se vio inmediatamente como el lugar más adecuado para enseñar a los niños el autocontrol necesario para el perfeccionamiento del cuerpo. Formados en los principios de la higiene, los niños actuarían a su vez como instructores espontáneos de sus propias familias:

> Las reglas y preceptos de la higiene obtenidos en la escuela, se imponen en el hogar porque el niño crece connaturalizándose con ello, haciendo que sus padres las practiquen lo mismo en su persona, y luego por imitación en toda la familia, desde que el ojo y la acción del preceptor están allí para reclamarle y exigirle toda violación de las reglas y preceptos que se le dictan (Fernández. *La higiene escolar*, 1880, p. 8)[6]

Además de propiciar el desarrollo de micropolíticas disciplinarias con la intención de regular la influencia del medio y educar las pasiones, el higienismo también participó en el diseño de biopolíticas

poblacionales donde el cuerpo figuraba como célula integral del cuerpo racial del Estado. Dentro de esta tendencia, los signos de lo mórbido aparecían no tanto como las consecuencias secundarias de factores externos sino más bien como *stigmata* que apuntaban a causas internas, a un origen impreciso cuya clave estaba en la historia del individuo y sus antecedentes familiares. Es en esta zona de la reflexión médica donde comienzan a parecer atractivos los conceptos y estrategias del movimiento eugenésico que alcanzaría su apogeo en la segunda y tercera décadas del siglo XX. La eugenesia (del griego "eugenes," "biennacido"), un programa de ingeniería poblacional bautizado e iniciado por el inglés Francis Galton en 1883, proponía diferentes usos sociales de las teorías de la herencia para la obtención y mantenimiento de una mejor progenie tomando como modelo operativo la crianza de ganado doméstico[7]. En relación con la medicina social, el programa trajo propuestas concretas acerca de cómo el Estado podía asegurarse la mejora constante de la conformación racial de la población alentando la unión de grupos o individuos óptimos mientras impedía que los ejemplares clasificados como inferiores y/o enfermos pasaran sus defectos y taras a las generaciones futuras. El deseo de imaginar la nación en términos biológicos, de definir en términos nuevos quién pertenecía a la comunidad nacional y quién no, todos estos aspectos se manifestaron en la eugenesia como problemas de sexualidad y de raza. Puesto que era a través de la reproducción sexual que la modificación y trasmisión del componente hereditario a futuras generaciones tenía lugar, la noción de género sexual y la de raza se articularon mutuamente (Stepan 1991, pp. 11-3;105).

La raza se manifestaba como una forma biológica utilizada como signo cuyos sentidos primarios variaban constantemente. La imprecisión de las clasificaciones vigentes en el fin de siglo revela el carácter errático de las categorías raciales en uso. Aunque predominaba la clasificación en cuatro razas (blanca, amarilla, negra y roja), hubo otras clasificaciones raciales igualmente populares, entre las cuales podemos mencionar la distinción jerárquica entre latinos y sajones dentro de la así llamada raza blanca.

En general la idea de raza tendía a confundirse con otras categorías sociales revestidas de una marca biológica. El denominador común de los estereotipos raciales era que se referían a seres alterizados: no solamente las razas en el sentido corriente sino también los sexos, las clases sociales, las situaciones legales (locos, criminales, personas seniles o menores), la edad (ancianos; niños), formaban parte de los criterios de selección eugenésicos. La yuxtaposición de todos estos

criterios de clasificación hacía que el sujeto racialmente diferente sólo pudiera ser percibido a través de las otras diferencias. Entre las modalidades que podía adoptar la discriminación racial, el sexismo sería una de las más eficaces. Las definiciones de raza "inferior" y sexo "débil" respondían a los mismos campos de sentido. Según este esquema conceptual, las mujeres y las razas primitivas manifestaban los mismos excesos pasionales y las mismas tendencias irracionales. Así como las razas inferiores constituían el tipo "femenino" de la especie humana, las mujeres eran la "raza inferior" dentro del sistema de diferenciación sexual. Ambos representaban estadios menos desarrollados del hombre blanco, parámetro absoluto de la razón y la salud. A través de una serie compleja e intrincada de analogías, asociaciones e identificaciones, las mujeres, las razas primitivas, los homosexuales, los criminales, los pobres, y los locos fueron de un modo u otro construidos como "razas biológicas aparte", cuyas diferencias con respecto del hombre blanco, y sus mutuas similitudes, explicaban tautológicamente su colocación marginal dentro de la jerarquía social[8].

En tanto la eugenesia procuraba identificar las combinaciones más propicias para el fortalecimiento racial, el problema de la mezcla ocupó un lugar preponderante en los debates sobre la raza nacional. Esta preocupación se relacionó en primera instancia con la tradicional condena científica del mestizaje racial entre indígenas, negros y blancos que caracterizaba a las clases populares latinoamericanas[9], y con los modos más efectivos de contrarrestar sus efectos nocivos a través de mezclas tonificadoras o mecanismos de transformación física centrados en el disciplinamiento. Pero dada la flexibilidad en la definición de raza, el problema de la mezcla se planteaba en términos generales como un dilema sobre cuáles eran los componentes biológicos más productivos en la población cuya reproducción debía incentivarse.

La familia fue el espacio en el que convergieron el interés político, la vigilancia higienista y el saber eugenésico. Motor de la reproducción biológica y moral, la institución familiar conectaba el cuerpo individual y el organismo social al mismo tiempo que regulaba las fronteras entre lo privado y lo público. Una vez que la reproducción dejó de pertenecer exclusivamente al ámbito de lo privado para convertirse en una responsabilidad colectiva, las medidas promovidas por el higienismo estuvieron dirigidas, directa o indirectamente, a la formación y desarrollo de la familia nuclear. En su ya mencionado *Curso*, Eduardo Wilde justificó el derecho del Estado a intervenir en la esfera privada precisamente por el carácter mediador de la familia:

La sociedad tiene interés en que las enfermedades no se agraven ni se propaguen o trasmitan por herencia. Para ello los higienistas buscan todos los medios conducentes a aumentar la vida de los pueblos y de los individuos y han debido dirigir su vista hacia los matrimonios, hacia los orígenes de la población. No es moderna la idea de señalar reglas basadas primitivamente en la higiene, aun cuando después parecen basarse en religión, en política o en preocupaciones. Andando los tiempos las ideas a este respecto se acentúan más y *los hombres de ciencia encuentran hoy indispensable una consulta de las familias a los médicos, para establecer las aptitudes físicas propias para el matrimonio.* Piensen los padres en los inconvenientes que traen a los esposos y a la propia prole la tisis, la escrófula, la epilepsia, las afecciones nerviosas trasmisibles por herencia, la estrechez de la pelvis en las mujeres que se convierte en causa de muerte en el caso eminentemente probable de embarazo y se convencerán de la necesidad que apuntamos. (Recalde 1989, p. 13, énfasis mío)[10]

En el pasaje Wilde proporciona una versión abreviada de la cadena de razonamientos que daba forma a la armazón conceptual del discurso médico sobre la familia. El interés profesional en la vida privada de los individuos se hallaba encuadrado por una reflexión mayor sobre un nuevo objeto: la población. De allí había surgido el concepto de la familia malthusiana, el grupo biológico nuclear cuya productividad sexual tenía consecuencias mediatas, a través de la herencia, sobre la totalidad de la comunidad nacional. La medicina debía intervenir y opinar sobre la salud de los cónyuges porque la unión de sujetos enfermos y/o débiles acarreaba necesariamente la expansión generalizada de lo mórbido, no sólo en sus variantes contagiosas más obvias, sino también por la trasmisión de enfermedades físico-mentales de más difícil detección ("epilepsia"; "afecciones nerviosas")[11]. Complementariamente, la referencia de Wilde a la estrechez pélvica de ciertas parturientas remite directamente a la definición y distribución de los roles sexuales dentro de la estructura familiar idealizada por la medicina. Dentro del pensamiento higiénico y eugenésico, las mujeres eran un elemento clave en la cadena generativa que ligaba la célula familiar con el organismo social. Asegurar la salud física y moral de las más aptas garantizaba la calidad de su desempeño como madres biológicas o substitutas. De ellas dependían "la virilidad de la raza, la moralidad del estado, el valor de sus hijos" (p. 11), insistiría la médica Elvira Rawson de Dellepiane en *Apuntes sobre higiene de la mujer* (1892). En *Higiene y educación física de la mujer* (1898), el médico Justino Ramos Mejía también subrayaría el rol fundamental de la biología femenina en lo que hacía a la salud familiar: "La mujer viene a ser así, la piedra angular de la higiene

pues es por ella que mejora o decrece la salud pública, porque influye sobre la salud de sus hijos más de lo que lo hace el padre." Esta preocupación común por la cuestión femenina daría lugar a un número significativo de investigaciones y estudios estadísticos sobre la mujer, sus funciones biológicas y las enfermedades que le eran propias[12]. El interés en la salud de las mujeres estaba subordinado a otro interés primordial dentro de los debates médicos sobre la familia. El fin de siglo coincidió con la modificación de las nociones y valores adjudicados a la niñez, convertida súbitamente en la depositaria de los temores y las esperanzas de todo proyecto de planificación social. De ahí que toda reflexión sobre la población, la familia y/o la sexualidad femenina remitiera siempre a la tácita figura del niño como promesa eugénica del ciudadano[13]. Los manuales de higiene de la infancia en circulación entonces insistían en la responsabilidad social y política de las madres en la crianza y salud de los hijos. Así, en la conclusión a un opúsculo traducido por Coni en los *Anales del Círculo Médico* (1878-79), el autor les advierte:

> Hemos cumplido pues con nuestra misión; aquí comienza la de las madres.
>
> Les hemos señalado todo lo que deben hacer para criar convenientemente a su hijo. Les corresponde pues, comprender y observar las reglas que hemos trazado. Una muy dulce recompensa les espera por las penas y fatigas: el niño crecerá fuerte y vigoroso.[...] Habrán también desarrollado las bellas facultades de la hija, transformándola en una bella joven. Se habrá mostrado digna de la misión sagrada que Dios le ha confiado, haciéndola participar activamente de los goces y dolores de la maternidad. *La sociedad tendrá para ellas la estimación y el respeto que impone el deber cumplido.* (p. 487, énfasis mío)

En el orden ideal promulgado por la medicina intervencionista, la madre era un eslabón fundamental en la reproducción de ciudadanos sanos. El riesgo de la falta de responsabilidad maternal conducía a las formas proteicas de lo monstruoso como encarnación de la imagen negativa del niño en quien se vislumbraba la segura promesa de un ciudadano vigoroso y de la niña en quien desde temprana edad se iba modelando la mujer adulta capaz de procrear una nueva generación de hijos sanos. El interés en lo deforme y lo aberrante que caracteriza muchos de los estudios médicos de la época apunta precisamente a la ansiedad que producía la fragilidad de lo biológico y las desviaciones del parámetro eugenésico que medía la normalidad[14].

bre argentino" se debatía, como el golem, entre la perfección y la monstruosidad.

La medicina tuvo un papel preponderante en este proceso de definición y redefinición del cuerpo ideal de la argentinidad. Sus métodos de análisis y tratamiento se pusieron al servicio del experimento poblacional sobre el que descansaba el imaginario biológico de la nación. En tanto era el discurso dominante con el cual hablar de la sociedad, muchos otros discursos sociales adoptaron objetos, ideas y argumentos provenientes de la medicina. Con el objetivo de educar y disciplinar al ciudadano en cuestiones de higiene racial, la literatura en particular se apropió de las ficciones patológicas de la medicina para construir fábulas ejemplares del cuerpo colectivo de la patria.

Notas

[1]Este aparato asistencial tuvo como campo principal de acción la ciudad de Buenos Aires. Para el censo de 1909, la ciudad llegaría a contar con 18 hospitales: cuatro nacionales, seis que dependían de la Sociedad de Beneficencia (financiados por el Estado), cuatro administrados por el Patronato de la Infancia, cinco financiados y administrados por asociaciones extranjeras de inmigrantes, y veinte clínicas privadas. Para una breve historia de las instituciones médicas de la ciudad, cfr. Korn y Agüero, "El contexto médico" (Biagini 1985, pp. 119-40); Recalde, *Higiene Pública y secularización* (1989); y Escudé, "Health in Buenos Aires in the Second Half of the Nineteenth Century." Sobre médicos famosos de la segunda mitad del siglo XIX, cfr. Loudet.

[2]La ubicuidad de ciertos médicos en las instituciones tanto estatales como profesionales constituye una prueba fehaciente del peso de la autoridad médica y de su vinculación con el Estado. Un caso ejemplar es el de José María Ramos Mejía. Además de promover como estudiante la agitación que en 1871 determinó la modificación del régimen universitario y la orientación científica de los estudios, en 1873 fundó el Círculo Médico Argentino del que sería su primer presidente. En 1882 promovería la creación de Asistencia Pública de la que también sería nombrado director. Cuatro años más tarde se hizo cargo de la cátedra de enfermedades nerviosas en la Facultad de Medicina. Fue Diputado nacional (1888-92) y presidente del Departamento Nacional de Higiene entre 1893 y 1898. Finalmente, el Poder Ejecutivo lo nombró presidente del Consejo Nacional de Educación (1908-1913), cargo que le permitió imprimir en la educación pública una orientación nacionalista. Su obra es vasta. En ella, se destacan interpretaciones clínico-psiquiátricas de la historia nacional argentina tales como *Los neurosis de los hombres célebres* (1878-82), *La locura en la historia* (1895), y *Las multitudes argentinas* (1899). Eduardo Wilde se presenta como otro caso paradigmático. También publicó profusamente en la prensa. Después de ser cirujano en el Hospital Militar y Clínico, participó en la campaña sanitaria contra la fiebre amarilla en 1871. Actuó de Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública bajo Roca y como ministro del Interior con Juárez Celman. En este cargo proyectó e implementó obras de salubridad que mejoraron substancialmente el sistema higiénico de la república, sobre todo el de la ciudad de Buenos Aires.

[3]Aunque se trata de un concepto controvertido, en términos generales el darwinismo social se basó en la aplicación de los principios de la teoría de la evolución, tal como aparecen formulados en la doctrina de Spencer, al campo de los estudios sociales. Cfr. Himmelfarb, *Victorian Minds*, y Halliday, "Social Darwinism: A Definition." Para el caso argentino, cfr. Solar, *El positivismo argentino* y Monserrat, "El movimiento positivista argentino" (Biagini 1985, pp. 210-22). En *El organismo social* (1908), Spencer literalizó la analogía entre organismo y sociedad: "es una verdad tan manifiesta el que las sociedades no se han amasado artificialmente, que parece maravilloso el que haya habido en tiempo alguno hombres que lo hayan pasado por alto. No hay nada acaso que muestre más claramente el poco valor de los estudios históricos, tal y como hoy se los persigue comúnmente. No necesitáis más que mirar á los cambios que van sucediéndose en torno vuestro, ú observar la organización social en sus rasgos dominantes, para ver que éstos ni son sobrenaturales ni están determinados por las voluntades de los individuos humanos, tal como se deducía de las enseñanzas de los antiguos historiadores, sino que, en general, son consecuencia de causas naturales". Si bien la percepción de dicha similitud se remontaba a Platón y a Locke, sólo el perfeccionamiento de la ciencia fisiológica había permitido discernir con claridad los puntos de semejanza. Había cuatro articulaciones esenciales: primero, tanto las sociedades como los organismos comenzaban por pequeños grados e iban aumentando en masa; segundo, sus estructuras eran en un principio sencillas y, en su desarrollo, se tornaban complejas; tercero, sus partes, en un principio independientes, adquirían gradualmente dependencia mutua; cuarto, la vida del sistema era independiente de la vida de las partes y mucho más prolongada que las de éstas "cada una de las cuales nace, crece, trabaja, se reproduce y muere, mientras el cuerpo político, compuesto de ellas sobrevive generación tras generación, aumentando en masa, en perfección de estructura y en actividad funcional" (pp. 6; 15-6).

[4]Los congresos internacionales de higiene y demografía ofrecían la oportunidad de comparar el grado de progreso de las naciones en proceso de modernización. El informe de Coni, "Progreso de la higiene en la República Argentina", presentado en el congreso internacional de Viena en 1887, por ejemplo, basado en un estudio similar sobre Francia elaborado por Napias, tenía como objetivo principal revelar al extranjero "los numerosos e importantes progresos en materia de higiene pública" obtenidos en pocos años.

[5]En sus estudios sobre las políticas médicas poblacionales de la medicina francesa en el siglo XIX, Foucault propone el sistema de vigilancia de la plaga como la forma primaria de tal dispositivo: "Este espacio cerrado y

segmentado, observable en cada instancia, en el que los individuos están insertados en lugares fijos, en donde se toma nota de todo lo que sucede, en que el trabajo ininterrumpido de la escritura liga el centro con la periferia, en donde el poder se ejerce sin división, de acuerdo con la presencia de una figura jerárquica continua, donde se localiza, examina y distribuye al individuo constantemente entre los seres vivientes, los enfermos y los muertos —todo esto constituye un modelo compacto del mecanismo disciplinario." (1979, pp. 199). En su realización arquitectónica, sería el panóptico de Bentham con su disposición circular de celdas continuamente observadas desde una torre central por un guardia invisible el que encarnaría la composición ideal de la disciplina moderna, un modelo generalizable de funcionamiento de las relaciones de poder en la vida diaria (pp. 200-5)

[6]La gimnasia como ejercicio repetitivo a través del cual el cuerpo desarrollaba un ritmo estructural y aprendía a administrar una economía del movimiento aparece en muchos textos de la época como paradigma de autodisciplinamiento en el ámbito escolar. En "Sobre la instrucción popular" (1886), Sarmiento llegó a sugerir que los resultados prácticos del ejercicio físico superaban a los de la instrucción alfabética: "Una hora de mover los brazos, la cabeza a la derecha, a la izquierda, hacia arriba, hacia abajo, a la voz del maestro, todos a un tiempo, y en perfecta igualdad, vale más que todos los preceptos de moral escrita. ¿Cuántas veces obedece un niño al día para ejecutar actos armónicos, de conjunto acompasados, que no dependen de su voluntad? He aquí la moral." (p. 378)

[7]Aunque el término "eugenesia" aparece recién en 1883, las ideas de la eugenesia no eran nuevas. El movimiento eugenésico de fines del siglo XIX y comienzos del XX es más bien la culminación de un largo proceso intelectual y social en el siglo XIX, en el cual la vida humana fue, cada vez más, interpretada como el resultado de leyes biológicas. Thomas Maltus fue uno de los primeros en aventurar la posibilidad de manipular la reproducción de la población para obtener especímenes mejores. En el *Tratado filosófico y fisiológico de la herencia natural en los estados de salud y de enfermedad y de las enfermedades del sistema nervioso* (1850), uno de los estudios sobre herencia más leídos del siglo, Prosper Lucas diseñó tablas genealógicas de las características mentales y morales de criminales y urgió al gobierno de Francia a impedir la continuación de esos linajes. Francis Galton, influido por la teoría de la evolución de Darwin, tomó de allí los elementos que conformarían la raíz de la teoría eugenésica: la sobrevivencia del más fuerte y el paralelismo entre la crianza doméstica de animales y la selección artificial de especímenes humanos. En su famoso estudio *El genio hereditario* (1869) trató de probar mediante la comparación de familias ilustres y las familias de criminales famosos que las habilidades intelectuales eran fruto de la herencia y no de la educación. En 1890 el biólogo August Weismann desarrolló la teoría del plasma germinativo, una parte supuestamente invariable de la célula que pasaba de generación a generación sin que la acción del medio pudiera modificarla. En Argentina muchas de estas teorías llegaron en su idioma original. Sarmiento menciona a Darwin y a Galton en su *Conflictos y Armonías de las Razas en América*. Ramos Mejía usó los trabajos de Darwin y Weismann para respaldar su posición con respecto de la relación entre herencia y locura, tanto en su *Las neurosis de los hombres célebres* como en *Las multitudes argentinas*. El apogeo del movimiento se realizó en las tres primeras décadas del siglo XX. En 1907 Emilio Coni fundó la efímera Sociedad Argentina de Profilaxis Sanitaria y Racial. En 1918 Víctor Delfino, el único latinoamericano que asistió al primer Congreso Internacional de Eugenesia en Londres en 1912, fundó la Sociedad Argentina de Eugenesia. Después de la Primera Guerra Mundial la siguieron la Liga Argentina de Profilaxis y la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social.

[8]Sobre la analogía entre raza y género en las ciencias biológicas decimonónicas, cfr. el excelente artículo de Stepan, "Race and Gender. The Role of Analogy in Science" (1993).

[9]*Las leyes psicológicas de la emlución de los pueblos* (1894) de Gustave Le Bon, *Viaje a Brasil* (1879) del naturalista suizo Louis Agassiz, y *Ensayo sobre la desigualdad de las razas* (1853-5) del conde Arturo de Gobineau estuvieron entre las obras que más influyeron en esta visión negativa del mestizaje racial. Las tres postularon que la cruza entre razas en diferentes escalones de la jerarquía biológica podía resultar en falta de equilibrio moral y psicológico, y en última instancia, esterilidad. El pesimismo racial de Sarmiento en *Conflictos y armonías* es heredero de esta genealogía intelectual.

[10]En el siglo XX el higienismo obtendría un modesto triunfo con la imposición del certificado prenupcial obligatorio, que se expedía una vez realizado un análisis de laboratorio que determinaba la presencia o no de enfermedades contagiosas en la pareja. Aunque el resultado negativo no podía impedir el matrimonio, se advertía a las partes de las posibles consecuencias de la unión sexual. Entre sus proyectos más extremos, la Asociación de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social, inspirada en las teorías de Nicola Pende, propuso al gobierno la implementación de una ficha biotipológica obligatoria que permitiera la elaboración de un inventario de biotipos humanos. Basándose en esa información el Estado podía manipular los medios para modificar, según sus objetivos, la conformación biológica de la población local. El proyecto fue discutido pero no llegó a adoptarse (Stepan 1991, pp. 114-128).

[11]Aunque de corta duración, hubo proyectos concretos de modificación de las costumbres sexuales nacionales que no tenían en cuenta los preceptos higiénicos. Cuando en 1907 Emilio Coni fundó la Sociedad Argentina de Profilaxis Sanitaria y Racial fue, entre otras cosas, con la intención de difundir una educación sexual científica a través de folletos, películas y conferencias para contrarrestar la trasmisión de enfermedades venéreas.

[12]Entre 1876 y 1900, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, de un total de aproximadamente 800 tesis médicas 125 tuvieron por tema específico a las mujeres. Otro índice claro de la importancia del rol de las mujeres en relación con la salud y capacidad reproductiva de la nación se encuentra en la elaboración sistemática de estadísticas de la maternidad en el Hospital de mujeres publicadas anualmente por la importante revista *La Semana médica*. Allí se detallaba el número de parturientas, las

características de sus mestruaciones, edad, profesión, nacionalidad, duración del parto y las patologías desarrolladas durante la preñez, desde pneumonía a manifestaciones histéricas. Cfr. "Estadística de la maternidad del Hospital General de Mujeres" (*La Semana Médica* 1879 y 1880)

[12]Para un estudio histórico de la supervisión estatal de la familia francesa en relación con esta nueva configuración de la niñez, cfr. Jacques Donzelot, *The Policing of Families*. Aunque no le preocupa en particular el rol de la salud y el cuerpo, Mark Szuchman ha señalado las conexiones entre la evolución de la institución familiar en Buenos Aires y su relación con las políticas de educación del ciudadano. Cfr. *Order, Family, and Community in Buenos Aires, 1810-1860*.

[13]En *Contribución al estudio de las monstruosidades fetales* (1884) de Agustín Battilana presenta uno de los primeros estudios teratogenéticos de fetos en los hospitales de Buenos Aires. Al reflexionar sobre las posibles causas de las deformaciones encontradas, Battilana señala la necesidad de más estudios teratogenéticos para establecer si se trataba de un proceso de degeneración de la raza o de aberraciones nacidas de la pobreza u otros factores inmediatos (pp. 35-6).

[14]Hasta entonces el código civil argentino (sancionado en 1869) había dejado la consagración del matrimonio bajo la jurisdicción de la Iglesia Católica y había definido el status legal de la familia conforme con lo estipulado por el Concilio de Trento. La exclusividad del casamiento religioso pronto se convirtió en un presunto obstáculo (uno de aquellos "obstáculos inmorales" que hacían estériles a las mujeres según Alberdi) para la incorporación de inmigrantes no católicos —siendo los más preciados entre ellos los de origen sajón— y en 1889 el Poder Ejecutivo presentó un proyecto de ley de matrimonio civil para que fuera discutido en la Cámara de Senadores. El grado de agresividad y confrontación que alcanzaron los debates es un síntoma inconfundible del escándalo social que provocó la iniciativa laica en la esfera pública nacional. Un artículo periodístico de la época hace explícitas las motivaciones centrales del proyecto de ley de matrimonio: "La ley de matrimonio civil podría llamarse desde luego una ley protectora del inmigrante. El inmigrante es católico, pero es también protestante, judío ó libre pensador" ("El matrimonio civil" (1889)).

[15]El estudio de Recalde proporciona los antecedentes de la legislación y sigue con minuciosidad los términos del debate parlamentario. En correlación con la necesidad de la expansión de la jurisdicción estatal que se deduce de la declaración de Rodríguez, el ministro Wilde señaló las deficiencias de los registros parroquiales para una correcta estadística pública de las tendencias poblacionales: "Voy a decir quizá una paradoja, pero, seguramente, una gran verdad: los que han preparado la ley de matrimonio civil son los clericales. ¿Cómo? Oponiéndose a las disposiciones más sencillas. En las fronteras, por ejemplo no se tomaba nota de los que nacían ni de los que morían: era sumamente defectuoso el censo, no había censo. En los territorios nacionales, y en algunas partes de las provincias donde no había párroco, no se tomaba tampoco nota del movimiento de la población (...) En las mismas ciudades pobladas, aquellos padres que no tenían creencias religiosas no hacían bautizar a sus hijos, y el Estado no tenía constancia de que tales niños hubieran nacido. Como se ve, el día que se hubiera querido hacer un censo, tomando los documentos que poseyera el gobierno, nadie habría podido hacerlo (...)" (Recalde 1986, p. 136) El censo forma parte del conjunto de medidas que el Estado toma para obtener información sobre su población y actuar en consecuencia. El primer censo nacional es de 1869.

[16]Sobre la noción moderna de fatiga, cfr. el excelente trabajo de Anson Rabinbach, "The Body Without Fatigue: A Nineteenth-Century Utopia".

[17]Este contacto sexual que se asociaba sobre todo a la imagen de la corrupción sifilítica se oponía al "toque" regenerador y terapéutico del médico.

[18]Si nos atenemos a la bibliografía de los estudios y tesis argentinos de la época, resulta claro que los médicos tenían acceso, en su idioma original, a los teóricos de la herencia más populares en Europa, por ejemplo, Darwin, Spencer, Lucas, Morel, Ribot, Le Bon, Moreau de Tours, Letourneau, Griesinger, etc. Las teorías europeas no sólo les llegaban a través de la lectura, muchos de los médicos, después de titularse en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, se trasladaban a Francia, Inglaterra o Alemania y finalizaban allí sus estudios. Cfr. Loudet, pp. 23-4; 36-40; 87.

[19]El establecimiento seguro del diagnóstico requería primero un interrogatorio que permitiera separar los signos de la degeneración de los defectos circunstanciales. Luego el estudio riguroso del cuerpo a través de la palpación, la mensuración y la inspección de todas sus partes completaba el examen. Cfr. Diógenes Ponte. *Estudio sobre las causas y estigmas físicos de la degeneración en la especie humana* (1893).

[20]La cátedra de medicina legal fue fundada en 1875 y ocupada por el futuro ministro del Interior, Eduardo Wilde.

[21]Cesare Lombroso hizo traducir y prologó el libro de Luis María Drago.

[22]Una preocupación temprana por el disfraz y el engaño fue lo que llevó a Ramos Mejía a interesarse en el fenómeno social de la multitud, asociada con los instintos más bajos de la especie humana y cómplice de una de las situaciones más riesgosas para la acción policial: el anonimato moderno.

[23]En un libro precursor sobre la historia cultural de la homosexualidad en Argentina, Jorge Salessi sugiere que fue la construcción de la homosexualidad la que funcionó como límite negativo del nuevo sujeto argentino (1995, pp. 179-80). Si bien no se puede negar que hubo cierto "pánico homosexual" en el fin de siglo y que este temor fue parte integrante de las discusiones sobre la raza nacional, si nos atenemos al alto número de estudios médicos sobre las mujeres y la penalización explícita de la prostitución femenina, queda claro que la problemática de la sexualidad y la nación pasaba sobre todo por la cuestión femenina. Es en relación con este sexismo fundante que se articularon tanto los lazos homosociales entre todos los hombres, como los de aquellos que se veían a sí mismos como homosexuales.

[24]Un ejemplo son las casas de sanidad, una combinación de hospital y de lugar de redención para prostitutas sifilíticas (Guy, p. 54). Entre los detracto-

rea de las teorías deterministas de la herencia encontramos al católico Santiago Estrada y a Paul Groussac.

[26]Intelectuales europeos como Galton, Weismann y Lombroso ayudaron a fortalecer la creencia de que el carácter estaba determinado por los antepasados más que por el contexto social. Dado que la condición estaba en el individuo, fija de una manera particular e inmutable, no quedaba mucho por hacer más que alentar o impedir la reproducción del sujeto en cuestión. La aplicación exitosa de teorías darwinistas para el mejoramiento del ganado y la agricultura parecía avalar esta perspectiva. Si se quiere información sobre el efecto de estas teorías en la política médica y policial en Francia e Inglaterra, cfr. Nye 1984 y Kevles 1985. Nancy Leys Stepan sostiene que medidas extremas como la esterilización nunca fueron implementadas en Latinoamérica por la influencia de la iglesia católica y una preferencia marcada por las doctrinas de Lamarck. Concentrada en el movimiento de ideas, Stepan pasa por alto la existencia de proyectos de ese tipo dentro de la comunidad médica, en especial en las agrupaciones destinadas a la cura, control y aislamiento de locos y criminales. Hugo Vezzetti registra una tesis de José Hualde de 1899, *Profilaxis de la locura*, que proponía la esterilización quirúrgica como el modo de prevención más efectivo de la expansión de la locura. Aunque en un primer momento parte del jurado examinador quiso rechazarla, Hualde se defendió alegando que el director del Hospicio de alienadas, Dr. José Estevez, apoyaba la misma teoría. La tesis fue aprobada. Zimmermann ha detectado dos ejemplos más en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*. Los tres ejemplos no refutan la afirmación de Stepan pero son una muestra de la difusión y peso de ese tipo de argumentos dentro de la comunidad médica finisecular. Cfr. Stepan 1991, Vezzetti 159 y Zimmermann, p. 42.

[27]M. A. Lancelotti representa la posición contraria en cuanto a los beneficios de la educación. En *La criminalidad en Buenos Aires* (1914), llega a afirmar que la instrucción empeora los casos de degeneración irreversibles: "muchos fisiólogos eminentes, Heriberto Spencer, entre otros, dice Le Bon, han demostrado sin gran trabajo, que la instrucción no hace a los hombres ni más morales ni más felices, ni cambia tampoco sus instintos y sus pasiones hereditarias y que a veces, cuando no está bien dirigida, es más perniciosa que útil" (p. 49).

[28]Los rasgos faciales eran signos de degeneración moral y física. Cfr. Capítulo 3.

[29]"Despiértalo [al inmigrante], la locomotora pujante que resoplando arrastra la prolongada cola de los anillos de vagones interminables, atragantados por el producto de una cosecha generosa; despiértalo el ruido de las calles, el bullicio de las industrias, [...]; finalmente, la inmensa llanura, aquella nuestra sin igual llanura, sin sombras, como sus melancólicos y remotos horizontes, cubiertas de trigales y de verdes maizales, como no se los imaginó, ni en sueños de delirante grandeza ese patán [...] Entonces esa mentalidad, que ha vegetado en la oscura invernación de la miseria, se precipita en el vértigo, ora saludable, ora nocivo en esta vida febril, en que va desenvolviéndose la gran nación " (Ramos Mejía 1899, pp. 242-49).

2. Novelas médicas

Seremos como el cirujano que revuelve su mano en la inmundicia de la carne putrefacta y se inclina, sobre la úlcera pestífera, para estudiarlas profundamente. El naturalismo será la anatomía normal y patológica de la vida social.
Benigno Lugones. Carta a Rodolfo Araujo Muñoz. *1879*

En tanto que la literatura investiga y se deja arrastrar por el impulso científico, la medicina penetra al reino de las letras; se escriben libros de clínica tan amenos como una novela.
Rubén Darío. Los raros. *1905.*

En 1880, poco antes de que Zola sistematizara sus propias ideas al respecto, un desconocido médico argentino publicaba por entregas en el diario *La Nación* de Buenos Aires, su interpretación del fenómeno naturalista. Su ensayo programático, titulado "El naturalismo", circunscribía el proyecto de la escuela a la construcción de ficciones hipotéticas sobre el cuerpo y el uso de técnicas de representación y de análisis provenientes de la medicina moderna. Tamini concedía que la nueva novela se oponía a otras producciones literarias locales y europeas por la osadía de sus representaciones, pero defendía el naturalismo de las frecuentes acusaciones de inmoralidad lanzadas contra él, enfatizando los beneficios prácticos que sin duda traería al progreso nacional. El advenimiento de la novela naturalista significaba para Tamini, la culminación del realismo moderno. La disputa acerca de la representación literaria de lo real quedaba clausurada en el mismo instante en que se sometía la ficción a las reglas de funcionamiento del método de investigación científica. Como Zola en su ensayo "La novela experimental"[1], Tamini profetizaba la muerte del género:

[...]el naturalismo, *así como el mecánico que oculto tras la decoración con pocos hilos hace evolucionar una compañía de autómatas*, se posesiona primero de los grandes fundamentos que encierran los móviles todos de la actividad humana, la descendencia, el instinto, el placer, el bien por el bien, y, después, cuando el hombre pasa a ser actor, para descubrir los hilos secundarios de sus dramas o comedias tiene lo que la escuela llama *documentos hu-*

manos. Todo romance calcado sobre la vida misma, fragmento por decirlo así desprendido del cuerpo social es un documento humano. No quiero mirajes, no quiero hipótesis, *lo bello no puede mentir, y si miente, lo sacrifico* seguro de no perjudicar al arte porque no ataco la verdad, dice el naturalista; quiero hechos, *nada más que hechos, en los que pueda experimentar, como el biólogo y el psicólogo. Dividiré a la sociedad en trozos, y pesado, medido y analizado uno, pasaré a otro, procediendo siempre científicamente* para llegar a ser uno de los colaboradores más legítimos de la ciencia. Analizo como el químico, persigo las raíces y las etimologías como un filólogo, hago estudios microscópicos para descubrir el vibrión que oculto roe ese corazón[...]. (énfasis mío)

Ya no habría más novelas. Las ficciones naturalistas eran "documentos", copias "calcadas" del cuerpo, anatomías experimentales que exigían el sacrificio de lo estético ("lo bello") en aras de la verdad y la eficacia pragmática de la lectura. La muerte del arte era el corolario lógico de un modelo ficcional que intentaba reducir a su expresión mínima la mediación artística entre objetos y lectores[2]. La supresión del artificio garantizaba la utilidad pública del arte para el mejoramiento efectivo del organismo social. Los "hilos" de la ficción serían réplicas virtuales de las leyes que regían el cuerpo y las pasiones, mientras que los personajes actuarían como "autómatas" dominados por mecanismos superiores. El trabajo narrativo quedaría circunscripto a un conjunto de operaciones agresivas ("dividir" "medir", "pesar","analizar") y a formas mecanizadas del mirar (microscopio), que acercarían al escritor a la figura del cirujano y del químico. Puesto que el objetivo de la ficción naturalista era de-mostrar el funcionamiento de las patologías sociales, hasta entonces ocultas a los ojos del profano, la narración misma debía convertirse en un instrumento de precisión.

Tamini promovía un programa de acción político-literario asentado en una alianza textual entre medicina y novela. La mención aparentemente gratuita de la figura del filólogo junto a la del escritor y la del médico da una pauta del modo en que Tamini entendía un intercambio discursivo de esta naturaleza. El argumento implícito superponía dos analogías. La primera equiparaba los métodos de indagación del médico y del filólogo: así como la filología estudiaba los orígenes del lenguaje como si se tratara de un organismo vivo, ejercer la actividad del filólogo equivalía a buscar las raíces de la enfermedad. El segundo cruce analógico, más productivo para la literatura, fundía objetos: el cuerpo era como un texto pasible de una lectura semiológica. La escritura naturalista, como la médica, nacería de la decodificación minuciosa de los lenguajes del cuerpo y sus síntomas significantes. Sería a través de esta transacción retórica fundante que el didactismo naturalista procuraría intervenir en los debates públicos sobre la nacionalidad y la salud.

¿Se concretó esta alianza en las novelas? Aunque hubo otros críticos que también identificaron el naturalismo local con una anatomía social y compararon la actividad creativa del novelista con la de un médico, siempre se puede sospechar que la conexión no excedió el oportunismo de la analogía. Incluso si se aceptaran las afirmaciones de la crítica como ciertas, todavía habría cuestiones por resolver. Si la novela y la medicina se relacionaron efectivamente entre sí en las ficciones mismas, confirmando la autoridad del ensayo programático, ¿cuál sería la naturaleza específica de ese pacto textual? ¿Se trató acaso de una influencia superficial de un discurso sobre otro, del traslado mecánico de un conjunto de términos y/o temas del repertorio médico, que quedarían incrustados en la ficción novelesca como pedazos inconexos de un discurso ajeno?, ¿o habría que imaginar más bien una imbricación más profunda que comprometería todos y cada uno de los niveles de la organización narrativa?

Una primera respuesta a estas preguntas se halla en la teoría literaria que sostiene que el género novelesco es el resultado de un intrincado entramado de voces y discursos sociales diversos. De acuerdo con Bajtin, en tanto se trata de un género inconcluso, en estado de transformación permanente, el único rasgo distintivo de la novela sería su capacidad de incorporar, adaptar y combinar distintas miradas sobre el mundo —sobre la política, la sociedad, el cuerpo, las mujeres, etc.— dentro de un todo ordenado monológica o polifónicamente. Si es cierto que la novela representa cosa alguna, esto significa no la traducción de un objeto material exterior a las palabras, sino la imitación e incorporación de otros géneros discursivos, compatibles o contradictorios entre sí, que preexisten al acto de escribir. La heteroglosia, el sentido heteroglósico del mundo y la sociedad que caracterizan la novela, se manifestaría en ella como una estilización impersonal de lenguajes genéricos, profesionales o sociales, o como la imagen de un autor, narrador o personaje (1981, pp. 334-5). Por su condición dominante dentro de la cultura letrada decimonónica, la medicina ingresó rápidamente a la novela como el lenguaje profesional sobre el cuerpo y lo social que afectaría de allí en más la configuración global de sus relatos. Ahora bien, si efectivamente la medicina se incorporó al tramado de discursos que habitan la novela, ¿cómo distinguirla de otros discursos?, ¿cuáles eran los elementos estructurales que hacían de la medicina una formación discursiva independiente?,

dad de sus ficciones (con la tácita aceptación de una idea ingenua del lenguaje como pura transparencia), sino que también encontraron en esa profesión un símil válido del trabajo del escritor y sus efectos prácticos en la esfera pública y privada. Complementariamente, el pragmatismo de la novela experimental resultó muy atractivo a los médicos en busca de modos suplementarios con que intervenir sobre la sociedad y sus males. El artefacto naturalista prometía una eficacia persuasiva y una repercusión pública de las que la escritura médica carecía. Sin duda, fueron éstas algunas de las motivaciones que llevaron a la literatura a médicos argentinos como Manuel Podestá y Francisco Sicardi, ambos activos promotores del higienismo y su sistema de supervisión poblacional.

Como resultado del cruce, el escritor naturalista quedaría investido con las virtudes de un médico social capaz de diagnosticar enfermedades invisibles. En su defensa apasionada de los beneficios prácticos de la novela experimental, el periodista y ex-estudiante de medicina Benigno Lugones reforzaría la comparación mediante la explicitación de la escena del saber que de allí en más organizaría las coordenadas de sentido de toda ficción naturalista:

> Seremos como el cirujano que revuelve su mano en la inmundicia de la carne putrefacta y se inclina, sobre la úlcera pestífera, para estudiarlas profundamente. El naturalismo será la anatomía normal y patológica de la vida social.

Cirujanos de cuerpos imaginarios pero ejemplares, los novelistas fijarían su atención en el medio interior[8]. Este interés en indagar lo oculto quedaría expresado en la representación frecuente en las novelas de escenas autorreferenciales centradas en la invasión traumática del cuerpo, donde médicos de papel escarban en la interioridad de sus pacientes buscando el origen de un mal. La autopsia de la prostituta en la morgue en *Irresponsable*, el parto agónico de *¿Inocentes o culpables?*, los abortos en *Ley Social* (1885) de García Merou y en *Música sentimental*, así como la traqueotomía en *Sin Rumbo* explicitan tanto los modos en que el naturalismo armaba sus ficciones como la manera en que se explicaba a sí mismo en relación con una coyuntura político-cultural específica. Significativamente, casi todas estas explicitaciones de los presupuestos epistemológicos del naturalismo, son los órganos femeninos, ese espacio secreto donde en teoría se actualizaba la economía genética del cuerpo nacional y sus leyes de intercambio, el objeto central de la curiosidad médica.

El naturalismo argentino no se limitó a tomar prestados temas y técnicas del archivo médico, ni a construir escenas emblemáticas de sus pactos intertextuales. El punto de articulación más fuerte con la medicina se realizó en el nivel de la trama o argumento. El caso patológico y la serie hereditaria fueron los modelos para armar con los que el naturalismo construyó sus ficciones somáticas de lo nacional.

Modelos para armar: casos y genealogías

Durante el siglo XIX discursos aparentemente independientes como la historia, la ciencia y la literatura compartieron la creencia de que ciertos tipos de conocimiento eran esencialmente narrativos, accesibles únicamente por medio de secuencias en un desarrollo temporal. Autores y lectores estaban de acuerdo en que las tramas eran modos eficaces de organizar e interpretar el mundo, y que al atravesar un argumento ejecutaban un acto irreductible de comprensión de la vida humana (Brooks 1992, pp. 6-7). Simultáneamente, una obsesión común con los orígenes, la evolución y la genealogía acarreó una semiotización intensa del cuerpo que terminó por convertirlo en vehículo de toda significación narrativa. De uno u otro modo, todas las formas del relato decimonónico se articularon alrededor de una preocupación constante e inagotable por el cuerpo y sus sentidos. Cultos o populares, artificiosos o didácticos, serios o cómicos, los textos no cesaron de representar, interpretar, juzgar y espiar cuerpos.

La medicina fue el discurso que hegemonizó la producción de ficciones somáticas y que pautó los esquemas apropiados para narrar el cuerpo y hacerlo significar. En su archivo existían varias matrices narrativas, entre las cuales figuraba uno de los relatos básicos de la humanidad: aquel que impone un orden tripartito a la evolución corporal del individuo, nacimiento-madurez-muerte, serie en la que se pueden insertar estadios intermedios como la juventud o la vejez. Pero el esquema narrativo clásico de la medicina decimonónica se relacionaba no tanto con la temporalidad del cuerpo sano como con el desarrollo temporal de la enfermedad. Me refiero aquí al "caso" o "historia clínica."

El caso postula una evolución ideal del mal físico cuyo final puede coincidir con el del primer esquema narrativo, la muerte. Este desarrollo hipotético, en el que paulatinamente se revela la identidad material de la patología, sólo se torna evidente una vez que la mirada médica analiza e interpreta en detalle las manifestaciones de la en-

fermedad en el cuerpo del paciente. En "Lectura para médicos" (1896), Eduardo Wilde describió de este modo los pasos básicos del método de investigación médica a través de los cuales se daba forma definitiva al "caso":

> Se estudia cada caso con minuciosidad y método. Ya he dicho los preliminares de este examen; el análisis de los humores y las secreciones por los métodos que suministran la física y la química médica y a veces la bacteriología.
>
> [...] Después, personalmente, [el médico] estudia el cuerpo del paciente, recorriendo sus órganos y sus funciones, el estado de la inteligencia y de la sensibilidad, los movimientos reflejos, la aptitud térmica, la impresionabilidad para las corrientes eléctricas, si el caso induce tales exploraciones; el aspecto general, el desarrollamiento según los datos, los cambios operados desde el principio de la dolencia y otros detalles que surgen en el curso del procedimiento. La percusión, auscultación y palpación de los órganos forman grandes capítulos. Primero afectan un carácter general, después se particularizan, se localizan, concretando y concentrando los actos según los resultados. *El médico, en realidad, levanta el plano topográfico del paciente*, apreciando el volumen y la figura que han tomado los órganos o los elementos extraños que la enfermedad ha creado. *De este examen resulta un dibujo mental de las entrañas del enfermo*, el conocimiento de las fronteras de cada parte[...]. (1923, Vol 2, pp. 197-8, énfasis mío)

Con la ayuda de la química y la bacteriología, el ojo médico debía interpretar el caos sintomatológico para, a partir de esta primera lectura, reconstruir un orden que desembocara en una clasificación precisa de la afección del paciente. La interpretación clínica debía ser capaz de traducir los síntomas confusos de la enfermedad a los signos de un sistema significante coherente. Pero esta mirada no se contentaba con constatar, como en la historia natural, el despliegue de las diferencias, sino que procuraba calcular tanto el desarrollo futuro como los estadios anteriores del estado patológico actual (Foucault 1975, pp. 107-23). Una vez que el signo reemplazaba al síntoma, el médico colocaba el cuerpo del enfermo en una serie temporal que lo narrativizaba y lo convertía en un "caso." Hasta ese instante de prístina certeza, la enfermedad era un relato confuso cuyo enigma el médico, como lector profesional, se empeñaba en descifrar. La meta era la legibilidad absoluta del síntoma dentro de un nuevo relato que le daba sentido al hacerlo visible. Ver y decir eran las dos caras de una misma operación cognitiva en el contexto de una práctica que definía el lenguaje como transparencia. De ahí que el resultado de la investigación implicara el acto espectacular de la visibilidad: la

"topografía" o mapa del cuerpo, o el "dibujo mental" de la interioridad del enfermo que menciona Wilde. La localización definitiva de lo patológico, su visualización, eliminaba la distinción entre un adentro que ocultaba la fuente secreta de la enfermedad y una superficie sintomática caracterizada por su ambigüedad significante.

En su forma escrita, el caso médico era un verdadero género narrativo a través del cual los enfermos se convertían definitivamente en pacientes y en problemas clínicos. Fundamentalmente, lo que se narraba era la historia del descubrimiento de un diagnóstico; en otras palabras, se trataba del relato de una interpretación. Su organización *a posteriori* en cuatro secuencias básicas (etiología, diagnóstico, prognosis y tratamiento) oculta su verdadera matriz estructural. En su formulación final, se confunden el tiempo de la historia corporal, es decir, de la enfermedad tal como la percibía el paciente, y el tiempo del orden narrativo impuesto por el médico. Para que el "caso" fuera posible como texto, la autoridad profesional domesticaba, subordinándolas, las percepciones del enfermo. La interpretación de los síntomas reformulaba lo que el médico juzgaba era el "caos" de la experiencia individual en términos de una cadena narrativa causal que recuperaba la trilogía aristotélica: un principio (la etiología), un medio (estado actual de la enfermedad establecido a través del diagnóstico), y un final (prognosis). La cuarta secuencia, la del tratamiento, representaba la posibilidad de intervenir sobre ese orden necesario para de ese modo inducir otro "final" en el cuerpo[8].

Las historias ginecológicas del fin de siglo ilustran la retórica argumental del caso así como la relación jerárquica que se plantenba entre médico y paciente en ese contexto de negociación epistemológica. Una de las historias incluidas en *El médico ante la mujer* (1889) de Martín Garbiso resulta ejemplar en este sentido.

La paciente es X, una joven porteña que sufre de una progresiva debilidad general y frecuentes hemorragias vaginales. Ha sido ella misma quien, habiéndose medicalizado e identificado con la condición de sujeto doliente, ha salido en busca de respuestas profesionales[10]. Garbiso comienza su relato clínico con la transcripción de la "historia" del mal, la cual comprende la experiencia personal de lo patológico y los intentos anteriores de interpretación profesional:

> Se presentó en mi casa quejándose de estar enferma de debilidad, cuyo principio databa de mediados del año 1888; que hacía los mayores esfuerzos para alimentarse sin conseguirlo, viendo que sus fuerzas disminuían día por día; se encontraba acosada por un sueño irresistible; vivía continuamente disgustada [...] Hacia el mes de noviembre de 1888 había arrojado sangre por

la boca lo que la obligó a abandonar sus tareas escolares, atendiéndola un distinguido facultativo, quien le hizo un tratamiento adecuado[...] parece que algo se reanimó, hasta que a fines de diciembre, expulsó, otra cantidad de sangre [...] consultaron otro médico más; el diagnóstico de este último estaba de acuerdo con el del primero; se trataba de un caso de tuberculosis[...] (p. 35)

La historia previa del mal es, entre otras cosas, la historia de un fracaso. Después de repetidas consultas y diagnósticos, el malestar había continuado, negándose a revelar su secreto. Una vez finalizado el relato personal de la enfermedad, varias veces "interrumpido por el llanto" de la desesperada joven, Garbiso compara los datos que ésta le ha facilitado con su aspecto físico:

Su aspecto general... ¿cuál era? Mucho me llamó la atención, especialmente su semblante, que he tenido oportunidad de observar en otras enfermas; una palidez especial se extendía por su facies, resaltando algunos capilares venosos que surcaban sus mejillas, asiento de un debilitado color rosa [...] su mirar era entristecido e indeciso, [...] Su mano exangüe, parecía descarnada y estaban siempre frías, como también los pies, según su afirmación; las venillas y las venas se dibujaban en el dorso y en el antebrazo; [...]. Sus antecedentes hereditarios no son buenos...[...]

La lectura pormenorizada del cuerpo exhausto incluye la observación comparativa ("que he tenido la oportunidad de observar en otras mujeres") de la cara, las manos, los brazos y los pies, seguida por un examen que revela la ausencia de indicadores que apunten a una afección pulmonar o cardíaca, de acuerdo con los diagnósticos ofrecidos por otros médicos. La solución del acertijo está precedida por la explicitación del enigma como pregunta retórica: "¿Qué diagnóstico hacer ante esta denegación, los síntomas que me dió y el espectro que ante mi contemplaba?" La pregunta referida al proceso mismo de la interpretación clínica se resuelve con la formulación retrospectiva de una hipótesis diagnóstica, constatada en realidad antes de la escritura misma del caso: el origen de la dolencia debía estar en el aparato ginecológico. Después de varios intentos, el médico convence a la paciente a que se someta a un examen que confirma sus sospechas. El tratamiento prescripto tiene tan buenos resultados que en poco tiempo la enferma queda totalmente reestablecida (p. 39). El caso se cierra entonces con un "final feliz" doble: la resolución del enigma profesional y la cura.

En esta narración paradigmática ofrecida por Garbiso aparece cada una de las secuencias narrativas del caso médico, desde la incógnita

planteada por el relato y los síntomas físicos de la enferma hasta el establecimiento definitivo del diagnóstico y el tratamiento correspondiente. Las preguntas autorreflexivas dentro del texto reactualizan los esfuerzos de la decodificación y sus opciones. La validez de la interpretación queda corroborada por la visualización final del ámbito interior de la enferma que disuelve la oposición entre la patología subterránea y un afuera ambiguo. En efecto, cuando finalmente efectúa el examen físico, el médico de-vela, des-cubre, en el cuello uterino "una degeneración granulosa" (p. 38), la causa secreta del malestar y el dolor. En contraste con el estado de perpleja ignorancia de la paciente y el fracaso de los otros médicos, el éxito de la investigación refuerza la autoridad de la lectura científica del cuerpo. La reorganización de la versión autobiográfica de lo patológico se asienta en una relación jerárquica entre la perspectiva profesional y la perspectiva de la paciente (abiertamente expresada en la resistencia que precede al examen ginecológico), mediante la cual la narración primaria de la experiencia es incorporada, transformada y corregida por el relato maestro de la ciencia[1].

La coherencia de la dinámica narrativa del caso era tal que a veces ni siquiera era necesario acudir a pacientes reales para explicar el funcionamiento de una enfermedad. Como lo demuestra este fragmento de una tesis sobre el nerviosismo de 1883, el médico podía simplemente combinar los rasgos constantes de los cientos de casos registrados y generar su propia ficción somática sin perder credibilidad ni fuerza persuasiva:

Imaginémonos un hombre de temperamento nervioso y débil a quien se le ha substraído por medio de una sangría trescientos o cuatrocientos gramos de sangre, ó bien, ha recibido una violenta emoción moral, como la pérdida de su fortuna, la muerte de una persona querida, y *tendremos las condiciones propias para el desarrollo del nerviosismo agudo*. Bajo esta forma la enfermedad se presenta con todos los caracteres de un verdadero ataque. [...] (Díaz 1883, p. 37, énfasis mío)

El hecho de que la apelación a la imaginación estuviera explícitamente dirigida a posibles colegas y estudiantes de medicina apunta a otro rasgo intrínseco del caso como género narrativo, el hecho de que siempre se trata de un relato didáctico dirigido a un círculo profesional de pares masculinos, que contribuye con sus hallazgos al aumento colectivo del saber profesional. En el pasaje citado, el esquema argumental de la exposición depende de la relación lógica expresada por "Si esto" (un hombre con temperamento nervioso bajo ciertas

circunstancias),"entonces aquello" ("tendremos las condiciones propias para el desarrollo del nerviosismo agudo"). La generalización y el determinismo de la conexión causal entre las dos proposiciones habilita a médicos y estudiantes a trasladar el mismo modelo a otros casos individuales. En el caso ginecológico de Garbiso, en cambio, es la inversión del orden de los acontecimientos la que sostiene el afán didáctico. La narración retrospectiva del caso, al ocultar y dilatar momentáneamente su resolución, repite los diferentes estadios de la interpretación médica permitiendo al lector aprendiz revivir vicariamente el proceso a través del cual se llegó a la resolución del enigma sintomatológico.

En su afán por interesar y convencer, algunos médicos forzaban la función didáctica del caso hasta el punto en que se confundía con otras funciones narrativas supuestamente perjudiciales para la objetividad de la ciencia. Atentos al interés "literario" que sus ficciones patológicas podían despertar, algunos médicos incitaban la lectura presentando sus casos como "curiosos", "insólitos"o "peculiares", con recursos muy similares a los que la prensa policial o los autores de cuentos fantásticos utilizaban en ese entonces para seducir a sus lectores. En ciertas ocasiones, la naturaleza aparentemente extraordinaria de la patología en cuestión provocaba una comparación explícita con la imaginación literaria. En un artículo en *La Semana médica* de 1894, al reflexionar sobre la personalidad patológica de una asesina de nombre Victorina, y abrumado por las dificultades que presentaba el establecimiento de un diagnóstico unánime, un tal doctor Murguiondo se pregunta: "¿No sería alcoholista? ¿Quizás delincuente?... ¿No pertenecerá Victorina a la serie atávica de los que obedecen al ciego empuje que Semal ha designado con el nombre de psicosis criminal, y que ha inspirado a Emilio Zola las pinceladas siniestras de *La Bestia Humana*?" (1894, p. 67).

Las afecciones consideradas más "raras", las que más aguijoneaban la curiosidad científica, eran generalmente las relacionadas con la neurosis en sus distintas manifestaciones: la histeria y la erotomanía en las mujeres, las manías en los hombres, diferentes formas del nerviosismo como la neurastenia o el agotamiento nervioso. El interés que despertaban residía principalmente en la naturaleza misteriosa de su etiología, la falta aparente de lesiones orgánicas y su relación intrínseca con el campo de la imaginación y de las pasiones. Su existencia imprecisa exigía otro vocabulario, uno cuyas palabras e imágenes pudieran sugerir, más que describir, aquello que era inaccesible a los ojos. "Nada más curioso que esos estados intermedios",

decía Ramos Mejía, "esa zona indefinida,[...] penumbras en que el espíritu humano se columpia entre la tranquilidad fisiológica de la salud y la exaltación anómala de la locura declarada[...]" (1936, p. 92). Esas organizaciones que se hallaban bajo un cielo "en eterno crepúsculo" constituían verdaderos desafíos gnoseológicos, acertijos que el médico tenía dificultades en resolver con un diagnóstico unánime:

> El nerviosismo presenta tan variados y numerosos síntomas, que sería imposible reunirlos en una sola descripción; hay algunos que escapan siempre a la minuciosa observación.[...] Hay que tener en cuenta que lo que caracteriza esta neurosis, es la movilidad de los síntomas: la brusca aparición de algunos, la rápida desaparición de otros. (Díaz, pp. 36-7)

La neurosis equivalía a un texto corporal poco legible no tanto porque ocultara sus verdaderos síntomas como por el hecho de que "representara" e "imitara" otros, poniendo en jaque la lógica racional misma de la interpretación clínica y su sistema de clasificaciones discretas. La constatación de los límites de la ciencia no desembocaba necesariamente en escepticismo epistemológico, sino en un acrecentamiento de los esfuerzos por identificar sus síntomas. Es en este sentido que los casos médicos que giran alrededor de la locura son relatos ejemplares de investigación de lo patológico.

Después del caso, la matriz narrativa más común en el discurso médico fue la genealogía patológica. La preocupación por la sexualidad y la trasmisión de capital genético produjo el desarrollo de tramas globales del cuerpo enfermo, tan complejas como imprecisas en su funcionamiento. Por su etiología y prognosis cada caso estaba inserto dentro de cadenas narrativas más amplias que conectaban al paciente con parientes enfermos pretéritos y futuros. A través de estas conexiones, los casos particulares pasaban a ser secuencias mínimas de un "caso" mayor en el que el organismo en cuestión era un cuerpo colectivo, la familia, y en última instancia, la raza. Las fuentes intelectuales de estas macrotramas fueron las teorías de la herencia y del evolucionismo. Tanto por su interés en el tiempo y en la noción de cambio como por su manera de argumentar, ambas teorías poseían afinidades con los problemas y los procesos de la narración. Si se acepta que el argumento es "el diseño y la intención del relato, aquello que da forma a la historia y da dirección o intención a su significado" (Brooks 1993, p. xi), las teorías de Lucas, Lamarck y Darwin daban una direccionalidad a las transformaciones biológicas suprainvidiuales. Su lógica temporal explicaba *a posteriori* por qué una determinada configuración biológica era como era, o por qué de un esta-

Notas

[1]David Baguley cree que estas dos modalidades definen toda la producción naturalista francesa y explican de algún modo las aparentes contradicciones de la escuela, cuya influencia atraviesa textualidades tan diferentes como las de Zola, los hermanos Goncourt y el mismo Flaubert (1990, p. 124). La misma tensión define la producción naturalista latinoamericana y sus relaciones con otras formas narrativas del fin de siglo.

[2]Macherey califica ciertas novelas de Balzac como "textos disparatados" por el mismo motivo. En textos como *Los campesinos*, el conflicto entre dos tipos de enunciados crearía lecturas contradictorias entre sí (1974, pp. 259-99).

[3]Eugenio Cambaceres fue hijo de un rico hacendado de origen francés a quien se le atribuían relaciones con Jean Jacques Régis de Cambacérès, cónsul del Imperio y redactor del código napoleónico, y de Rufina Alais, porteña de alta sociedad de ascendencia inglesa. Su vida sigue el molde de los hombres de clase acomodada del Buenos Aires de fin de siglo: Colegio Nacional Buenos Aires, Club del Progreso, viajes múltiples a Europa, refinamiento europeo. Siendo abogado, fue elegido diputado en 1870,1874 y 1876. En 1871 su proyecto de separar Iglesia y Estado fue rechazado. En 1873 acusó a su propio partido de cometer fraude electoral. En 1876 abandonó la vida política. (Teachuk 1976: Capítulo 2).

[4]*Aguas abajo* (1913) de Eduardo Wilde es, posiblemente, el texto que mejor expresa esta doble orientación de la autorrepresentación. El "extraño caso" con que Wilde proyecta sobre su propia infancia no sólo remitiría a una práctica literaria que se instala, problemáticamente, entre ficción e historia —como sostiene en su brillante análisis Molloy (p. 120)— sino también a la apropiación de lo patológico para la creación de una subjetividad "a contrapelo".

[5]Sobre la noción de principios y finales y cómo afectan la forma al argumento ficcional, cfr. Said 1975, pp. xi-78 y Frank Kermode 1968, pp. 3-31.

[6]En la segunda mitad del siglo XIX en Buenos Aires, Entre Ríos y otras áreas del país se desarrolla la cría del ganado bovino paralela al interés de adquirir campos próximos a los puertos de embarque. La aceleración de este tipo de explotación ha sido comparada a la fiebre de oro en California. Este proceso está íntimamente ligado al desarrollo de la industria textil en Bélgica, Alemania y Francia, y a la imposición de un sistema económico en el que Argentina está destinada a producir materia prima en desmedro de la producción de manufacturas. La cría de ovejas exigía cuidados especiales que no requería el ganado vacuno: campos de pastos tiernos, alambrados, galpones para guardar la lana, corrales y mayor número de peones. Por lo general se acudía a inmigrantes vascos o irlandeses pues se pensaba que la mano de obra nativa no estaba preparada para este tipo de tareas. Cfr. Rodríguez Molas, pp. 181-84; 234-36; también Scobie 1971: Capítulos 3-5. *Sin rumbo* describe un tipo de estancia en estado de transición (tiene ovejas y vacas), y la persistencia de condiciones de trabajo regidas por el dominio absoluto de la tierra por parte de la oligarquía y la explotación casi feudal de las clases campesinas. Sobre la continuación de relaciones de poder y estructuras económicas llamadas arcaicas, i.e., anteriores al proceso de modernización, cfr. Brown 1986, pp. 3-31.

[7]El código rural sancionado en 1865 menciona el salario y el contrato escrito como obligatorio en la prestación de servicios como peón. Esta práctica se impuso lentamente en los próximas dos décadas y diferenció al gaucho argentino de otros campesinos latinoamericanos (Rodríguez Molas, pp. 213-14; 233).

[8]Dada la situación de los gauchos en ese período las dos explicaciones mencionadas pueden complementarse. Aun cuando Contreras haya vuelto para vengarse también es cierto que "necesita de los ricos". Según el Código rural de 1865 que mencionamos antes, el gaucho sin prueba de trabajo era considerado un delincuente y podía ser enrolado en el ejército de frontera por la fuerza. Esta situación persiste en los años ochenta. El código rural de Córdoba de 1881, por ejemplo, especifica que los gauchos que sean vagos o mal entretenidos, i.e., sin propiedad ni trabajo, serían remitidos por dos o tres años al ejército (Rodríguez Molas, pp. 214-5).

[9]George Schade ha prestado atención a algunas de las correspondencias entre el primer y el último capítulo pero no ha sacado ninguna conclusión de la comparación más allá de atribuir a la simetría la marca de lo estéticamente logrado (pp. 17-29).

[10]Esta función iluminadora del argumento secundario ha pasado desapercibida para la crítica. Noé Jitrik que ha reconocido la función simbólica de Contreras por su resistencia al amo, cree que el personaje no ha tenido "valor para el autor pues no se desarrolla, no cuenta humanamente, no tiene conflicto, ni siquiera el de su traición" (1970, p. 37).

[11]Como en el caso de Contreras, el texto también presenta la enfermedad de Andrea como el producto de un enfrentamiento con una presencia contra la que Andrés no puede pelear: "Una sorda irritación lo sublevaba; sentía despertarse en él un furor reconcentrado y ciego. Habría querido que eso que le mataba a su Andrea —la enfermedad cobarde y traidora—, revistiese una forma humana, material; fuese un hombre o una fiera, alguien, en fin, contra quien le quedara por lo menos el derecho, el recurso supremo de la defensa, a quien poder herir, matar, él a su vez. Pero nada le era dado hacer ... nada ... se encontraba desarmado, vencido de antemano en aquella lucha terrible y desigual ..." (p. 366).

[12]En textos tales como *La gran aldea* de Lucio V. López, *Mis memorias* de Lucio V. Mansilla y *Juvenilia* de Miguel Cané, la rememoración de la infancia no sólo pre-anuncia el futuro liderazgo político sino que es también el espacio donde se establece un origen común de clase y de identidad social (Molloy 1993, p. 120).

[13]Cuando Andrés pregunta por la gente de la estancia a su regreso de Buenos Aires, el mayordomo Villalba le cuenta que Ño Regino se va porque desde la deshonra y la muerte de su hija "anda sin sombra el viejo". El anomi-

mato del acto de venganza final induce a pensar que se trata del mismo No Regino.

[14]Los espacios en que se realizan las dos uniones eróticas enfatizan su sentido alegórico. La violencia contra Donata se da en el contexto de una historia nacional degradada: de las paredes de un pobre rancho cuelgan las caricaturas de personajes de la historia política argentina: Sarmiento, Mitre, Alsina, el último "llorando las miserias de la patria" (286). La descripción de la casa de citas donde se reúnen Andrés y la Amorini insiste también en la asociación entre historia política y sexualidad (p. 318). La casa se encuentra en la calle Caseros, la batalla que derrocó definitivamente a Rosas y que constituía, para la generación del padre de Cambaceres, una segunda fundación de la república por la cual la civilización se había impuesto a la barbarie. "Caseros", que en la novela de Mármol hubiera sido el final ideal, la resolución política que hubiera hecho posible la felicidad de los amantes perfectos, en el texto de Cambaceres enmarca una relación adúltera entre una inmigrante prostituida y un miembro irresponsable de la élite.

[15]"Una vez —y el recuerdo de este lejano episodio de su vida se dibujó claramente en su memoria—, había llegado a Buenos Aires una francesa vieja, zonza, flaca y fea, pero ... era artista, cantaba en el Colón. Enardecido al calor de una de esas fantasías de adolescente, que tienen la virtud de transformar en un edén el camarín hediendo a cola y a engrudo de las cómicas, hacerse presentar a ella por el empresario, un italiano viejo, corrompido, y mandarle en la noche del estreno diez mil pesos en alhajas, todo fue uno" (pp. 282-3).

[16]En *Pot-Pourri* el espacio anónimo y confuso de la ciudad facilita la realización del adulterio de María, una mujer "decente". En *Música sentimental*, el amor moderno, encarnado en la figura de la prostituta Loulou, es el que aniquila en definitiva a Pablo, un joven criollo con un futuro prometedor, perteneciente a las clases acomodadas criollas de Argentina, cuyo cuerpo es lentamente devorado por la sífilis. Si bien Loulou no es la fuente directa de la enfermedad, el narrador metonímicamente la hace responsable al insinuar que la muerte de Pablo es fruto de los contactos anteriores en los prostíbulos de Buenos Aires, poblados —según la mitología local— por extranjeras.

[17]La doble cara del Buenos Aires finisecular, como materialización del progreso social y como fuente de degradación, coincide con un trazado imaginario que divide el espacio urbano en buenos y malos lugares: el sur empobrecido vs el norte aristócrata, los prostíbulos criollos del oeste vs los prostíbulos extranjeros del bajo. Sobre la representación imaginaria de la ciudad según oposiciones maniqueas, cfr. Jitrik 1970, pp. 74-5; sobre las mismas oposiciones en relación con la producción de estereotipos sobre sexualidades perversas, cfr. Salessi 1991, 1995.

[18]Epple ve en el fracaso de las relaciones entre Andrés y Donata un rechazo por parte de la élite hacia las clases populares, al mismo tiempo que el texto practica la crítica de las clases altas y recupera el campo como valor. Schade se inclina por la idea de que el narrador hace una crítica despiadada de los italianos pero simpatiza con los personajes campesinos (pp. 17-29).

Uhlir opina que *Sin rumbo* denuncia el hecho de que Andrés no pueda reconocer el valor del campo que la novela defiende ni el de las clases que lo ocupan (pp. 225-245).

[19]El gaucho malo, afirma Sarmiento en *Facundo* (1845), "es un tipo de ciertas localidades, un outlaw , un squatter , un misántropo particular. Es el Ojo de Halcón, el Trampero de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural, y sin sus conexiones con los salvajes". Es una amenaza para la propiedad y las instituciones que garantizan la existencia del Estado moderno (1990, pp. 88, 101, 134-7). Donde la ley letrada percibía un crimen, la cultura popular campesina veía una desgracia. En *Sin rumbo*, la segunda aparición de Contreras está precedida por un diálogo entre los peones en el que se incluye la biografía típica del gaucho malo: "Hablaban de sus cosas, de sus prendas, de sus caballos perdidos cuyas marcas pintaban en el suelo con la punta del cuchillo, de alguien que andaba a monte 'juyendo' de la justicia por haberse desgraciado, bastante bebido el pobre, matando a otro en una jugada" (p. 299). En este pasaje la biografía es presentada desde la perspectiva de los gauchos (marcada sobre todo por la inclusión de la forma coloquial "juyendo") para quienes el enfrentamiento con la ley es una desgracia. La intromisión del punto de vista del subordinado refuerza la ambigüedad del texto en cuanto a la condición de víctima o victimario del gaucho Contreras.

[20]No es casual que la melodía que silba Contreras sea un cielito, uno de los subgéneros gauchescos que tomaba la forma del desafío en momentos de conflicto interno (Ludmer, p. 2). La comparación entre las tijeras y las "cuerdas tirantes de violín" que precede y cierra la pelea de Contreras y el patrón, pertenece al mismo juego intertextual. El ejemplo más claro de este gesto desafiante en la literatura gauchesca, lo constituye "La refalosa" de Hilario Ascasubi. En este texto, Ascasubi adopta la posición enunciativa de los gauchos de Rosas y el tono de desafío del cielito para descalificar al enemigo a través de su propia voz. El título se refiere a un tipo de tortura en que se ataba a la víctima, sometiéndolo a todo tipo de vejaciones (cortarlo con la punta del cuchillo; besarlo en la boca), a quien finalmente se le cortaban las venas del cuello para que se desangrara. El nombre "refalosa" refiere al hecho de que la víctima "resbalaba/ refalaba" en su propia sangre. La amenaza de Contreras está emparentada con una práctica de la violencia que es la contracara de la violación de Donata.

[21]Schopenhauer refiere la experiencia de un explorador que observa cómo, en la copa de un árbol, una ardilla que trata de defender a su cría, es devorada por una serpiente (1966, pp. 354-356). La diferencia más importante de la versión de Cambaceres es que el sujeto observador (Andrés), en vez de abstenerse, decide participar. Esta modificación no contradice a Schopenhauer, más bien lo confirma: a través de la experiencia directa de lo natural (el impulso y la reacción violentos del gato) Andrés es capaz de reconocer el orden desencantado del mundo.

[22]Allí se agrupan todos los lugares comunes de la misoginia finisecular. La limitación estrecha de las facultades intelectuales de la mujer, los escasos

alcances de su inteligencia incapaz de penetrar el dominio de la ciencia, rebelde a las concepciones sublimes de las artes y de la moral; el aspecto mismo de su cuerpo, la delicadeza de sus líneas, la suavidad de la piel, todo revela para Andrés la doble naturaleza de las mujeres: un cuerpo mediador, sin fin en sí mismo, creado con vistas a la propagación sucesiva y creciente de la especie. Estas ideas de Andrés sobre la mujer se basan también en una paráfrasis de un texto de Schopenhauer. Cfr."On women" (1970, pp. 80-8).

[32]Para Schopenhauer la forma de gobierno más perfecta es la monarquía. Las repúblicas —afirma— son antinaturales y por lo general esconden un sistema también basado en la fuerza. En cuanto a los derechos civiles, éstos terminan donde empieza el derecho de propiedad. Cfr. "On Law and Politics" (1970, pp. 148-9; 153). Esta concepción de lo político tiene su eco en una declaración del narrador de *Música sentimental*, la segunda novela de Cambaceres: "Or, declaro que la república reúne todas mis simpatías como la forma más bonita de gobierno, pero no tardo en agregar que, en achaques sociales, soy más realista que el rey: libertad, hasta por ahí; igualdad, ninguna, y fraternidad, con mis hermanos". (p. 200).

[33]La postulación de esta jerarquía social congeniaba perfectamente con el proceso de aristocratización que sufrió la élite argentina como respuesta a los cambios ocasionados por la modernización en las últimas décadas del siglo XIX. En *Prosa ligera*, Miguel Cané explicita el alcance de este tipo de mentalidad entre los miembros de la Generación del Ochenta:"Tú conoces mis ideas y sabes que sólo acepto las aristocracias sociales. En las instituciones, en los atrios, en la prensa, ante la ley, la igualdad más absoluta es de derecho. Pero es de derecho natural también el perfeccionamiento de la especie, el culto de las leyes morales que levantan la dignidad humana, al amor a las cosas bellas, la protección inteligente del arte y de toda manifestación intelectual. Eso se obtiene por una larga herencia de educación, por la conciencia de una misión, casi diría providencial, en ese sentido. Tal es la razón, de ser de la aristocracia en todos los países de la tierra, tenga o no títulos y preocupaciones más o menos estrechas. Entre nosotros existe y es bueno que exista. [...]" (Cané 1919, p. 125).

[34]Es precisamente por su capacidad de discernir un patrón común sobre la imprecisión neurótica que Freud calificó a Charcot de "visual", comparándolo con un artista: "Solía mirar una y otra vez las cosas que no comprendía, para mejorar su comprensión de ella día tras día, hasta que de pronto una iluminación descendía sobre él. En el ojo de su mente el caos aparente producido por la repetición continua de los mismos síntomas daba paso a un orden" (1957: Vol. III, p. 12). Como Charcot los estudiosos de la locura eran individuos que "veían".

[35]Años después, el médico Max Nordau retomaría la teoría de la degeneración para dirigirla contra los artífices de la estética europea finisecular. Como Maudsley, Nordau atribuyó a la influencia nociva de las grandes ciudades y la fatiga que provocaba a largo plazo, sobre el cerebro, la excitación de la vida moderna el origen de todas las neurosis. Cfr. *Degeneration* [1892], 1968, p. 15. Aunque *Degeneración* sería su libro más influyente, en *Las mentiras de la civilización*, publicado en 1883, Nordau ya había presentado las ideas principales de su argumento anti-moderno. Esta obra alcanzó las 71 ediciones.

[37]Esta fue una opinión común entre los intelectuales latinoamericanos que reflexionaron sobre los cambios introducidos en las sociedades locales por la modernización y sus efectos contraproducentes. Si la situación era preocupante en Europa, señaló alarmado el escritor mexicano Ignacio Altamirano en 1880, "aquí hace más estragos el escepticismo, es más deplorable el carácter que lo sufre porque se complica con la pereza instintiva que paraliza nuestra vida social, con la imperfección lamentable de nuestra educación moral, con los mil incentivos de vicio que se respiran bajo nuestro cielo privilegiado, con la sensibilidad delicada que produce nuestro clima tibio y dulce, con las peripecias cada año multiplicadas de nuestras revueltas políticas, con la inestabilidad de la posición en el mundo y con la mezcla singular de un pueblo en la vida primitiva y de un círculo de exigencias y el refinamiento de Europa" (1949, p. 51).

[38]La sensualidad desenfrenada de Montesgudo, el ejemplo de Ramos Mejía, recuerda las luchas internas entre instinto y razón que dominan a Andrés en *Sin rumbo*. Como le sucede a éste, "su feroz lubricidad *despertaba a la bestia adormecida*, poniendo en juego todo el extrañamiento irresistible que la exaltación del sentimiento genésico excita[ba] en los individuos de su temperamento" (p. 307, énfasis mío). En *Sin rumbo*, el predominio de "la bestia" se describe casi con las mismas imágenes: "Andrés, inmóvil, sin respirar siquiera, la miraba. Sentía una extraña agitación en sus adentros, como la sorda crepitación de un fuego interno, como si repentinamente, a la vista de aquella mujer medio desnuda, le hubiesen derramado en las venas todo el extinguido torrente de sangre en sus veinte años" (p. 286).

[39]Esta tipología de la perversión sexual masculina sería retomada por Freud, para quien, como para la mayoría de los médicos del fin de siglo, la inclinación hacia mujeres de una clase inferior era signo de una sintomatología neurótica. Sobre la relación entre algunos aspectos de la teoría psicoanalítica freudiana con la "topografía social del deseo burgués" y los antagonismos de clase decimonónicos, cfr. Peter Stallybrass & Allon White 1986: Capítulos 4 y 5.

[40]La mención del médico francés apunta, indirectamente, a otra posible relación intertextual. Cambaceres bien podría haber utilizado para la construcción de su caso ficcional de locura intermedia *Du nervosisme*, el influyente ensayo sobre la neurosis moderna que Bouchut publicara en 1857.

[41]Miguel Cané. "Los libros de Eugenio Cambaceres". *Sud-América*, 30 de octubre de 1885, énfasis mío.

[42]Por ejemplo, Ramos Mejía 1936, p. 324. Además de las mencionadas arriba (trabajo, aislamiento, moderación), existían medidas accesorias que también aparecen representadas en la novela, aunque no de manera explícita. El cruce del río y la exposición prolongada al agua fría (pp. 84-5) recuerda, por ejemplo, los baños de agua fría que se usaban entonces en los hospitales estatales para devolver al loco a la cordura.

[33]La convicción sobre la vanidad de la vida, advierte Schopenhauer, no debería llevar a la falsa teoría de que "la mayor de las sabidurías consiste en gozar el presente y hacer del placer el objetivo de la vida, porque el presente es aquello que es real cuando el resto es meramente imaginario. Pero uno podría llamar a este modo de vida la mayor estupidez: ya que aquello que cesa de existir en un momento, que se desvanece completamente como un sueño, no es digno de ningún esfuerzo serio" (1970, p. 52). Dado el funcionamiento del mundo, sólo la prudencia estoica puede garantizar cierto tipo de realización individual entre las clases superiores.

[34]Sobre la oscilación entre distintos puntos de vista y cómo afecta la interpretación ideológica de un texto narrativo, Cfr. Uspenski 1983, Capítulo 1.

[35]La medicina reconocía que, si bien parte de su delirio provenía de su voluntad de comprender el mundo, en los locos intermedios se mezclaban la confusión de la locura pasiva y las más elocuentes manifestaciones de una inteligencia superior, capaz de observaciones no sólo iluminadoras sino también originales.

[36]En este contexto, es relevante recordar su condición de novela "fundacional" dentro de la historia literaria nacional. Primero García Merou y más tarde Rojas en su historia (1925: Vol 2, p. 634) la designaron la primera novela argentina moderna.

4. Ficciones paranoicas: degeneración e intrusos

Si no obramos así, va a llegar un día en que nos habremos suicidado a nosotros mismos y hecho desaparecer la población nacional, para dejar su lugar a otra [...]
D. F. Sarmiento.
Condición del extranjero en América. *1883.*

Si, como afirma Adorno, el realismo novelesco responde siempre a una lógica cercana a la paranoia (p. 125), ciertas manifestaciones del naturalismo argentino habrían llevado esta tendencia primaria a niveles inauditos. La lógica paranoica consta de dos mecanismos fundamentales: la obsesión con los detalles y la invención de teorías omniexplicativas (Freud 1958, p. 75). Estas teorías constituyen ficciones narrativas dentro de las cuales los detalles adquieren un significado causal aparentemente irrefutable. Si en el realismo clásico, la apreciación de lo marginal, como la descripción minuciosa del cuerpo o el atuendo, servía para conectar individuo y sociedad[1], en el realismo naturalista, los mecanismos interpretativos paranoicos se usaron sobre todo para identificar sujetos cuya Otredad era supuestamente origen de múltiples formas de lo patológico que "conspiraban", a través del fantasma del contagio, contra el equilibrio sociobiológico de la sociedad nacional entendida como macrocuerpo. Con el programa experimental de Zola, la novela argentina devino principalmente una máquina policial con la cual clasificar lo diferente.

Entre las así llamadas "novelas del inmigrante", hallamos dos ejemplos extremos de este modelo narrativo, donde la refutación del romance fundacional adopta la forma de un mecanismo paranoico enloquecido que persigue insistente e incesantemente, en todos y cada uno de los niveles de la representación, a los extranjeros contaminados que supuestamente atentaban contra la salud de la familia argentina futura, agazapados en la muchedumbre de la modernizada Buenos Aires. Me refiero a los modos en que *¿Inocentes o culpables?* (1884) do

Antonio Argerich y *En la sangre* (1888) de Eugenio Cambaceres cuestionan el proyecto liberal que postulaba la unión de inmigrantes y criollos como el punto de partida de un cuerpo nacional en el que se fundiría lo mejor de los dos grupos sociales. Estas dos novelas defienden un concepto pseudobiológico de la nación según el cual la legitimidad política debía coincidir con el círculo restringido de la familia criolla tradicional[2]. En ellas se hace patente cómo la configuración de una identidad común implicaba necesariamente la exclusión de todo aquello que se considerara indeseable o amenazador para la clase que controlaba el proceso de homogeneización cultural.

El argumento que se busca probar gira alrededor de una historia de amor fallida que es el resultado de una mezcla interracial en contradicción con los principios eugenésicos que garantizan el mejoramiento y continuidad de la "raza" argentina. Como en *Sin rumbo*, la familia criolla encarna el núcleo biológico nacional que podría degenerar y/o desaparecer como resultado de agentes patológicos hereditarios. Pero mientras en *Sin rumbo* es la neurosis moderna que padecen los jóvenes de la élite oligarca la causante de la degradación familiar, en las ficciones naturalistas decididamente paranoicas, el motor de la degradación es siempre un cuerpo externo y agresivo, el del macho inmigrante, el que contamina el cuerpo criollo a través de sus zonas más débiles: sus mujeres. Dado que el objetivo principal es la descalificación del amante extranjero considerado inferior, la historia erótica, aun cuando continúa siendo la fuente de sentido del mensaje textual, se encuentra desplazada hacia el final del texto. La mayor parte de cada novela se entretiene en cuestionar la idoneidad psicofísica del inmigrante de acuerdo con una estructura argumental que superpone la forma discursiva del caso médico con la del caso jurídico. Develar la enfermedad en el cuerpo del otro sirve a su vez para dejarlo "fuera de la ley". En este sentido, el efecto pragmático de la ficción paranoica naturalista no sería curar, sino excluir y aislar. El asilo, la cárcel y el exilio serían sus equivalentes institucionales. Indicada su naturaleza jurídica desde el título mismo, en *¿Inocentes o culpables?* la descripción del proceso de degeneración mental que corroe a la familia italiana Dagiore —y que ocupa las tres cuartas partes del texto— es una larga introducción necesaria para demostrar cómo la cadena de trasmisión sexual de lo mórbido destruiría también a la familia argentina si Carlota, la virgen criolla, desposara a José, el hijo de los Dagiore. Por su parte, *En la sangre*, luego de caracterizar a su protagonista inmigrante Genaro como el producto de una herencia atávica que lo inclina hacia el crimen, muestra los efectos

nocivos de esa naturaleza degenerada una vez que se introduce mediante el artificio de la simulación dentro de la familia de la criolla Máxima.

El proyecto político-literario de estas ficciones paranoicas representó una respuesta a los cambios ideológicos que sucedieron a la puesta en práctica del programa de modernización diseñado por el liberalismo argentino.

Para los inventores de la patria liberal, el inmigrante europeo había tenido un carácter casi mítico. En oposición a una naturaleza nacional ciega y descontrolada y a la inestabilidad recurrente de las asociaciones públicas locales, la figura ejemplar del inmigrante había sido postulada como la personificación del orden y la civilización (Sarmiento 1990, pp. 371-2). Su fuerza transformadora era tal que, según Alberdi, para lograr la utopía política ni siquiera sería necesario cambiar las leyes, pues bastaría con suplantar la familia argentina por otra mixta para que los criollos se vieran favorecidos automáticamente por el influjo beneficioso de los inmigrantes anglosajones, disciplinados en la ética del trabajo y el ejercicio de las libertades públicas (1979, pp. 164-5).

Los resultados concretos del plan de modernización liberal refutarían el optimismo de esa primera imagen. Contradiciendo las preferencias étnicas de Alberdi, la mayoría de los grupos inmigrantes que llegaron a Argentina provendría de los estratos sociales más míseros de Italia y España, campesinos y obreros seminanalfabetos que el exceso de población arrojaba de Europa[3]. En vez de ir a poblar un territorio supuestamente desierto y terminar con la barbarie gaucha, la inmigración se concentró en las ciudades del litoral produciendo en el área un desequilibrio poblacional entre argentinos nativos y extranjeros, y una modificación drástica de las costumbres y usos tradicionales[4]. Los males identificados con la ciudad moderna —el crimen, la prostitución, la mendicidad, el alcoholismo y la locura— fueron inmediatamente atribuidos a la presencia extranjera. La asombrosa movilidad social producida por el rápido desarrollo económico dio lugar al surgimiento casi espontáneo de una clase media urbana de origen inmigrante, que en poco tiempo competiría por el poder y los privilegios sociales de la alta burguesía local[5]. Debido a todos estos factores, a partir de los años ochenta, escritores y científicos criollos comenzaron a diseñar en sus textos contracaras de aquel inmigrante utópico. El avaro, el advenedizo, el homosexual, la prostituta, el anarquista y/o el indiferente político formarían parte de una serie de tipos sociales indeseables, cada uno de ellos delineado negativamente se-

gún los parámetros del trabajo, de la familia y de la política; los tres órdenes que los inmigrantes habían venido a transformar y mejorar como obreros, padres y ciudadanos[6]. Por su número, su origen mayoritariamente campesino y su diferencia lingüística, los italianos fueron los blancos predilectos de esta ofensiva xenofóbica.

El reacomodamiento conceptual en relación con los inmigrantes fue paralelo a otro cambio ideológico que las novelas de la época no sólo reflejaron sino que también ayudaron a realizar. Me refiero aquí a los modos en que nacionalismo, respetabilidad y racismo se articularon entre sí en la segunda mitad del siglo XIX en la mentalidad de las élites modernas (Mosse 1985, p. 133). Hacia fines de siglo, como una forma de nacionalismo exacerbado, el racismo enfatizó la distinción entre vicio y virtud burgueses en términos de la oposición entre lo normal y lo anormal. Las diferencias entre las personas ya no fueron percibidas como variaciones ocasionadas por la educación o el medio ambiente sino como inmutables, fijas en el tiempo.

La generación de estereotipos centrados en el cuerpo fue la operación básica del racismo. Los estereotipos constituían estructuras heurísticas con las cuales el Yo criollo podía producir imágenes de aquello que a fin de siglo aparecía no sólo como la encarnación de lo diferente sino también como una amenaza: el inmigrante. Como ese Otro era concebido como la antítesis de ese yo, dichas imágenes ordenaban el mundo de acuerdo con un conjunto de categorías bipolares con las cuales los criollos se definían a sí mismos[7]. La idea de lo patológico fue un índice central de diferencia. La enfermedad potencial y la corrupción del Yo criollo fueron proyectadas hacia afuera de modo tal que los extranjeros devinieron al mismo tiempo corruptos y corruptores. De todos los modelos patológicos, el más poderoso fue el de la locura puesto que no había nada más atemorizador que la posibilidad de pérdida de control sobre el Yo. A menudo asociados con actos violentos (incluso actos sexuales agresivos) los locos eran la antítesis de los conceptos de razón y autocontrol que definían al Yo burgués. La sexualidad perversa también fue un índice de diferenciación biológica; pero en tanto se encontraba anclada en la misma oposición entre lo normal y lo anormal, se podría decir que en realidad se trataba simplemente de un desprendimiento del estereotipo patológico. La identidad grupal en la que se basaba el racismo criollo servía como un medio de separar entre los biológicamente más aptos y el resto. De ahí que al estereotipo del inmigrante enfermo o perverso le correspondiera una imagen

aristocrática de la familia burguesa criolla en la que el criterio de limpieza de sangre había sido reemplazado por el de la salud.

Una de las características más desconcertantes del uso de estereotipos es el hecho de que se trate de estructuras proteicas que generan imágenes cambiantes y contradictorias de un mismo objeto. La negatividad del inmigrante proyectada por las novelas de Argerich y Cambaceres responde a criterios opuestos de discriminación: los inmigrantes son condenados porque trabajan excesivamente y/o porque no trabajan; porque son fértiles y/o infértiles; porque no gastan dinero y/o porque lo derrochan; porque no saben leer y/o porque leen demasiado; porque se mantienen separados y/o porque quieren mezclarse. A veces, en un esfuerzo por mantener la coherencia narrativa, las novelas distribuyen estas caracterizaciones contradictorias entre diferentes personajes; otras veces en cambio, un mismo personaje presenta casi simultáneamente rasgos opuestos entre sí.

En su fase racista, el nacionalismo usó el estereotipo como un modo de visualizar lo diferente. Dado que la diferencia sólo era significativa cuando se convertía en una amenaza para el sentido de autopreservación del Yo o del grupo con el cual éste se identificaba, la capacidad de ver al Otro disminuía la carga de ansiedad. En las novelas que nos ocupan, la patologización del inmigrante siempre se encuentra acompañada del intento desesperado de identificación visual de lo mórbido. Al final de *¿Inocentes o culpables?*, las manifestaciones exteriores de la sífilis sirven para separar al hijo inmigrante de la saludable joven criolla. Al comienzo de *En la sangre*, la cara del padre napolitano revela prolépticamente lo que la cara del hijo oculta. Por detrás de esta urgencia policial, siempre existe el temor de la no manifestación de la diferencia, la posibilidad de que el Otro pase desapercibido. Las referencias paranoicas a la figura del inmigrante contagioso capaz de trasmitir enfermedades que, como la locura o la sífilis, no siempre presentan signos externos en sus estadios iniciales, o la del intruso conspirador que a través de la simulación de sus taras biológicas toma posesión de lo ajeno, evocan los fantasmas de ese miedo inagotable.

La construcción naturalista de estereotipos patológicos del inmigrante se funda en el cruce intertextual entre literatura y medicina. Nuevamente, no se trata únicamente de constatar un sistema común de representaciones. La medicina proveyó a Argerich y Cambaceres un modo de narrar y una estrategia de legitimación. Por un lado, en su intento de refutación del romance fundacional liberal, ambos escritores, en mayor o menor medida, se apropiaron de

En la sangre (1888), la cuarta y última novela de Eugenio Cambaceres, realiza el temor paranoico que alimentaba el texto de Argerich. Esta vez, la falta de rostro, la ausencia de rasgos particulares, permiten al hijo inmigrante inmiscuirse en la familia criolla. Pero la ilegitimidad del romance interracial no resulta sólo de la segura trasmisión de una herencia degenerada. A diferencia de José Dagiore, Genaro Piazza, el protagonista, no está enamorado, ni siquiera atraído por Máxima, la joven criolla. Conciente de su propia inferioridad biológica, la viola para de ese modo forzar una novela familiar imaginaria que le permita re-escribir su propia herencia. Al reemplazar su propio linaje por uno mejor, más prestigioso, con el cual borrar "la mancha" de su origen innoble y extranjero, lo que el hijo inmigrante realmente busca es devenir otro, es decir, "argentino". Esta voluntad de asimilación que el nacionalismo liberal postulaba como el único requisito necesario para participar de la comunidad de ciudadanos, representa en esta novela el síntoma patológico de una inclinación criminal equivalente al robo. *En la sangre* parte de una definición étnica de la nación según la cual los límites políticos coinciden con el círculo de la familia criolla tradicional; según esta definición, la nacionalidad se hereda, no se adquiere. Genaro sólo puede ingresar a ella por el fraude porque lleva "en la sangre" la marca corporal de su diferencia. Su determinación por un origen indeseable se inscribe en su propio nombre: el juego sobre el significante "genus" y "plaza" desata asociaciones posibles con "genealogía" y la determinación por la herencia, por un lado, y su relación con la calle y el anonimato, por el otro. La transparencia onomástica sugiere un circuito semántico que asegura la unidireccionalidad del mensaje saturando el significado. Toda la historia de Genaro podría ser leída como la búsqueda de un nombre propio por medios ilegítimos o —lo que es una variante de lo mismo— el deseo de ocultar la propia identidad mediante la apropiación de una genealogía usurpada.

Como *¿Inocentes o culpables?*, la ficción paranoica de Cambaceres adopta la forma de una novela autoritaria que usa el argumento ficcional para probar una hipótesis. Nuevamente lo que está en juego es la preservación de la familia criolla. Partiendo de una concepción del sujeto como organismo natural influido por las fatales leyes del determinismo, se intenta demostrar otra vez que la intromisión del elemento inmigratorio pone en peligro el capital biológico y económico de la comunidad nacional. Pero a diferencia de la novela de Argerich en que el caso clínico servía de estrategia discursiva para señalar los signos manifiestos de la familia neuropática, la novela de Cambaceres trata de un intruso cuya patología carece de rasgos visibles. El texto en su totalidad adquiere entonces la apariencia de un aparato represivo que intenta extraer información de su personaje. La acción indagatoria se realiza en dos niveles: en el de la trama como un relato de aprendizaje fallido por el cual Genaro descubre para sí y para otros (entre ellos, el lector) su verdadera naturaleza, y en el de la situación narrativa como una práctica invasiva del narrador que obliga al personaje a "confesar" su propia inferioridad a través del uso del discurso indirecto libre. Por medio de estos mecanismos de desocultamiento, la novela ejercita una denuncia alentando en sus lectores una respuesta práctica en el campo de lo social igual a la deseada por Argerich: la exclusión del inmigrante de la familia nacional.

En tanto Genaro asciende por el fraude, *En la sangre* también es también una reflexión sobre las relaciones entre lo patológico y la transgresión de la ley. Este el motivo por el cual la relación intertextual con la medicina no se relaciona sólo con la representación de una anomalía mental sino, sobre todo, con la adopción mediada de los postulados teóricos de la criminología positiva. Comparte con ella su objetivo policial: identificar, en la masa anónima de la ciudad moderna, al criminal oculto. Realizando esa tarea el texto esboza su opuesto: la circunscripción de lo anormal implica, por oposición, el establecimiento simultáneo de aquello que debe ser considerado como ideal de respetabilidad: un modelo físico-moral en el que descansaría la imagen impoluta de la nación.

Retratos criminales y policía médica

La dinámica narrativa de *En la sangre* está montada sobre los principios conceptuales de las teorías médicas de la transgresión social, con las que en la segunda mitad del siglo XIX la policía médica trató de establecer técnicas de identificación para separar al criminal de los sujetos normales/sanos. Se pueden distinguir dos orientaciones principales. La primera postulaba la existencia de ciertas marcas psicofísicas heredadas que revelaban principalmente en el rostro la inclinación patológica al crimen. La segunda, en cambio, enfatizaba los rasgos psicológicos y, aunque aparentemente más flexible, su caracterización de las patologías criminales era tan amplia que podía ser usada para criminalizar todo tipo de comportamiento que no fuera congruente con el sistema de valores dominante. En la novela de Cambaceres, estas dos orientaciones sirvieron de base epistemológica a la configuración ficcional.

La primera formulación coherente de una conexión entre la organización biológica de los individuos y sus actos criminales se encuentra en los escritos de Cesare Lombroso[42] quien se propuso trasladar el método experimental a los estudios psiquiátricos y, con un gesto paralelo al de Claude Bernard con respecto del enfermo, convirtió al criminal en objeto de estudio apartándose así de una tradición legal enfocada en el crimen. Sus ideas aparecieron por primera vez en *L'uomo delinquente* (1875), texto fundador de la escuela positiva del derecho y de la antropología criminal. Para Lombroso los criminales eran el resultado de su organización física y psicológica, la cual diferiría esencialmente de la de los individuos normales. Existían ciertos *stigmata* físicos y psicológicos inconfundibles. El criminal innato exhibía anomalías principalmente en el rostro y la cabeza: orejas en asa, nariz negroide o aquilina, pelo oscuro y abundante, cejas gruesas, frente estrecha o deprimida, piel oscura, senos frontales desarrollados, mayor frecuencia de suturas medio-frontales, gran desarrollo de las mandíbulas y de los arcos cigomáticos, prognatismo, etc. Psíquicamente, se le atribuía falta de sensibilidad al dolor, carencia de sentido moral, pereza, inclinación por los juegos de azar, gusto por los tatuajes y las joyas, uso de jergas, espíritu de grupo, sed de venganza, instinto genésico altamente desarrollado y de manifestación precoz (Lombroso 1911, pp. 5-48). La circunscripción científica de lo criminal entrelazaba nociones estereotipadas de la raza, el sexo y la edad. El criminal era considerado alternativamente un salvaje o un menor. Influido por el principio de Haeckel que afirmaba que la ontogenia recapitula la filogenia, las supuestas semejanzas antropométricas entre el criminal innato y las razas inferiores llevarían a Lombroso a formular su hipótesis sobre el atavismo: el criminal era el resultado de una herencia regresiva, una vuelta a estadios anteriores de la evolución de la humanidad. Por ese mismo motivo se podían encontrar semejanzas entre el comportamiento criminal y la falta de criterio moral de niños y mujeres[43].

A pesar de que otros médicos, especialmente los franceses, pusieron en cuestión la teoría de Lombroso rechazando la idea de que los *stigmata* eran signos invariables de un comportamiento criminal (Tarde 1890, p. 35), la teoría de las determinaciones somáticas pervivió en los escritos de Garófalo y de Ferri. En sus textos aparecen dos modificaciones principales: un énfasis mayor en la influencia del medio y una relativización de la lista de los *stigmata*. Para Ferri, el crimen surgía de la combinación de tres factores: los hereditarios, los físicos (clima, suelo, estaciones, etc) y los sociales (estructura familiar, economía, política, etc.). Sin embargo, como Lombroso, Ferri negaba la existencia del libre albedrío. Según él, existía una ley que podía llamarse —por analogía con la química— "de saturación criminosa", en virtud de la cual todo ambiente social y físico, en un momento histórico dado, encerraba una forma y una cantidad determinada de delitos que las disposiciones penales de los códigos no podían contrarrestar.

De acuerdo con Garófalo, el hecho de que no todos los criminales presentaran los *stigmata* de Lombroso limitaba la hipótesis pero no la refutaba totalmente. En realidad, la teoría funcionaba si se ampliaba la noción de crimen y se daba más importancia a las características psíquicas del criminal. Era un hecho aceptado que sólo la mitad de los culpables de crímenes reconocidos eran presentados a la justicia, "ellos representa[ba]n sólo una pequeña porción del número total de crímenes cometidos, la mayoría de los cuales permanecen sin resolver, o no son reportados a la policía". Por otra parte, había ciertas clases sociales en las que los instintos criminales se revelaban bajo otras formas, dando lugar a la aparición de "casos intermedios" cuyas faltas morales escapaban al alcance del código criminal (Garófalo 1968, pp. 73 y sgts.). Si se ampliaba la noción de crimen no sólo aumentaría el número total de individuos con los *stigmata* reveladores, sino que además se comprobaría la importancia decisiva de las anomalías psíquicas sobre las físicas:

> No se ha tenido éxito, y es ya hora, en el esfuerzo por obtener una descripción externa acertada que nos permita distinguir al criminal de otros hombres. Pero esto no socava la proposición de que *los criminales poseen una anomalía psíquica que los diferencia de la generalidad de los hombres*. (p. xxxi, énfasis mío)

La causa fundamental de dichas anomalías era la degeneración moral, un tipo de selección biológica "al revés" ("sélection à rebours") que hacía que el hombre perdiera las cualidades que había adquirido por la evolución de la especie. Esta selección en retorno se debía sobre todo a la unión sexual de especímenes inferiores que, brutalizados por el alcohol o la miseria "contra la cual su apatía les ha impedido luchar", producían "una verdadera raza de calidad inferior" (p. 110)[44].

En la formulación teórica de Garófalo se percibe lo que algunos historiadores sospechan en el caso de Lombroso: la designación de lo que era un criminal se relacionaba siempre con el proceso opuesto pero recíproco de definición del buen ciudadano (Pick, p. 109). Como en la segunda mitad del siglo XIX el concepto de nación tendió a

confundirse con el de identidad racial o étnica, los *stigmata* del criminal se convirtieron en las marcas de lo que era "extranjero" a la comunidad en términos biológicos. Los debates que surgieron entonces sobre segregación, pena capital, castración y eugenesia, partían precisamente de la creencia generalizada de que los criminales y las clases bajas constituían una raza diferente que dañaba la salud nacional[45]. Para la criminología positiva, en un Estado ideal, pendiente de las necesidades higiénicas de la comunidad, "el objetivo tendría que ser solamente prevenir la procreación de individuos que, con toda probabilidad, se volverán viciosos y depravados". (Garófalo, p. 252).

La escuela positiva de Lombroso tuvo una gran influencia en Argentina[46]. Un primer indicio fue la fundación a comienzos de los ochenta de la Sociedad de Antropología Jurídica por los médicos J.M. Ramos Mejía, J.N. Matienzo, N. Piñero[47] y Rivarola. De esa misma época son las publicaciones de textos directamente ligados con las discusiones de la escuela italiana tales como *Los hombres de presa* de Luis María Drago (1887)[48], *Las causas del delito* (1892) de Antonio Dellepiane, y varias tesis doctorales de medicina legal[49]. Drago fue quien llamó la atención sobre las posibilidades de la apertura de un programa de investigación sobre la fisonomía humana[50]. En su libro recorre las teorías médicas más conocidas en Europa sobre las causas y definición del delito adoptando una postura conciliatoria muy cercana a la de Garófalo. Había dos tipos de criminales: los innatos que presentaban la mayoría de los *stigmata* de Lombroso, y los "criminaloides", en quienes habría cierta presencia de lo mórbido de donde se derivaban sus trastornos funcionales y afectivos. La distinción de estos dos grupos probaba la teoría de Morel, según la cual el "germen patológico" sufría múltiples transformaciones en el proceso hereditario (p. 48). De los problemas para interpretar la fisonomía no había que concluir su irrelevancia; aun cuando los rasgos somáticos no fueran concluyentes, comportamientos tales como la insensibilidad física o moral, la susceptibilidad exagerada, la concepción incompleta o ignorada de lo moral, la pereza, la falta de remordimiento, los estallidos de pasión, debían referirse a "una degeneración adquirida o conjenital [sic] de la masa encefálica" (pp. 88-9). A toda anomalía moral le correspondía algún tipo de alteración física: si la degeneración no podía deducirse de las características faciales estrictamente somáticas, las expresiones de la cara servían de guía. Lo acertado de la teoría también dependía de la noción de delito que se tomara: una gran proporción de error desaparecería si se tenía en cuenta que los individuos considerados normales desde el punto de vista de la ley, no lo eran "con arreglo a un código estricto de moral, como asimismo p[odía] suceder que algunos delincuentes pas[ara]n por honestos por haber tenido *la habilidad o la fortuna de esquivar la acción judicial*" (p. 37, énfasis mío).

La necesidad de reformar el sistema legal argentino de acuerdo con los postulados de la escuela lombrosiana nacía, sobre todo, de los peligros que acarreaba la llegada masiva de la inmigración[51]. Como sucedía con las teorías de la degeneración mental, los inmigrantes también fueron el blanco de las reflexiones criminológicas[52]. El ensayo de Drago llama la atención sobre la necesidad de tomar precauciones contra la masa "indiferenciada" de aventureros y criminales que, mezclada con la corriente inmigratoria, "aumenta cada día el número de actividades nocivas". En otro nivel, lo que se propugna es la puesta en funcionamiento de un mecanismo de selección artificial que controlara la admisión de elementos extraños en el organismo social:

> Reaccionemos, pues, contra el sistema de clemencia inconsiderada y poco reflexiva, recordando que la inmigración afluye a la república cada vez en proporciones mayores, y, tal vez, merced a la benignidad de nuestro sistema represivo y a nuestras costumbres legales, puede este país llegar a convertirse en el campo obligado de los delincuentes desterrados de Europa (Drago, p. 155)

La voluntad de circunscribir lo criminal produjo un afán obsesivo de identificación antropométrica. Los apéndices del ensayo de Drago registran un catálogo de las técnicas disponibles para semejante tarea: la aplicación combinada de la frenología de Gall, la fisionomía de Lavater, los estudios sobre las expresiones faciales de Darwin, el sistema fotográfico de Spencer y Batut, permitirían develar en la masa anónima de la ciudad cosmopolita el rostro del criminal degenerado[53]. Para reforzar su argumento Drago concluye con dos casos criminológicos, el del español Castro Rodríguez, quien había asesinado y descuartizado a su esposa e hija argentinas, y el del italiano Castruccio, asesino de su compañero de vivienda, quien, después de haberlo sofocado, se había dedicado a actividades pederastas en la cama contigua. En ambos casos, aunque el móvil material parecía haber sido el dinero, el origen verdadero se encontraba, insistía Drago, en la naturaleza degenerada de los sujetos implicados. No quedaban dudas de que ambos asesinos remitían a la tipología criminal de Garófalo. Mientras Castro Rodríguez presentaba claramente todos los rasgos faciales del criminal innato lombrosiano que permitirían al

La escena de autorreconocimiento funciona también como disparador de una serie de acciones por las que, renegando de su origen, el hijo inmigrante se propone re-escribir su propia historia para por medio de ella devenir otro:

> El los había de poner a raya, los había de obligar a que se dejaran de tenerlo para la risa ... les había de enseñar a que lo trataran como a gente ... ¡Y ya que sólo el azar del nacimiento, en la condición de sus familias, en el rango de su cuna, hacían estribar su vanidad y su soberbia, les había de probar él que, hijo de gringo y todo, valía diez veces más que ellos!... (pp. 400-1)

Mediante la aparición de esta voluntad individual la novela de Cambaceres acciona el experimento naturalista por el que se trata de constatar si, dadas las características físicas y psicológicas del personaje, éste podrá superar la fatalidad de las leyes que rigen el mundo natural y social, y así ingresar a la comunidad nacional. La historia toma entonces la forma de una "lucha por la vida" entre inmigrantes y criollos en que está en juego el derecho a compartir y controlar un territorio social. De acuerdo con la explicación darwiniana a la que el texto alude explícitamente (pp. 401; 419), se espera que aquellos que no sean aptos para la lucha perecerán. Si Genaro es derrotado, debe ser excluido.

De aquí en adelante, los movimientos narrativos del personaje se hallan sujetos a una serie de pruebas que obstaculizan el proceso de criollización que se quiere llevar a cabo. Todas ellas representan la posibilidad de ingreso a una de las esferas en las que predominan los criollos: el examen de graduación es requisito para ingresar a la Universidad; la incorporación al Club del Progreso garantiza limpieza de sangre, el casamiento con Máxima supone el prestigio social necesario para ser miembro de la comunidad criolla patricia. La primera de ellas, el examen de graduación del Colegio, es ejemplar con respecto de las otras, puesto que es entonces cuando Genaro, asumiendo su propia inferioridad, adopta las estrategias de sobrevivencia que lo ayudarán a superar los obstáculos siguientes. Dichas estrategias lo empujarán más y más hacia acciones delictivas con las que obtendrá ventaja sobre sus oponentes narrativos.

Antes del examen, la lucha por la vida toma la forma de un combate interior entre la voluntad de poder que busca el cambio mediante el mérito y las imposiciones de las taras genéticas. Ya seguro de su fracaso académico, el azar pone a Genaro frente a la oportunidad de una falta menor cuya impunidad está casi garantizada: robar la bolilla con el tema en el que será examinado. Mediante el uso del discurso indirecto libre, el narrador representa los dos lados de su cuestionamiento interno. De un lado, la voz de la conciencia anuncia el comienzo de una vida de delito ("Pero era una mancha negra sobre la conciencia, eso también, la falta, el delito, el crimen... ¡De ese modo se empezaba, por miserias, por echar mano de un cobre, de un cigarro, se acababa por robar una fortuna!.."). (p. 410)); del otro, el indiferentismo moral de un sujeto criminaloide ("bien pensado, eran historias esas. No estaba sujeta a reglas fijas la moral; el bien y el mal eran relativos, contingentes como todo lo que era humano; dependían de mil diversas causas, de mil diversas circunstancias; el tiempo, el lugar, el medio, la educación, las creencias [...] y ni aún el asesinato [...] había dejado de tener su hora de triunfo [...] " (p. 411)). La explicitación del enfrentamiento entre estas dos percepciones antagónicas de la transgresión de la ley pone en evidencia la problemática criminal en la que se inscribirá el ascenso social de Genaro: la intervención de la conciencia moral anuncia las consecuencias narrativas de la falta menor tal como se desarrollará en los capítulos posteriores, mientras que la perspectiva relativista esboza ya el fantasma del asesino con el que se cierra la novela. Con el robo subsecuente de la bolilla la batalla biológica interior está decidida[65]. Textualmente el triunfo del lado bestial aparece representado como un desdoblamiento de la percepción semejante a la locura:

> Entonces, como arrebatado del suelo por el azote de algún furioso huracán, con todo el arrojo de los valientes, con todo el aniquilamiento de los cobardes, incapaz de discernir, sin mínima conciencia de sus actos, *como si contemplase a otro a su vez*, se vió Genaro de pie junto a la urna. Había metido la mano, había tenido la sensación de una mordedura de plomo líquido en las carnes; erizado de terror, la había sacado [...] Como en un fulminante *acceso de locura*, presa de un pánico cerval permaneció un momento inmóvil, pasmado, estupefacto. (p. 412, énfasis mío)

Con esta resolución, Cambaceres reformula parcialmente la versión darwiniana de la lucha por la existencia. El hecho de que el obstáculo se supere mediante el fraude prueba que los que son genéticamente más débiles no necesariamente fracasan. A través de los múltiples recursos de las mañas y el disimulo, el hijo inmigrante no sólo sobrevivirá sino que además tendrá acceso a aquello que no le pertenece por derecho natural. A falta de capacidad propia, acude en su auxilio una especie de sagacidad hereditaria, innata en él, "como un agente extraño y misterioso que gobernara sus actos, como *un segundo instinto de conservación* que poseyese sólo en defensa de su

ser moral" (p. 405, énfasis mío). Este instinto coincide con la capacidad animal de simulación como un instrumento fundamental de defensa cuya posesión permitiría sobrevivir al menos apto:

> Y sólo porque dotado de la astucia felina de su raza, su único bagaje intelectual, poseía el don de substraerse a las miradas ajenas, de disfrazar, envuelto en el oropel de una verbosidad insubstancial y hueca, todo el árido vacío de su cabeza, no faltaba quien dijera de él que también tenía talento...talento él...¡Oh, si lo viesen, si los que tal le creían lo sorprendiesen, frente a frente, cara a cara con sí mismo...imbéciles, el único talento que tenía él era el de engañar a los otros haciendo creer que los tenía (p. 404).

A partir de esta nueva caracterización, el personaje de *En la sangre* coincide con la categoría social del astuto o —en su acepción corriente— el "vividor" quien, dado el propósito utilitario de la simulación, se confunde con esas formas intermedias de la criminalidad cuya indefinición preocupaba a los entusiastas de la medicina legal. Recién a comienzos del siglo XX, con la publicación de *La simulación de la locura* (1900) de José Ingenieros y *Los simuladores de talento en las luchas por la personalidad y la vida* (1904) de José María Ramos Mejía, la medicina formularía una descripción completa del fenómeno que la literatura naturalista ya había discutido. Como Cambaceres en su relato ficcional, Ingenieros y Ramos Mejía equipararían en sus tratados los usos de la homocromía y el mimetismo, medios de defensa en la lucha por la vida en el mundo animal, con formas del comportamiento en el mundo social, donde los medios de protección se espiritualizaban y, dejando de ser una función material, se convertían en un conjunto de ideas, sentimientos e instintos. En la esfera humana la simulación era el instrumento defensivo predominante de aquellas naturalezas inferiores que usaban desproporcionadamente de la mentira, la imitación, la mímica o el fraude. La caracterización médica del simulador incluiría casi todos los rasgos que Cambaceres había atribuido años antes a Genaro, el inmigrante:

> Estos hombres mediocres o inútiles, que son la expresión humana de aquella animalidad defensiva, tienen en su espíritu, como los paralíticos y los mudos en su cerebro, *suplencias* de extraordinaria aplicación; el don de espera del batracio oportunista, las trasmutaciones de la forma, el uso del color, las aptitudes, las complicadas comedias de todo lo que hiere el sentido alerta de sus enemigos. (Ramos Mejía 1904, p. 19).

En este tipo social, la fisonomía nunca denunciaba el estado interior del sujeto, por lo que, cuando se pretendía conocer sus verdaderos estados de alma por la observación de su rostro, los estudios fisonómicos resultaban insuficientes (Ingenieros 1962, p.78)[40]. En este sentido, la falta de retrato de Genaro es particularmente significativa. Especie de pícaro moderno, asume diferentes máscaras para pasar inadvertido o crear la ilusión de una naturaleza que no le pertenece[41]. Dado que su rostro carece de las marcas de la degeneración y su habilidad de controlar las expresiones faciales que normalmente traducirían las pasiones morales, la circunscripción de la naturaleza criminaloide depende absolutamente de la representación de sus rasgos psicológicos.

Dentro del conjunto de técnicas de la representación de la novela realista, Cambaceres encuentra en el uso del discurso indirecto libre un instrumento apropiado para revelar los síntomas típicos de la conducta criminal de su personaje. Es interesante notar que el mismo hecho narrativo que facilita el ascenso social de Genaro, la muerte paterna, coincide con la primera transcripción indirecta de sus pensamientos secretos, como si la desaparición de la evidencia corporal de la herencia atávica tuviera que ser reemplazada con su equivalente interno. A través de las representación de la interioridad, el narrador muestra al lector lo que por mucho tiempo los compañeros de ficción no serán capaces de percibir: el avance paulatino de la bestia sobre los propósitos fallidos de la voluntad. Poco a poco, en los pensamientos torturados del protagonista, se va delineando un retrato paralelo al retrato paterno que abre la novela. Todos los rasgos psicológicos apuntados por Lombroso y, más tarde privilegiados por Garófalo y Drago, encuentran allí su expresión: la sensibilidad adormecida, la pereza, la sed de venganza, la falta de criterio moral, los sentimientos de una infancia prolongada por los cuidados excesivos de la madre tísica. A veces, para la visión todopoderosa del narrador, la misma inexpresión del rostro puede ser signo de una interioridad corrompida. Valgan como ejemplo la escena del velorio del padre donde se dice que en Genaro "algo claro y distinto *se acusaba* [...], en él surgía netamente de lo íntimo de su corazón y de su alma: una completa indiferencia, una falta, una ausencia absoluta de pesar, de sentimiento en presencia del cadáver de su padre" (p. 386, énfasis mío), o la escena del examen fraudulento, cuando el narrador detecta los rastros difusos de la simulación: "allá, tal vez, en el fondo, *para un ojo observador*, un vacío, un punto negro habría podido *acusarse*, una ausencia de acabada claridad, de precisión en el juego de las ideas [...] Habríase dicho una ficción, por momentos, *una falsa imitación más bien, de saber y de talento*" (p. 413, énfasis mío).

Genealogía y fraude

Una vez establecida la identidad del hijo inmigrante, la segunda parte de la novela muestra cómo éste logra, otra vez a través del fraude, introducirse dentro de la familia criolla seduciendo a la inestable Máxima, y cómo su patología criminal destruye efectivamente la integridad de su capital económico y cultural, creando además la posibilidad real de su desaparición física.

La historia de los intercambios eróticos de Genaro y Máxima representa la contracara perfecta del romance fundacional imaginario postulado por los escritos liberales de Juan Bautista Alberdi y, lateralmente, por la novela de José Mármol, según el cual la alianza matrimonial de inmigrantes europeos y criollos debía constituir la base de la futura nación argentina. Para Alberdi en particular, la belleza de las mujeres criollas era un elemento fundamental de asimilación de los miles de extranjeros que llegarían a la Argentina con el objetivo de educar mediante el ejemplo a la deficiente población nativa. Como maestras y madres, ellas colaborarían en la constitución de una familia adámica ideal. Casándose con los inmigrantes, los instruirían acerca de la cultura y la historia del país, y dándoles hijos argentinos, crearían un vínculo indisoluble entre los recién llegados y la nueva patria[12]. "No temáis pues" concluía Alberdi "la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos, saldrá algún día brillante y nítida la nacionalidad" (70). Si bien afincada en la cultura local, la identidad argentina sería el resultado a largo plazo de un proyecto de mezcla que aparentemente dejaba de lado la pureza racial[13]. Con su novela *Amalia*, Mármol promovió a través de la ficción el mismo tipo de utopía socio-política en la historia de amor secundaria entre el héroe criollo Daniel y la valiente Florencia, de procedencia francesa, que ayuda a su amante a combatir la barbarie del gobierno "americano" y xenofóbico del tirano Rosas. Dentro del modelo ficcional que Sommer ha identificado como típico de las primeras novelas nacionales latinoamericanas, Mármol partía de una asociación alegórica entre nacionalismo y pasión romántica para de ese modo proyectar hacia el público una imagen conciliatoria de la comunidad familiar futura. Eternamente sanos y bellos, los amantes luchan simultáneamente por la realización de su amor y del proyecto político que representan.

En la sangre se opone a esa versión idílica de la mezcla interracial al menos en dos niveles. Por un lado, en el nivel de las caracterizaciones, encontramos una inversión del retrato de los amantes ideales, los cuales, además de presentar incompatibilidades biológicas

irresolubles, niegan en su condición moral los principios de respetabilidad defendidos por el nacionalismo. Por otro, narrativamente, la historia de amor mixta aparece bajo la forma de un anti-romance, urdido por un degenerado criminaloide, que contiene dentro de sí la promesa de aniquilación de uno de los amantes.

Si, en la primera parte, Genaro resulta ser el seguro heredero de una tendencia innata hacia la degeneración moral que no podrá controlar a su pesar y que desarrolla en él impulsos criminales, la segunda mitad de la novela se encarga de cuestionar la creencia alberdiniana de que las mujeres criollas serían los guardianes de la integridad y continuidad de la tradición nacional. Así como en el Capítulo I el rostro del padre napolitano profetiza el destino del hijo, en el capítulo XIX, dividiendo la novela en dos partes simétricas, el retrato de Máxima deja entrever las flaquezas morales que facilitarán el asalto a la nación:

> Iba a la ópera del Colón una mujer joven, una niña casi. Era morena y linda; a la vez que llena de formas, delgada y fina; como una luz de esmalte negro, brillaba, se desprendía en hoscos reflejos de la *órbita ojerosa de sus ojos*, y, mientras *revelando un intenso poder de sentimiento*, su nariz afilada, ancha de fosas, *se dilataba, nerviosamente* por instantes se contraía bajo la impresión melódica del sonido o la atracción del juego escénico, en su boca de labios gruesos y rojos, todo el calor, *todo el ardiente fuego de la sangre criolla se acusaba*. (p. 425, énfasis mío).

Siguiendo un esquema similar al usado en la organización del retrato inaugural, Cambaceres se detiene en las partes del rostro que "acusan" la presencia de un temperamento nervioso y, por lo tanto, débil: las ojeras, la dilatación de las fosas nasales, la boca carnosa convierten el rostro de Máxima en el punto de partida de una historia de seducción que si bien la tiene como víctima también le adjudica una responsabilidad parcial. Su debilidad innata, la cual la acerca a los niños (p. 461), facilitará en parte el ingreso del impostor en el seno de la familia criolla. Esta pseudo-culpa se deriva directamente de la concepción contradictoria de lo femenino que predominaba en el siglo XIX, por la que la mujer, paradigma de las relaciones simbióticas entre naturaleza, descendencia familiar y nación, era simultáneamente el guardián del orden familiar y, debido a su naturaleza biológica inferior, causa inmediata de su perdición. Dentro de este contexto, apropiándose de su vagina, Genaro tendrá acceso a todo lo que ella representa. Así, cuando Máxima se niega a entregar la casa

paterna alegando que le pertenece, Genaro responde: "—La dueña, dices? de tu plata, pero no de tu... ¡de ese soy dueño yo!" (p. 487).

Para la ideología del nacionalismo, sólo la trilogía de las virtudes femeninas burguesas (maternidad, modestia y frigidez) podía garantizar los principios de respetabilidad necesarios para la sobrevivencia legal y biológica del Estado. En este sentido, el retrato de Máxima se opone directamente al retrato ideal de la mujer argentina encarnado en las heroínas del romance fundacional de Mármol, Amalia y Florencia, donde el sereno equilibrio entre espíritu y materia aseguraba la integridad de la familia nacional futura restringiendo la sensualidad de la mujer sin impedirle ser madre[44]. Al final de la novela, en cambio, el narrador reinvidica al personaje de Máxima. En clara referencia a las virtudes femeninas mencionadas, la joven criolla adquiere mayor volumen protagónico cuando queda embarazada y desaparece en ella todo rastro de erotismo (Capítulo XXXIV). La metamorfosis causada por la maternidad la masculiniza. Las obligaciones maternales para con su hijo la obligan a asumir las responsabilidades que su padre criollo ya no puede cumplir cuando muerto. Alertada por una figura paterna alternativa, el hermano del padre, acerca de las maniobras económicas de Genaro, Máxima decide defender los restos de la fortuna familiar enfrentándose a su esposo para de ese modo proteger la herencia del hijo. Sin embargo, la transformación de la joven madre, aunque la reivindica, llega demasiado tarde. Cuando se decide a intervenir el patrimonio familiar casi ha desaparecido y su hijo, en quien cifra todas su esperanzas, es el nieto de un inmigrante napolitano que llevaba en el rostro las marcas de una naturaleza brutal y hereditaria.

Por su dinámica narrativa, la historia de amor constituye punto por punto un anti-romance. La lucha por la unión amorosa, que en los romances fundacionales significaba la búsqueda simultánea de una conciliación política, se transforma en expresión de un plan de ambición social por el cual Genaro busca fabricar una genealogía familiar imaginaria que le permita reemplazar su propio linaje. De acuerdo con los mecanismos de la usurpación, el romance ilegítimo es consecuencia del intento de satisfacción de un deseo transgresivo, que funciona dentro de una estructura triangular según la cual el inmigrante desea su objeto siempre en relación con un tercero que actúa como mediador[45]. Si traducimos este esquema abstracto en términos de nuestra novela, Genaro se propone conquistar a Máxima sólo en tanto y en cuanto ella pertenece a su padre. Lo que el hijo inmigrante realmente quiere es apropiarse del nombre paterno literalmente encarnado en la figura de la hija. El esquema triangular explicaría que cuando Genaro espía a Máxima en el teatro sus pensamientos están más ocupados en el prestigio del padre que en la indudable belleza de la joven:

> Ocupaba un palco de primera fila, con los suyos, el padre, la madre. Genaro enfrente, desde su tertulia de punta de banco, noche a noche fijaba en ella los anteojos. Había indagado, había tomado informes, se llamaba Máxima, era hija de un hombre rico, dueño de muchas leguas de campo y de muchos miles de vacas, poseedor de una de esas fortunas de viejo cuño, donación de algún virrey o de algún abuelo, confiscada por Rosas, y decuplada de valor después de la caída del tirano. *Sabía Genaro quién era, de nombre, un nombre de todos conocidos, mil veces lo había oído pronunciar.* (p. 425, énfasis mío)

Puesto que la estructura triangular del deseo se alimenta de una voluntad netamente imitativa del deseo ajeno, ésta afecta también las relaciones interpersonales que surgen de la práctica de la simulación. La capacidad acomodaticia de Genaro se podía deducir ya de una temprana escena emblemática, la única prueba que el impostor supera legítimamente, cuando en su examen de ingreso al Colegio, es capaz de dar , a pesar de su ignorancia, la definición del pronombre: "el que se ponía en lugar del nombre" (p. 394). Es lógico que Genaro supiera la respuesta porque en ella se encuentra la clave de su comportamiento futuro. Desde la perspectiva de la estructura triangular del deseo, su personaje mismo funciona en el texto como un pronombre, puesto que se trata de un sujeto vacío de calificaciones que adoptará según su posición la apariencia de otros sujetos que sí tienen "nombre" y, por lo tanto, identidad pública.

En tanto el individuo que lucha por la satisfacción de su deseo se concibe a sí mismo como inferior, el triángulo es también la expresión de lo que se ha llamado el ideologema del resentimiento (Jameson 1981, p. 201). Según la dinámica social del resentimiento, lo que se desea pertenece a un otro superior a quien se ama y odia al mismo tiempo, y cuyo poder requiere del imitador la simulación de sus verdaderas intenciones. La ambivalencia emocional proviene del hecho de que, en realidad, para quien imita la figura del mediador es el verdadero objeto del deseo, mientras que su mera existencia representa un obstáculo para el sujeto deseante. Por eso, a lo largo de su biografía de ambición, cada vez que Genaro intenta apropiarse de los atributos que definen a las clases altas (educación, dinero, prestigio social, nombre), los mismos criollos a los que imita representan sus antagonistas narrativos. Los profesores universitarios, los miembros

del club, el padre de Máxima son todos manifestaciones de la misma función narrativa dentro del esquema triangular que domina la segunda parte de la novela. Como Genaro no puede enfrentarse directamente a ellos porque se encuentra, por su condición biológica y social, en desventaja, usa la simulación como un modo de enfrentamiento desplazado[56].

Dado que los objetos deseados por Genaro nunca tienen valor en sí mismos sino sólo en relación con quien los posee, la satisfacción depende de un imposible: el reemplazo efectivo de una genealogía biológica inferior, es decir, la posibilidad real de devenir ese Otro cuyo deseo se imita. La prueba más clara de que lo que se ambiciona no son los objetos buscados sino dejar de ser uno mismo se encuentra en el hecho de que aun cuando obtiene sexual y legalmente a Máxima, Genaro no está satisfecho. Al contrario, la consumación de su sueño de ambición lo deja sin sentido: ni desea a Máxima, ni quiere a su hijo, ni le basta el dinero:

> Quince millones a pesar de las porquerías de su suegro, de los tres que le había mochado, quince millones como quien no decía nada ... suyos ...ni por la del Papa habría cambiado su suerte, y, curioso, sin embargo ... no acertaba él mismo a darse cuenta, sentía un vacío en el fondo, un hueco, poco a poco había ido dominándolo el fastidio, se aburría atroz, espantosamente, andaba como bola sin manija, no sabía que hacer a ratos de su bulto ... ¿Vivir la vida íntima del hogar, consagrado a su hijo y a su mujer? Bonito entretenimiento ... con Máxima, que era un hielo, que parecía no tener más oficio que ponerle cara de palo, y la música del mocosuelo por su lado, berreando noche y día, como un marrano, que ni dormir siquiera lo dejaba ... (p. 471)

El aburrimiento traduce la falta de sentido de un proyecto irrealizable cuyo fracaso pone a Genaro fuera de control. El placer de la especulación económica que parece ganarlo en la última parte de la novela forma parte de ese mismo esquema de insatisfacción continua donde el deseo ya no tiene objeto alguno. De este modo, el texto demuestra que a pesar de que Genaro ha aparentemente realizado su novela familiar secreta, reemplazando la herencia de su padre muerto por la de otro, ni siquiera así puede lograr lo que originalmente se proponía, es decir, convertirse en criollo.

En el momento en que finalmente descubre que su criollización es imposible, del proyecto de cambio que alimentaba la voluntad de Genaro sólo queda el impulso egoísta heredado del padre napolitano avaro. Este deseo puramente individual que se remite a la satisfacción de las necesidades del Yo sin siquiera tener en cuenta las apo-

riencias, desestabiliza los mecanismos sociales que garantizan la subsistencia de la comunidad nacional en que se vive. La preeminencia del yo degenera entonces en un individualismo subversivo por el que Genaro cuestiona el sentido de la vida política anteponiendo lo privado a lo público:

> Pero no le dabs por ahí, no entraba en su reino, no era su fuerte la política, polainas, bromas de otra clase, quebraderos inútiles de cabeza ... ¿con qué necesidad? ¿Por él, por él mismo, porque le naciese aspirar y le sonriese el poder, los públicos honores, las altas dignidades, las posesiones encumbradas, *porque hubiese alguna vez ambicionado, acariciado la idea de hacer de su nombre un nombre ilustre, inmortal que, grabado en la historia de su país, pasase a los siglos venideros*? Algo más positivo y eficaz que toda esa vana hojarasca de las humanas grandezas, había sido siempre el solo anhelo de su vida; algo mejor y más substancioso que la gloria: los pesos, el dinero ... [...] Se reía él cuando los oía hablar de patria a los otros, de patria y de patriotismo, decir con orgullo, llenándoseles la boca, que eran argentinos ... *¿Qué más tenía ser argentino que cafre, haber nacido en Buenos Aires que en la China? La patria ... la patria era uno*, lo suyo, su casa, la mejor de la patrias, donde más gorda se pasaba la vida y más feliz". (p. 473, énfasis mío)

El divorcio definitivo entre los intereses del individuo y los de la comunidad pervierte definitivamente el esquema básico en el que descansaba el sistema alegórico de las ficciones fundacionales liberales donde la pasión amorosa coincidía con la pasión política. En este sentido, también es significativo que Genaro carezca de los sentimientos altruistas que deberían ligarlo a su esposa e hijo carnal. De acuerdo con el sistema de equivalencias de la alegoría política, la amenaza final de muerte dirigida a Máxima porque ésta se niega a entregar la casa paterna profetiza el asesinato de la patria así como la casa, lo único que resta del patrimonio criollo, representa metafóricamente la nación en peligro[57].

A través del argumento paranoico, Cambaceres y Argerich buscaban provocar una respuesta práctica de modo tal que el público y el gobierno tomaran las medidas necesarias para excluir de la familia criolla al inmigrante degenerado. En el caso de Argerich, los mecanismos de exclusión aparecían representados dentro de la misma novela a través de la figura del médico que diagnosticaba la sífilis e impedía el casamiento del inmigrante enfermo con la joven criolla. También en el caso de *En la sangre* encontramos la representación intraficcional de una institución social, el Club del Progreso, que mide la idoneidad de aquellos que aspiran al círculo restringido de las

familias criollas con que se identifica el núcleo de la nación étnica y socialmente considerada.

El ingreso al club es la única prueba que el hijo inmigrante no puede superar por el fraude. El nombre (o la "falta de nombre") de Genaro Piazza es puesto en la picota y rechazado por los miembros antiguos de la institución, los únicos capaces de recordar las genealogías patricias anteriores a la llegada masiva de la inmigración y al anonimato de la ciudad moderna. Son ellos los que en vano previnieron al padre de Máxima sobre los peligros que podía acarrear el ingreso de Genaro a la casa familiar (p. 445). El Club representa esa instancia de selección artificial por la que pugna la novela, un tamiz capaz de separar a la gente decente de los manchados racialmente:

> ...bastaba que llegara a ser excluido un nombre de la lista, para que por eso solo, como una sombra lo envolviera, recayese sobre él una sospecha, una vaga presunción, inspirase una cierta desconfianza y se viese uno expuesto a ser tildado, ya que no de mulato o de ladrón, guarango por lo menos, de individuo de medio pelo, de tipo, de gentuza. (p. 430).

En esta descripción de las consecuencias de la exclusión, aparecen concatenados en una sola oración los tres términos con los cuales se construye la figura del inmigrante conspirador: mulato, ladrón, guarango. La condena yuxtapone la categoría socio-étnica del guarango inmigrante con la categoría netamente racial del mulato, y a éstas dos con la figura del ladrón, quien —para la teoría médica de la época— entraba dentro de la clasificación de las patologías criminales. Raza y enfermedad eran los dos parámetros de descalificación de lo diferente puesto que, desde la perspectiva de los grupos dominantes, se creía que tanto una como otra aportaban rasgos visibles con los cuales identificar a los sujetos atávicos o portadores de un virus[68].

La correlación insistente entre inmigrantes y "razas inferiores" tiene implicaciones que exceden la lógica narrativa de la novela. Por un lado, el rechazo conjunto implica que los recién llegados no eran los únicos Otros sobre quienes recaían los estereotipos del racismo, salvo que, debido a su movilidad económica y el número, los inmigrantes representaban una amenaza mucho más palpable que la de la disminuida comunidad afro-argentina o la diezmada población indígena[69]. Por otro, dada la dificultad de clasificar racialmente a los inmigrantes, los cuales a pesar de sus taras continuaban siendo percibidos como blancos, el racismo asociaba por contigüidad las marcas físicas de un grupo minoritario con las del otro[70]. Desde la perspectiva creada por el estereotipo visual, el simulador mostraba inmediatamente al observador criollo su peligrosidad biológica[71].

Del contraste con los grupos marginales nacía una imagen impoluta de la familia criolla burguesa definida como blanca, sana, cuerda y decente, cuyo sentido aristocrático se basaba en un criterio general de la salud que se cruzaba con el registro de la pureza racial. Frente a la avaricia de los inmigrantes, los criollos despreciaban el dinero y asumían una actitud espiritualista que contradecía el poder de su base económica; frente a la propensión hacia la locura y la enfermedad, se percibían sanos, con fuerzas suficientes como para hacer frente a las fuerzas obscuras de la modernidad. Con la etnización de la definición de patria hicieron eclosión las contradicciones internas de un tipo de nacionalismo estrábico que, por un lado, se identificaba con un Estado cuyas instituciones liberales trabajaban por la construcción de una comunidad imaginaria en la que todos sus miembros serían iguales, y por otro, postulaba un racismo de clase según el cual la identidad nacional no era fruto de un pacto institucional, sino que se heredaba[72].

Las novelas de Argerich y Cambaceres reescriben el romance fundacional que auspiciaba la alianza racial, política y económica de inmigrantes y criollos como una tragedia naturalista que proyecta hacia el futuro la posibilidad de una progenie monstruosa o la ruina familiar. Para legitimar su mensaje ideológico, se apropian de los conceptos y esquemas narrativos de las teorías médicas de la época para de ese modo descalificar a los grupos marginales que desestabilizaban el *status quo*. Mediante esa misma estrategia intertextual, aportaron instrumentos de identificación con los cuales el público podía diferenciar entre argentinos "puros" y advenedizos. En este sentido, el naturalismo fue una máquina policial que colaboró abiertamente con los mecanismos directos de segregación que fueron implementándose en las últimas décadas del siglo XIX. La campaña del desierto y la matanza de indígenas de 1880, la prohibición de la presencia de mulatos en las festividades públicas de los parques de Buenos Aires de 1890 (Andrews, p. 34), y la ley de Residencia de 1905 con la cual el gobierno se reservó el derecho de extraditar a los inmigrantes indeseables, podrían ser interpretados como la puesta en acto del sistema de exclusión defendido por las ficciones paranoicas del naturalismo.

Notas

[1]En "El efecto de lo real", Roland Barthes analiza los modos en que los detalles menores en la descripción de un cuarto son los pilares de la totalidad de la estructura narrativa del realismo y sus presupuestos de lectura (pp. 138-40).

[2]Hay otras novelas en las que también aparece una imagen negativa de los inmigrantes, sobre todo de los italianos, incluyendo las primeras tres novelas de Cambaceres, *La gran aldea* (1884) de Lucio V. López, *La Bolsa* (1890) de Julián Martel, *Carlo Lanza* (1886) y *Lanza el gran banquero* (1886) de Eduardo Gutiérrez, y *Misia Jeromita* (1898) de Carlos María Ocantos. En *¿Inocentes o culpables?* y *En la sangre* es donde el rechazo de los inmigrantes se presenta más claramente bajo la forma de un anti-romance familiar en términos biológicos.

[3]Entre 1871 y 1914, 5.917.259 inmigrantes ingresaron al país, de los cuales 3.194.875 se afincaron definitivamente. De ellos, 55% eran italianos, 26% españoles seguidos por porcentajes menores de franceses, austrinos, sirios, ingleses y eslavos (Gallo 1986). Sobre la conformación étnica de los grupos inmigrantes, cfr. Solberg 1970. Capítulo 2. En *Peregrinación de luz del día* Alberdi explicita su desaprobación del tipo de inmigración que había llegado al país mediante una reformulación de su fórmula "gobernar es poblar": "Gobernar es poblar ... pero con inmigrantes laboriosos, honestos, inteligentes y civilizados; es decir, educados. Pero poblar es apestar, corromper, embrutecer, empobrecer el suelo más rico y más salubre, cuando se lo puebla con inmigraciones de la Europa más atrasada y corrompida" p. 198). También el Sarmiento de la vejez en una serie de artículos sobre la inmigración se mostraría desilusionado: "Lo más atrasado de la Europa, los campesinos y gente ligera de las ciudades, es lo primero que emigra. Vénlo en el desembarcadero ... El labriego español, irlandés o francés, viene a Santa Fe a saber lo que es maquinaria agrícola, y a aprender a manejarla, porque en su país y en su comarca deja todavía el rudo implemento primitivo" (*El Diario* 12/9/1887 en *Condición del extranjero en América*).

[4]El crecimiento de la ciudad de Buenos Aires fue especialmente espectacular: la población se disparó de 181.834 habitantes en 1869 a aproximadamente 1.600.000 en 1914 de los cuales 50% eran extranjeros. En 1887 los italianos constituían el 31% de la población contra un 9% de españoles y un 4,6% de franceses (Bourdé 1974: Tercera Parte). El asentamiento masivo de los inmigrantes en las ciudades del litoral se debió en parte a los obstáculos que ofrecían a la colonización agrícola la extensión del monopolio latifundista y la distribución y venta irregular de la tierra pública. Con excepción de algunas en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, las planeadas colonias agrícolas se convirtieron muchas veces en tierras en manos de una sola persona o sociedad comercial, trabajadas por campesinos inmigrantes cuya estabilidad dependía del capricho o de las necesidades del propietario (Gori 1964).

[5]En 1914, 62% de los empleados de comercio y 44% de los de industria eran extranjeros; en el nivel empresario, 72% de los propietarios de establecimientos comerciales y 64,5% de fábricas eran también de origen inmigrante (Solberg, pp. 43-64).

[6]Hugo Vezzetti ha analizado en los textos médicos de la época los modos en que se construyeron científicamente las figuras del advenedizo, el ambicioso y el anarquista (p. 185). En su estudio sobre la homosexualidad en el fin de siglo, Jorge Salessi ha señalado los modos en que ciertos textos describen a los inmigrantes como los difusores de una sexualidad perversa (1991, pp. 33-53). En su trabajo pionero sobre la prostitución en Buenos Aires y las nociones de comunidad nacional, Donna Guy nota cómo la asociación entre inmigración y prostitución prevalente entonces contradice el número elevado de prostitutas "locales", criollas y uruguayas, que se deduce de los materiales de archivo del período.

[7]Para los modos de funcionamiento del estereotipo, cfr. Gilman 1985, Introducción.

[8]La novela autoritaria, o de tesis, es "[u]na demostración verbal (cuya versión más suave es "enseñar", y cuya forma más fuerte es "probar") que puede ser definida por los efectos ilocucionarios que busca producir". Esto significa que la novela de tesis es un género retórico en el sentido literal del término. El lector de la novela de tesis ocupa, en relación con el escritor, una posición análoga a la de un público con un orador, un maestro, o un cura. Pero mientras un discurso, un ensayo pedagógico serían textos sistemáticos, que presentan, de una manera lógica y ordenada, una serie de argumentos, la novela de tesis, en cambio, es un relato: cuenta una historia. (Suleiman 1983, pp. 26-7)

[9]Argerich fue uno de los primeros promotores del naturalismo literario. En 1880 presentó una ponencia en El Ateneo de Buenos Aires, titulada "El naturalismo", en la que describía las virtudes del modelo de Zola, para la literatura argentina e hispanoamericana. Aunque prometió una serie de novelas naturalistas sobre los distintos tipos patológicos de familias argentinas, *¿Inocentes o culpables?* fue la única novela que publicó.

[10]Aparentemente la alarma de Argerich estaba relacionada con el proyecto del senado de pagar los pasajes de los inmigrantes con dinero del Estado. Sobre el contexto de este proyecto, cfr. Richmond 1989, p. 13.

[11]Otros tratados franceses importantes, que circularon en los ambientes profesionales e intelectuales de Buenos Aires, fueron el *Tratado filosófico y fisiológico de la herencia* (1850) de Prosper Lucas, *La locura hereditaria* (1873) de Henri Le Grande du Saulle, *La herencia psicológica* (1873) de Théodule Ribot y *La familia neuropática* de Ch. Feré.

[12]El tratado de Morel llevaría a su lógica conclusión lo que ya insinuaba el tratado de la herencia de Lucas. Allí la correlación entre crimen, prostitución, alcoholismo y locura queda establecida a partir de dos argumentos complementarios. El primero afirma que en la base de *todos* esos fenómenos se halla el exceso de pasión. Dado que "la herencia reina, en la humanidad, la disposición de las pasiones" (475), las inclinaciónes hereditarias al alcoholis-

estas novelas los grupos nativos son las víctimas privilegiadas de la degeneración neuropática, frente a la cual se destaca la fuerza regeneradora de la inmigración europea. Su poder fortificante actúa de dos maneras. Mientras la ficción disciplinaria de Podestá alienta la intervención estatal mediante aparatos disciplinarios y punitivos tales como el hospital, el asilo y la cárcel, los cuales, partiendo de la distinción médica entre lo sano y lo enfermo, regulan el comportamiento social segregando a los sujetos que atentan contra la estabilidad del sistema burgués moderno, la lógica darwinista de la novela de Sicardi sugiere que la evolución natural de la sociedad conduce necesariamente a la eliminación de los especímenes humanos no-aptos para la procreación. En ambos casos el caso clínico sirve nuevamente de matriz modeladora de la narrativización somática.

Irresponsable narra el desarrollo de una patología psicomoral padecida por un miembro de la alta burguesía criolla cuyas obsesiones intelectuales lo acercan al monomaniaco Andrés de Cambaceres pero cuya falta de energía vital lo emparenta más bien con los inmigrantes alcohólicos y neurasténicos de Argerich. También en esta novela la historia erótica se encuentra desplazada. Sin embargo, desde el punto de vista de la organización significante del texto, ésta resulta nuevamente un elemento central e indispensable para que la operación de decodificación pueda llevarse a cabo. Como se verá, el fracaso sentimental funciona no solamente como causa desencadenante de lo mórbido sino también como metáfora fundante de las imposibilidades biológicas de la sociedad argentina tradicional. La división clara del texto en dos partes refuerza las conexiones simbólicas entre las desventuras amorosas del criollo obsesionado por una prostituta mestiza insaciable e impredecible, y la distopía política de la segunda parte. A esta visión negativa se opone la imagen idílica de las familias inmigrantes trabajadoras. De este modo, Podestá da vuelta el esquema de la novela paranoica dirigida contra los intrusos y procura fijar lo patológico en el cuerpo de los marginales internos signados por su impureza racial, o en la psique desgastada de ciertos miembros del círculo patricio que tienen dificultades en responder a las exigencias del progreso. *Irresponsable* retoma parcialmente el argumento de *Sin rumbo* eliminando sus ambigüedades. En esta versión no hay idealización posible de las clases marginales ni rescate alguno de la actitud aristocrática de la oligarquía criolla. Aunque partidario de una interpretación del fenómeno inmigratorio contraria a la alarmada xenofobia de Argerich, como éste Podestá usa la escritura realista como un aparato de detección y control de cuerpos enfermos cuya disección produce conocimiento útil con el cual operar sobre el organismo social.

Reducir *Libro extraño* a una fórmula interpretativa que no ofrezca objeciones de ninguna índole supone una tarea extenuante, si no imposible. Atravesadas por numerosas contradicciones ideológicas e inconsistencias en la configuración narrativa de trama y personajes, las 1200 páginas de la novela de Sicardi constituyen un verdadero desafío hermenéutico. Existe, de todos modos, una manera de establecer cierta coherencia sin negar peso a tales discontinuidades semánticas. El caos que amenaza quebrar la continuidad textual hasta hacerla pedazos está contrarrestado por la intervención intratextual de la interpretación explícita. El autor desde sus prólogos, el narrador a través de juicios aclaratorios y, sobre todo, ciertos personajes detentadores de la verdad textual se turnan para comentar o discutir el sentido de las historias de los seres de la ficción. Desde la resignación de un lector obediente, *Libro extraño* demuestra, a través de la historia de cinco familias, los conflictos y transformaciones de la raza argentina, teniendo como escenario la ciudad de Buenos Aires, durante las dos últimas décadas del siglo XIX. La sintomatología patológica marca textualmente a los individuos que, según las leyes de la evolución biológica y social, están destinados a desaparecer. El *fatum* trágico que parece dominar estas vidas de papel deviene secuencia necesaria de un macroproceso donde se desarrollan las formas, cada vez más perfectas, del cuerpo nacional futuro. Las historias eróticas, a veces apenas delineadas, representan claramente mecanismos de alianza entre grupos sociales/raciales que la novela promueve o proscribe. Invirtiendo como su colega Podestá el esquema de otras novelas naturalistas del período, Sicardi comienza su novela familiar con un suicidio que pone en peligro un romance posible entre criollos para finalmente concluir con la unión sexual de una virtuosa criolla y un joven inmigrante vasco. A través de esta resolución ficcional de las contradicciones ideológicas que atravesaban la sociedad argentina finisecular, *Libro extraño* impone un equilibrio precario entre las tensiones económicas y raciales que separaban a los criollos acomodados de los inmigrantes proletarios. Como sucede con casi toda estrategia de asimilación, el gesto conciliatorio de Sicardi se funda en la paradoja. Si bien la novela postula la unión de criollos no-mestizados e inmigrantes como origen eugenésico de la familia argentina ideal, la identidad común de ese producto biológico futuro proviene de un cruce complejo entre la herencia cultural de las clases patricias, representado por sus mujeres maternales, y la celebración

post-mortem de la figura del gaucho. Subrepticiamente, Sicardi regresa a la ficción fundacional cifrada en *Las bases* de Alberdi según la cual los úteros criollos serían los depositarios del germen fructífero de la inmigración masculina y la garantía de continuidad de las tradiciones nacionales.

De esta somera descripción se deduce fácilmente que tanto *Irresponsable* como *Libro extraño* fueron también producidas siguiendo el esquema de la novela autoritaria. Dentro de las convenciones del género, sus argumentos ficcionales son vehículos persuasivos de una manera de ver el mundo con los cuales se busca crear una respuesta extraliteraria de parte de los lectores que acepten el mensaje que se les quiere imponer. Sin embargo, al comparar estas novelas con las analizadas en el capítulo anterior, se notan ciertas divergencias. La diferencia más importante quizás sea el uso masivo de la alegoría para generalizar y deshistorizar las transformaciones sociobiológicas narrativizadas. Las novelas de Podestá y Sicardi no sólo promueven a través de la articulación alegórica una segunda lectura que traduce las acciones narrativas a otra clave de sentido —recurso típico en toda novela de tesis— sino también diluyen el efecto de verosimilitud histórica del registro realista. Mediante este desplazamiento, el mensaje ideológico adquiere un grado de abstracción tal que minimiza toda posibilidad de disenso. Para que la tarea de decodificación sea efectiva el lector implícito debe creer en la intervención de una causalidad natural del cambio a la que no se puede acceder únicamente por medio de la explicación racional. Abandonado el criterio de verosimilitud, los personajes devienen manifestaciones de ideas o discursos corporizados cuyo valor se mide por su capacidad de sobrevivencia en un mundo regido por la lucha por la vida.

Utopías racialistas del fin de siglo

A pesar de una aparente flexibilización del pesimismo racial, *Irresponsable* y *Libro extraño*, más que poner en duda, refuerzan los presupuestos del racialismo decimonónico en boga en Argentina. En su afán de refutación de los estereotipos del inmigrante que circulaban a fines de siglo y como parte de una estrategia de asimilación a la sociedad criolla, Sicardi y Podestá aceptan la lectura biológica de la oposición tradicional entre civilización y barbarie. No en vano Sarmiento constituye la figura de autoridad que, desde el interior de *Libro extraño*, asegura la coherencia de la totalidad narrativa. En este sentido, ambos novelistas dialogan con la concepción de la historia nacional que tuvo su formulación científica en obras contemporáneas tales como *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883) de Domingo F. Sarmiento, *Nuestra América* (1903) de Carlos O. Bunge y *Sociología argentina* (1910) de José Ingenieros. Las ideas y conceptos acerca de la identidad hispanoamericana y/o argentina que estos ensayos promueven así como el sistema causal que organiza sus versiones del desenvolvimiento histórico, forman parte de un discurso difuso de la identidad racial que alcanzaría su apogeo en los trabajos de Lucas Ayarragaray en los años treinta de este siglo[1]. Dentro de esta formación discursiva se pueden aislar cinco presupuestos básicos: 1) la existencia de un orden jerárquico de las razas humanas cuya forma más perfecta coincide, en general, con la raza caucásica; 2) la interpretación darwinista/spenceriana de la historia social entendida como la evolución paulatina de la humanidad en el marco de una lucha por la existencia que garantiza el predominio de los grupos raciales teóricamente más fuertes; 3) una relación de continuidad entre lo biológico y lo moral según la cual toda diferencia racial conlleva distinciones culturales innatas; 4) la postulación de una "raza hispanoamericana" originaria, producto del mestizaje entre blancos (españoles) y grupos raciales inferiores (indios, negros), cuyo desequilibrio psicobiológico determina la identidad nacional/continental; 5) la atribución de los conflictos políticos hispanoamericanos a una enfermedad social que, siendo resultado de las taras del mestizaje y la herencia neuropática española, podría ser curada por medio de una nueva mezcla con especímenes de la raza caucásica y/o por medio de la educación. Dentro de este esquema conceptual común, habría divergencias en cuanto a la aplicación concreta del darwinismo histórico y a cuáles serían los instrumentos más adecuados de tratamiento del mal hispanoamericano.

Con su *Conflictos y armonías de las razas en América* Sarmiento se propuso explícitamente reescribir su *Facundo. Civilización y barbarie* en un registro positivista. La nueva versión partía de dos modificaciones fundamentales. Por un lado, el antagonismo socio-cultural entre las ciudades y la campaña argentinas que servía de hipótesis organizadora a *Facundo* se convertiría en la lucha por la vida entre razas pertenecientes a estadios cualitativamente diferentes de la evolución histórica; por el otro, partiendo de una supuesta semejanza en cuanto a la falta de estabilidad política, Sarmiento ampliaría el alcance de su interpretación de la sociedad argentina al resto de los países de la América española (1915, p. 55)[2]. La doctrina que daría

sentido a la hipótesis de *Conflictos* no era original. Como puede deducirse del plan de trabajo esbozado al principio de la sección titulada "Etnología americana", Sarmiento aplicó un método de análisis tributario del darwinismo social, en especial de la formulación del progreso histórico acuñada por Edmund Spencer. Dentro de este marco conceptual, las razas eran factores concretos en la determinación de las estructuras políticas, sociales y económicas. Cada raza en la jerarquía natural generaba formas culturales que, sin serle exclusivas, predominaban en ella. (p. 81)[3]

En *Conflictos*, la conquista de América es parte de una historia general de la humanidad por la que la raza blanca, detentadora de las formas más evolucionadas (en el sentido de cualitativamente más perfectas con respecto de un criterio de calificación etnocéntrico que precede el análisis y que no puede ser justificado por la teoría), se expande hacia nuevos territorios y, por la fuerza o la persuasión, pone bajo su dominio a otros pueblos[4]. Al convalidar esta versión del devenir histórico, Sarmiento afirmaba no sólo la legitimidad natural de las relaciones desiguales de poder que definían toda situación colonial, sino también convalidaba el proyecto de modernización con que el liberalismo hispanoamericano trataba de domesticar a los sectores marginales de las nuevas repúblicas[5]. Sin embargo, el caso de Hispanoamérica parecía representar una inconsecuencia dentro de la lógica evolutiva del progreso: ¿por qué la corriente supuestamente bienhechora de la civilización que estaba convirtiendo a los Estados Unidos en una potencia internacional, no había dado los mismos resultados en las repúblicas de la parte sur del continente? Sarmiento atribuiría este contraste a dos factores contraproducentes: el mestizaje y la influencia española.

Durante la colonización española, se habían puesto en contacto dos razas que representaban etapas diferentes de la evolución humana: la caucásica frente a la indígena, encontrándose ésta última en un estadio primitivo coincidente con las formas prehistóricas de la humanidad[6]. Más tarde, debido a la intervención contraproducente del padre Las Casas —continuaba la argumentación de Sarmiento— a ese primer mestizaje se le sumó la influencia de otro elemento racial, los esclavos negros, quienes, si bien superiores a los indígenas, no ayudaron a mejorar la conformación biológica de la naciente raza hispanoamericana (pp. 111-2). El hecho de que las razas mencionadas ocuparan lugares lejanos en la jerarquía natural hacía que la "mezcla se tradujera en seres híbridos, desequilibrados[7]. Al mismo tiempo, la superioridad numérica indígena producía inevitablemente una regresión atávica que hacía que el elemento inferior dominara[8].

Siguiendo a Buckle, Sarmiento se valió de la distinción interna a la raza caucásica entre sajones y latinos como un modo de explicar desde otro ángulo el "mal" hispanoamericano. En este caso, el origen de la enfermedad residía en el proceso de *degeneración* sufrido por la raza española a causa del absolutismo político y religioso cuya acción había pervertido el sentido correcto de la historia civilizadora europea. La Inquisición en especial había funcionado como un mecanismo de "selección al revés" que no sólo había eliminado a los sectores más inteligentes y productivos de la península, sino también restringido durante siglos el ejercicio de las facultades intelectuales en el resto de la población. (p. 171)[9]

De este modo, ya sea por la inferioridad o la degeneración de los elementos que la componían, la raza hispanoamericana carecía de la capacidad necesaria para el ejercicio de las libertades que exigía el sistema republicano de gobierno, propio de las razas superiores. Para el Sarmiento positivista, todos los conflictos políticos y sociales posteriores a la independencia podían ser explicados por la resistencia de los grupos mestizados a los requerimientos de la civilización moderna, literalmente encarnados en las minorías selectas de las ciudades que habían escapado a los efectos de la degeneración racial. De este modo, el antagonismo entre las ciudades y la campaña enunciado en *Facundo* pasó a ser lucha por la existencia entre blancos, por un lado, y mestizos, negros e indígenas, por el otro. En esta versión científica de la sociedad hispanoamericana, el éxito de los EEUU se explicaba exclusivamente por las diferencias en la conformación biológica de su población. Allí había intervenido la élite de la raza caucásica, "la vanguardia de la civilización", la cual contaba con largos siglos de experiencia de las libertades públicas, la influencia liberadora del protestantismo y la obediencia absoluta a la ley mosaica que prohibía la mezcla interracial (pp. 275, 281,309).

Dado su diagnóstico del mal hispanoamericano, Sarmiento proponía dos mecanismos de regeneración ya conocidos: más inmigración europea y educación. La primera permitiría contrarrestar el predominio de la herencia indígena; la segunda serviría como factor coadyuvante de estabilización de la nueva mezcla y promotor del desarrollo de las capacidades intelectuales[10]. Puesto que los beneficios de la así llamada cura requerirían tiempo, Sarmiento recomendaba aplicar restricciones políticas para crear una república de compromiso que, gobernada por las minorías blancas, segregara a la mayoría mestizada.

De este modo, el Estado moderno ejercería un proceso de selección artificial que no admitiría en el cuerpo político la corporalidad degradada del Otro:

> ¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media. Nivelarse por la nivelación del nivel intelectual y *mientras tanto no admitir en el cuerpo electoral a los que se suponen capaces de desempeñar sus funciones.* (p. 449, énfasis mío)

Veinte años después de *Conflictos*, Carlos O. Bunge intentaría nuevamente desentrañar las causas desencadenantes de los conflictos políticos hispanoamericanos en *Nuestra América* (1903). Como en el libro de Sarmiento, en el ensayo de Bunge el trabajo interpretativo está precedido por el planteamiento de un enigma, el de la identidad hispanoamericana entendida como un organismo híbrido, cercano a lo monstruoso, en el que conviven las formas más desarrolladas de la especie con multiplicidad de manifestaciones atávicas[11]. En Bunge, para resolver esa pregunta básica, la autoridad de Le Bon ha desplazado a Spencer. Aunque este reemplazo no acarrea diferencias doctrinarias fundamentales, introduce un cambio de énfasis en la definición del concepto de "raza" por el que los rasgos psicológicos se tornan más decisivos que los antropométricos. Partiendo del principio que sostiene que la organización política de un pueblo es producto de su psicología y que ésta a su vez es consecuencia de los factores étnicos y del ambiente físico y económico[12], Bunge se propuso describir las características psicológicas de las diferentes razas que convivían en América para, en un segundo paso, ligar los resultados del análisis con las imperfecciones del sistema republicano en su versión local:

> Principio, pues, por estudiar la psicología de españoles, indios y negros, teniendo en cuenta, mientras pueda, los respectivos medios geográficos en que se formaran esas razas. Estudiando los componentes étnicos, paso a analizar sus mezclas y transformaciones en América, y esbozo, tal cual la entiendo, la psicología del hispanoamericano. Conociendo el *sujeto*, expongo ya la política criolla, la *enfermedad* objeto de este tratado de clínica social, tratado que, como sus semejantes en medicina, concluye con la presentación de algunos ejemplos o *casos clínicos*. (p. 49)[13]

Al sistema de Le Bon Bunge le superpuso un sistema de clasificacion de lo indeseable que ligaba lo racial con lo mórbido. Como en la ficción naturalista, los sujetos sociales que en alguna medida contradecían por su conducta pública el proyecto modernizador burgués quedaron categorizados de acuerdo con los principios modeladores del caso clínico[14].

La enfermedad política hispanoamericana era el resultado de la combinación de tres tipos de mentalidades cada una de las cuales, por diferentes motivos, había dado lugar a la aparición de manifestaciones patológicas. Una fatalidad geográfica había impuesto a los españoles una fatalidad psíquica, la arrogancia defensiva, la cual a partir del siglo XV creó, por la expulsión o eliminación de ciertos sectores sociales, condiciones antihigiénicas degenerativas (miseria y fanatismo religioso) que terminaron por debilitar física y psicológicamente a la población. Bunge no veía en el caso de los pueblos indígenas americanos una influencia geográfica común que permitiera explicar los rasgos psicológicos que, en su opinión, definían su mentalidad: el fatalismo y el espíritu de venganza. En cuanto a los negros africanos, aunque más benevolente en su caracterización por el hecho de encontrarlos más cerca de los blancos en la escala natural, no dejaría de atribuirles una incapacidad intelectual relativa, que se manifestaba en su inclinación innata hacia el servilismo y la infatuación.

Retomando la comparación clásica entre EEUU y las ex-colonias españolas, Bunge, como antes Sarmiento, atribuyó el desarrollo económico del norte y la estabilidad de sus instituciones políticas a la prohibición de la mezcla de razas. En la América hispana, la amalgama entre blancos, indios y negros había dado resultados contrarios debido al surgimiento de un tipo racial caracterizado por su in-armonía psicológica, su semi-esterilidad degenerativa y su falta de sentido moral. La carencia de equilibrio psíquico se traducía en una lucha interior en la que entraban en conflicto dos tendencias hereditarias cuyos portadores eran propensos a desarrollar formas intermedias de la locura. En el campo de lo político, la persistencia de la pereza como rasgo psicológico predominante fomentaba el caudillismo, sistema de poder que delegaba el poder de decisión a un solo individuo y que usaba lo político como fuente de beneficio personal (p. 221).

Bunge concedía que la mezcla racial en Latinoamérica había sido particularmente eugénica, es decir, prolífica, y que esta constatación ponía obviamente en duda la nomenclatura de Broca sobre los grados de esterilidad en el hibridismo animal. Sin embargo, agregaba, era necesario distinguir entre diferentes grados de fertilidad de acuerdo con el tipo de mezcla:

...hay seres que no pueden contenerse; que no pueden dominarse; una fuerza irresistible los lanza adelante y van de carnada al delito; inconscientes, ciegos, irresponsables tal vez de sus actos, hijos de esa perturbación transitoria y frecuente que embarga la mente. Así era esa infeliz que están destrozando en el anfiteatro. *Cámbiele el nombre, invierta el sexo, sustituya una pasión por otra, colóquela en un ambiente propicio y tendrá esa larga serie de seres anómalos, originales, depravados, delincuentes y desgraciados.* (pp. 77-8, énfasis mío)

La caracterización patológica corresponde a una tipología socio-racial: la mujer descarriada e inmodificable es una mestiza pobre; el joven enamorado, un criollo de clase alta debilitado por la herencia familiar (su padre era un alcohólico) y por una educación inadecuada como la de los "filósofos" del pasado estudiantil. Ambos exhiben las fallas morales con que los ensayos racialistas de la época describían la psicología in-armónica de la población hispanoamericana, proveniente de la mezcla racial y la influencia española. Como los indios, negros y mestizos, la prostituta no puede ser "civilizada", es decir, iniciada en los valores universales de la burguesía occidental. Aunque su amante trató de reformarla, "todo [fue] en vano: ni la religión, ni el arte, ni la felicidad tenían para ella atractivos verdaderos; —estos sentimientos pasaban por su corazón y por su cerebro como ráfagas, sin dejar huella y *sin modificar en nada la pasta maldita de que estaba hecha*" (p. 79, énfasis mío). Por su parte, como los criollos arruinados por la tradición española, el "hombre de los imanes" carece de voluntad, ignora la ciencia y desconoce las virtudes del trabajo.

A partir del Capítulo III, se desarrolla la tercera fase de la constitución del caso central. Esta sección, que llega hasta el final, se distingue por un cambio de perspectivas, de una situación narrativa de primera persona periférica pasamos a una de narrador-autor con desplazamientos hacia otra de tipo figural. Esta modificación, congruente con el modelo de la novela experimental, permite, por medio del uso del discurso indirecto libre exhibir ante el lector las características funcionales de la patología, es decir, los rasgos relacionados con el plano del comportamiento y de las emociones. La representación de la interioridad no sólo confirma el diagnóstico dado en la segunda fase a propósito de las relaciones con la prostituta, sino que también puede recrear la lucha interior de una personalidad escindida que intenta en vano sobreponerse a sus inclinaciones naturales. El conflicto interior entre razón y naturaleza reproduce en otra esfera el conflicto racial. Lentamente a través de cada capítulo se desarrolla la desintegración paulatina e inexorable del equilibrio psíquico del protagonista hasta su reclusión en el manicomio, al mismo tiempo que la desaparición del narrador testigo en beneficio de un narrador-autor impersonal, crea un efecto de realidad que induce al lector a creer que percibe directamente los hechos de la historia. El presupuesto es que, abandonándose a esta ilusión, comprobará "por sí mismo" el diagnóstico esbozado en la sección anterior.

Los intentos vanos de mejora reproducen en otro plano el fracaso amoroso confiriéndole dimensión social. Como en las interpretaciones racialistas, la unión interracial es origen de la incapacidad productiva y de las fallas del sistema político nacional. Así como sus relaciones con la prostituta implicaban el gasto gratuito de energía sexual fuera del ámbito productivo de la familia, el criollo enfermo no puede trabajar ni generar ganancia ("El único hambriento"). Más tarde, cuando se embarca en una nueva misión, con la intención de corregir los errores del sistema caudillista argentino, la historia erótica interracial deviene alegoría política ("En el comité"; "Inconsciente"). Como antes sucedió con su amante, al pasar por alto el lenguaje del cuerpo el criollo enfermo no reconoce el carácter atávico e inmodificable de las clases bajas dominadas por los caudillos locales. El narrador en cambio, en su descripción presuntamente imparcial del comité electoral —opuesta a la visión idealizadora del personaje— detecta inmediatamente la presencia de individuos mestizados, violentos y ciegamente fieles a la voluntad de sus caudillos, cuyos rostros revelan al sabedor de códigos lombrosianos las marcas de la degeneración: estrabismo, cabello duro y abundante, escasez de barba, canas prematuras, baja estatura, piel oscura, extremidades torcidas[vi]. En este sentido, la descripción del cebador de mate es paradigmática:

> Era un tipo acriollado, *achinado*, gordo, *medio estrabizco*, mas por el vicio de hacer guiñadas cuando estaba saturado de alcohol, que por enfermedad real de los ojos. *Tres canudas de pelo, ensortijado, entrecano, duro*, con un ribete acanalado alrededor de la nuca pefectamente afeitada; *barba rala*, como si se la hubiesen arrancado en distintos puntos. *De estatura baja y piernas torcidas*, —del caballo, como él decía—, *vicioso, incorregible* [...] (p. 254; énfasis mío)

> Para él, destripar a un semejante era lo mismo que cebar un mate; [...] Extraño contraste de buenos sentimientos, de aberraciones, sirviendo de coeficiente a todo este *conjunto abigarrado de hombre y de bestia* [...] (p. 255-6, énfasis mío)

Con el despliegue detallado de esta fisonomía brutal, el narrador refuta la imagen épica del gaucho valiente y justiciero (pp. 258-59) como antes había cuestionado la percepción idílica de la prostituta mestiza. En uno y otro caso, "achinados", "viciosos" e "incorregibles", los sectores populares nativos están sujetos a un determinismo hereditario que los hace víctimas y victimarios de sus seductores[20].

El fracaso político termina de destruir la fragilidad nerviosa del protagonista. Llevado por su idealismo extremo, insta a la multitud a la violencia generalizada, denunciando públicamente los crímenes de los caudillos. Cuando los mestizos, enfurecidos por su discurso, lo atacan y hieren gravemente, el "hombre de los imanes" sufre un ataque de epilepsia. Su cuerpo convulso anuncia la instalación definitiva de la locura.

El caso patológico presentado por la novela podría haber concluido después del ataque, con el traslado a un manicomio. Sin embargo, el texto se demora durante tres capítulos más ("Inservible", "El depósito", "Apoteosis") antes de llegar a esa conclusión necesaria. ¿Cuál es la función de esta prolongación gratuita del relato? La respuesta se halla en el uso insistente de la descripción. Situados en la comisaría y en el manicomio, estos capítulos refuerzan por exceso la imbricación entre naturalismo, saber médico y represión estatal. Cada uno de ellos se reduce a una sucesión de retratos patológicos de seres anónimos justificada tan sólo por la acumulación forzada en un mismo espacio de los detritus que el organismo social debe expulsar: el ladrón lombrosiano, lampiño y de cabellera abundante, de mandíbula cuadrada y gruesa, con una mirada dividida en dos "que un antropolojista habría completado con dos orejas en ansa y dos pares de caninos afilados como flechas" (pp. 314-5); los cráneos deformes de los dementes, "algunos redondeados", "comprimidos y abollados otros, como si una mano maléfica hubiera querido impedir su desarrollo", "algunos pequeños, torcidos, angulosos" mostrando una frente que hubiera podido "medirse con el dedo puesto de través", "cabezas de jigante, enormes, monstruosas, en las que se adivinaba un cerebro pequeño chapaleando dentro del agua" (p. 353); melancólicos (p. 354) y megalomaníacos (pp. 354-4). En este contexto, el hombre de los imanes configura un "emblema de esa larga serie de hombres" (p. 356) de quienes la sociedad nacional se defiende excluyéndolos para poder sobrevivir ("El manicomio y la cárcel los tomaba bajo su amparo; enfermos criminales, inconscientes, caían allí como acorralados por la sociedad que quiere vivir bien, tranquila, holgada, sin cedarse con el peligro y sin escuchar el dolor" (p. 124)).

Por medio de la exclusión de locos y criminales la sociedad no sólo se protege de sus acciones antisociales sino que también impide su reproducción. En este sentido, el catálogo interminable de rostros y cráneos deformes remite también a la imagen multiplicada de la progenie de uniones sexuales promiscuas, tales como la de la prostituta mestiza y el neurótico criollo. Esta posibilidad interpretativa se encuentra sugerida en el mismo texto cuando, en una de sus alucinaciones, la mirada repentinamente agudizada del "hombre de los imanes" descubre en la cara de un ratero mestizo la imagen fantasmagórica de un bebé monstruoso:

> Tenía por delante un pillastre que había caído en la ramanga; uno de los que hacen la jira por las comisarías para ser presentado, filiado y reconocido por los agentes [...] Al mirarlo fijamente se le pintaba con dos cabezas; una grande, redonda, maciza, cubierta de pelo duro y cortado en cerquillo sobre la frente chata y deprimida: ojitos de topo, brillantes, movedizos, labios finos, con comisuras plegadas en una sonrisa taimada y burlona. La otra, una cabecita pequeña, de feto macerado, con tintes lívidos, párpados semicaídos y una contracción en los músculos del rostro que le hacía asemejar a *un pequeño Mefistófeles* agarrado con tenazas. (p. 311)

La cura naturalista

Como sucede en el argumento paranoico, también en *Irresponsable* la práctica naturalista se cruza con la médica y participa, a través del establecimiento de casos típicos, de una actividad policial discriminadora. Como observadores expertos, capaces de ver más allá de las apariencias, médicos y novelistas elaboraban retratos visuales que facilitaran la acción directa de la ley. Siguiendo el esquema disciplinario del naturalismo, además de confirmar un diagnóstico y una prognosis, los capítulos finales de *Irresponsable* "hacen" lo que el texto recomienda al lector como práctica extraliteraria, es decir, encerrar, separar, aislar a los sujetos sospechosos de degeneración. Este tipo de actividad sería equivalente a la que realizan los agentes policiales ficcionales después de la manifestación política, cuando salen a la calle para confrontar "caras", "*buscando en los rasgos fisonómicos la imajen viva de los retratos* que tenían en los bolsillos o de las señas que habían recibido" (p. 293, énfasis mío).

Además de su función policial, Podestá se preocupa por explicitar otra dimensión de las posibilidades pragmáticas del texto. El relato clínico no proporcionaría solamente instrumentos útiles para la actividad represiva del estado, o de la sociedad. Su difusión pública, a

través de la literatura, podía también tener efectos terapéuticos si los lectores que padecían formas intermedias de la locura reconocían los síntomas de su propia enfermedad en la representación ficcional de casos. Al provocar una actividad autorreflexiva, la lectura de novelas naturalistas tenía la capacidad de ejercer una función regeneradora similar a la atribuida a las fotografías de pacientes en los asilos mentales a fines del siglo XIX[35]. En ambos casos, la confianza absoluta en la efectividad del tratamiento se basaba en la convalidación de lo que podría denominarse el "mito realista", es decir, la postulación de una relación de reciprocidad entre signo y objeto por la que un código determinado podía traducir lo real evitando la disfracción del sentido. La representación fiel de la locura haría que el lado normal/racional del enfermo reaccionara controlando de ese modo el lado anormal/bestial de su persona.

Por ser una novela que insiste obsesivamente sobre los modos de leer, *Irresponsable* incluye varias escenas de auto-reconocimiento reflexivo. El uso del discurso indirecto libre resulta aquí especialmente útil. Puesto que el texto supone principalmente un lector educado que tenga elementos en común con el protagonista, la introducción de su interioridad aumenta, duplicándolo, el efecto autorreflexivo que se busca en el lector. Este rasgo del sistema de comunicación vigente en la novela, crea una distinción más entre el criollo enfermo y su amante mestiza. La prostituta no tiene voz, su cuerpo y su interioridad son "hablados" por la comunidad médica, masculina y blanca. Como no puede ni sabe leer, la ficción que la incluye no la piensa como posible destinataria. El criollo en cambio, a pesar de su final, tiene la opción de salvarse a sí mismo si lee correctamente.

La autorreflexión textual se da de tres maneras diferentes. La primera reproduce dentro del texto la situación desigual de saber entre médico y paciente en el momento en que se realiza el diagnóstico de la patología psicofísica con la intención de provocar, a través de un efecto terapéutico similar al de la *evidentia* retórica, una reacción emocional. La segunda pone al personaje frente a un doble de sí mismo en quien puede reconocer el estadio último de su propia condición patológica. La última —y la más importante— se basa en la capacidad autorreflexiva suscitada por el modo de leer naturalista.

La autorreflexión en el contexto de la consulta médica coincide con una visita del protagonista a un amigo del Colegio. El diálogo entre ellos da como resultado la enumeración explícita —por primera vez— de las causas y síntomas definitorios de la psicopatología del hombre de los imanes. El amigo, de profesión médico, reconstruye en beneficio del ex-compañero su "caso": la herencia, la mala educación, la pasión excesiva, el alcoholismo, la degradación. Como el implícito autor de la novela que leemos, el amigo sano confía en que exhibiendo el mal "ante sus propios ojos, en toda la desnudez de la realidad, habría conseguido, desviar las tendencias de ese infeliz, que marchaba ciego ó al manicomio ó al suicidio" (p. 208). El posible efecto terapéutico del retrato médico se encuentra previamente sugerido en el desconcierto que produce en el hombre de los imanes el reflejo de su propia imagen en un espejo de la casa de su amigo (p. 184).

El auto-reconocimiento en el cuerpo degradado del Otro tiene lugar cuando, prisionero de la policía, el criollo enfermo queda contenido en una zona intermedia entre la cárcel y el manicomio, el depósito de la comisaría. Este recinto supone un espacio de indecisión epistemológica donde cada recluso espera que el médico decida si se trata de un loco o de un criminal. La conclusión del capítulo, la identificación del criollo con un neurópata alcohólico cuyo cuerpo parece contener todas las formas posibles de la degeneración física, reproduce a nivel personal la actividad clasificatoria institucional. En tanto se trata del estadio final de la demencia alcohólica, la figura aterrorizadora del borracho presenta ante los ojos del criollo su propia imagen futura. El proceso de percepción que conduce al auto-reconocimiento está dividido en dos estadios sucesivos pautados por la expansión paulatina del campo de visión. En el primero, como la obscuridad no le permite distinguir con claridad los objetos, el "hombre de los imanes" se acerca al borracho para establecer contacto con él pero, al tocarlo, sus dedos se hunden en la carne descompuesta. Asqueado se acurruca en el rincón opuesto de la celda. En el segundo estadio, con el avance de la luz matutina, sus ojos descubren para sí (y para el lector) la silueta monstruosa del borracho. Durante cuatro páginas, el texto se demora en la descripción detallada de ese conglomerado atroz donde ya no quedan signos de individualidad alguna:

> Este cuerpo, ya no era un hombre; [...] El cerebro descansaba de las fatigas y las torturas del delirio, obedecía como un esclavo a los estímulos de la animalidad; todos los sentimientos nobles habían huido del corazón; [...] del cerebro se habían desalojado las ideas para dar entrada a las alucinaciones, a las impulsiones disparatadas, a la perversión maníaca, a ese mundo compuesto de monstruos, de jentes de ojos de sangre, de caras verdes, de labios amarillos de agonizantes, de bocas torcidas como en una burla de demente: — todo esto había desaparecido, a su vez, para dejar en su lugar, el caos, la inconsciencia, el reblandecimiento, la atrofia ... la orgía concluída en el sueño del embrutecimiento. (pp. 342-3)

Una vez que la materialidad corrupta del cuerpo alcohólico se ha revelado en su totalidad, la disposición asimétrica de los personajes según el eje sujeto observador/objeto observado se interrumpe dejándolos en un plano de igualdad. A pesar de las aparentes diferencias sociales, ambos son efecto de la misma desviación psicopatológica. Esta conclusión conduce a la apoteosis final en el manicomio:

> Ahí estaban, el uno frente al otro, estos dos seres, los que, encaminados por distintos rumbos, habían venido a converger al alojamiento inmundo del depósito. Separados ayer por la arista débil que interponía la sociedad con sus preocupaciones y sus distancias convencionales; —hoy, abrazados, unidos, vinculados fraternalmente en la comuna del vicio: uno, al borde del sepulcro; otro, haciendo antesala al manicomio. (p. 344)

Pero el lugar decisivo de la autorreflexión coincide con el espacio virtual de la lectura. Después de que, víctima de uno de sus "ataques de nervios" el hombre de los imanes derrumba una pila de libros; entre ellos reconoce *Nana* y *L'Assommoir* de Émile Zola, los dos textos básicos que resumen el proyecto narrativo del naturalismo francés. Mientras el protagonista lee, el narrador, mediante el discurso indirecto libre, reconstruye el proceso de decodificación que se está llevando a cabo. En los dos casos, la interpretación es la correcta: fascinado por la belleza de Naná, el lector de ficción se horroriza cuando en la secuencia final la viruela descubre el verdadero rostro de la prostituta parisina; en las vidas obreras de los personajes de *L'Assommoir*, puede reconocer retrospectivamente la existencia de una cadena causal por la que "su índole, sus tendencias, sus pasiones, sus vicios están estrechamente eslabonados con sus recursos —todo era lógico— eran factores naturales del capital que absorve, del trabajo que despotiza, que gasta, que caldea al lado de la fragua, que agota, que consume la carne humana, [...]" (p. 120). La comprensión de la lógica que domina la narración novelesca trasciende entonces la esfera de lo ficticio y, mediante el ejercicio de la comparación, ayuda a percibir en el campo de lo privado, primero, y de lo social, después, la persistencia de las mismas leyes biológicas en la existencia de los individuos. Consecuentemente, el "hombre de los imanes" reconoce en Naná la biografía desgraciada de su propia amante cuya belleza ocultaba la perversión de su ser moral y en los personajes de *L'Assommoir* una representación de sí mismo.

Este tipo de decodificación se opone a la lectura complaciente romántica donde la intención del autor se subordinaría al placer inútil pero gozoso que proporciona la suspensión del desenlace de una historia erótica interesante pero falsa. La lectura naturalista en cambio pone énfasis en la actividad misma de adquirir un conocimiento verdadero, razón por la cual la resolución final de la trama no tendría sentido más que en función de las relaciones causales que ligan todas y cada una de las secuencias narrativas:

> Era la primera vez que la verdad se destacaba de sus libros, surjiendo espontánea, y con formas perfectamente delineadas, para ir a grabarse a su cerebro. No eran ya romances, que hojeaba por entretenimiento y para emplear en algo las largas horas de ocio que constituían la mayor parte de sus días, —romances que leía distraído, sin preocuparse de la intención del autor—, personajes que seguía maquinalmente en la lectura, y que, a poco andar, perdía de vista en los capítulos que salteaba, estimulado por el desenlace. Los personajes con quienes se había entretenido tenían un relieve real; le parecían conocidos y hasta encontró semejanza entre alguno de los que había tratado y la runfla de *L'Assommoir* . Por momentos iba a completar el cuadro; no le hubiera faltado mucho para codearse con ellos y formar parte de la comitiva. Cuando pensaba en esa circunstancia, en estos puntos de contacto, veía que era fácil suprimir ciertas angulosidades de A ó B para decir: —*ese soy yo en cuerpo y alma*. (pp. 129-30, énfasis mío)

La actividad interpretativa supone no sólo respuestas intelectuales sino también reacciones emocionales: el lector de ficción compadece a Gervaise, odia a Lantier, comprende la avaricia brutal de los Larilleaux, se identifica con el viejo Mouche. El auto-reconocimiento produce entonces una modificación inmediata de la conducta por la que el criollo degradado intentará cambiar de vida. El siguiente capítulo, "Transformismo", subraya (desde el mismo título) la relación de causa y efecto que articula la lectura con la modificación de la existencia cotidiana del lector: "La idea de que la miseria lo condujese al vicio, a la degradación, a la inutilidad que gravita sobre la masa social como un estorbo, hacía sublevar en sus sentimientos un poco de dignidad y le hacía aventurar un propósito firme, inconmovible, de cambiar de situación." (p. 130). La aparición de esta actitud positiva y transformadora se cruza con la celebración de los modelos de conducta auspiciados por Podestá. Me refiero a la visión triunfal de los inmigrantes recién llegados, cuyas fisonomías y cuerpos, su organización grupal en familias, su condición de trabajadores, su capacidad reproductiva, se oponen radicalmente a las condiciones psicofísicas del observador y de su difunta amante:

Era una larga fila de inmigrantes que cruzaban la plaza marchando detrás de sus equipajes que ellos mismos ayudaban a transportar. Jóvenes en su mayor parte, *fuertes, vigorosos*, con esa robustez peculiar a los hijos de las montañas. [...] el *brazo izquierdo desnudo, musculoso, férreo*; *caras plácidas*, de hombres *sanos, contentos, sanguíneos* [...]. Algunos llevaban en sus brazos *criaturas robustas, rubias*, con la plasticidad, exuberante de la buena pasta con que estaban amasados; otros iban encorvados, cargando sobre sus espaldas cuadradas sus baúles y bultos, jadeantes, colorados, dejando caer gruesas gotas de *sudor* [...]. Las mujeres [...] con sus *caderas anchas*, redondeadas. [...] De facciones correctas, y algunas hasta hermosas, con sus colores de manzana madura, sus grandes ojos negros, vivos y de mirar curioso, dentadura fuerte, sana, compacta, y *un seno elevado, turgente, capaz de alimentar tres chicos hambrientos*" (pp.147-8, énfasis mío)

La descripción casi no necesita comentarios. Basta detenerse en la cadena de calificaciones adjetivas para reconstruir rápidamente el esbozo de la familia eugénica, fuerte, sanguínea, prolífica y blanca cuyo aspecto no sólo permite apreciar la presencia de la buena salud en su sentido físico sino también en su sentido moral: los inmigrantes sudan porque trabajan.

Irresponsable de Manuel T. Podestá es una anatomía del cuerpo social de la nación. A través de la escena de la autopsia coloca el origen de los males nacionales en la historia erótica interracial y en la persistencia de formas patológicas de la sensibilidad criolla. Frente a esta supuesta tendencia degenerativa, Podestá propone un sistema de regeneración posible: la educación científica de la cual la misma novela constituye un ejemplo, la exclusión de los sujetos degenerados a través de la cárcel y/o el manicomio, y finalmente, el fortalecimiento de la población nativa mediante la incorporación de inmigrantes europeos. La lógica trágica del relato se cierra con un párrafo que superpone estas tres instancias de manera tal que la conclusión de la historia ejemplar se lee como la e-migración complementaria de la in-migración regeneradora:

La sociedad estaba lejos. *Era un país del que había emigrado para no volver* ... Desde su rincón solitario, la veía ajitarse, agrandarse, venir hacia él, como a reclamarlo para restituirlo a su cueva y a sus dolores. El retrocedía, se replegaba, corría desatinado, buscando un refugio, y cuando creía ver avanzar las calles, que se abrían como brazos enormes para estrecharle, daba un grito y caía en un ataque convulsivo ...

El cuerpo en convulsión del criollo expulsado hace visible espectacular y ejemplarmente su incapacidad para responder a los requerimientos de una sociedad que reclama mentes y organismos saludables, y justifica tácitamente el derecho de las nuevas clases inmigrantes a convertirse en los cuerpos fundacionales de la nueva nación.

Libro extraño: una novela darwinista.

Imaginada como la representación ficcional de las metamorfosis sucesivas por las que pasa la raza argentina en las últimas décadas del siglo XIX, *Libro extraño* (1894-1902), la serie de cinco novelas de Francisco A. Sicardi (1856-1927), repite y complementa la propuesta ideológica de Podestá: así como la caracterización clínica vuelve a ser instrumento de descalificación de ciertos sujetos sociales, y la historia erótica inadecuada resulta motor originario del desequilibrio social y ejemplo invertido de la familia eugenésica, la comunidad inmigrante se perfila como el elemento biológico regenerador de las enfermedades raciales que impiden el progreso. Con todo, el énfasis y el alcance de la lógica alegórica ha cambiado. Ya no se trata de la alegorización de un único caso patológico central presentado como un relato didáctico donde la justicia poética toma la forma de la acción represiva del Estado. Las ficciones narrativas de Sicardi asumen dimensiones monumentales, totalizadoras. A través de las historias más o menos paralelas de cinco familias (los Méndez, los Valverde, los Paloche, la de Genaro y los Érrecar), Sicardi se propone narrar la evolución de *todos* los sectores socio-raciales que habitaban la sociedad cosmopolita del fin de siglo. Este proyecto novelesco coincide con un modelo narrativo de la historia nacional, que partiendo de las ficciones heurísticas del darwinismo social, noveliza las teorías racialistas de Sarmiento, Bunge e Ingenieros. Las coincidencias entre estos discursos no se limitan solamente a la configuración de objetos (cuerpo, raza, sexo, patología) ni a la aceptación de un conjunto más o menos cerrado de conceptos (organismo, escala natural, normalidad); el rasgo común más importante entre *Libro extraño* y el darwinismo reside más bien en la postulación de una narración histórica cuyas reglas de funcionamiento sintáctico coinciden con los mecanismos de selección de la lucha por la vida de acuerdo con las leyes de la herencia y la influencia del medio. Como en los ensayos racialistas argentinos, la historia nacional se manifiesta como una sucesión de enfrentamientos raciales entre grupos superiores e inferiores. Sicardi elige dar a su ficción un final feliz. Más en la línea de

Ingenieros que de Sarmiento o Bunge, en su novela la comunidad argentina sufre una serie de transformaciones que la conducen necesariamente a la arianización de sus componentes biológicos y, por lo tanto, al predominio final de los valores de la civilización blanca y europea.

La adopción del modelo narrativo evolucionista de parte de Sicardi produce modificaciones en la dinámica del argumento naturalista. La modificación más importante se relaciona con la multiplicación de los planos narrativos. Junto al plano individual y familiar se perfila un tercer plano correspondiente al del desarrollo general de la raza nacional, la cual, en el proceso de autodesplegarse hacia formas más perfectas, desecha ciertos elementos y preserva otros. En contraste con otras ficciones naturalistas, este tercer plano no esta presupuesto sino que se va explicitando a través de la cadena narrativa que liga las novelas de la serie. Mientras en cada novela, los primeros planos dan la impresión de una proliferación de "historias" más o menos caóticas, en el plano mayor va tomando forma la historia propiamente dicha que termina dando sentido a todos los hechos particulares. Esta bifurcación crea una desestabilización de las coordenadas que definen a los personajes de manera que, con frecuencia, se anula el principio de identidad de la tipología realista. Si bien la mayor parte del tiempo encontramos la distinción tradicional entre criollos, mestizos e inmigrantes, cada grupo contiene dentro de sí una variable interna que impide una categorización absoluta. Sólo al final de la serie, con el advenimiento de la unión ideal entre una joven criolla y un inmigrante vasco, la confluencia de los dos planos narrativos permite leer retrospectivamente lo particular como parte de un diseño dominante que lo contiene ordenándolo. De este modo, los conflictos y armonías que agrupan y separan a los seres de la ficción se convierten en efectos concretos de la lógica bélica que según Darwin domina el mundo natural. Todo enfrentamiento, sexual, económico y/o político, se reduce entonces a una manifestación social de la lucha por la existencia que lleva indefectiblemente al predominio de los mejores. Como era de esperar, el antagonismo de la lucha está marcado de antemano por la oposición sano/enfermo. Mientras los vencidos son siempre víctimas de algún tipo de patología mental, los "mejores" corresponden a los miembros sanos de esa comunidad imaginaria donde descansará la legitimidad biológica de la nación deseada.

La segunda modificación, relacionada con la anterior, acarrea una multiplicación de las historias eróticas en las que se centran las ficciones somáticas del naturalismo. Ya no hay una sola pareja

paradigmática sino varias posibilidades intermedias de alianza socio-política entre familias, ninguna de ellas completamente aceptable. Dado que el macrorrelato evolucionista dictamina, por su misma dinámica interna, que la unión sexual final es la única posible, se comprende que las relaciones eróticas sean tan sólo ensayos parciales de una consumación más perfecta. Sin embargo, para ser congruente con los principios fundamentales del nacionalismo utópico, algunos de los elementos de la historia deben ser permanentes para que la raza futura, producto del decantamiento de los factores perniciosos, esté de algún modo conectada con los grupos étnicos nativos. Como en el romance fundacional fantaseado por Alberdi en *Las bases*, el lado positivo de la familia Méndez, encarnado en sus mujeres sanas y maternales, será el elemento hereditario constante que garantice el criterio de identidad del experimento racial que se lleva a cabo con los inmigrantes. Complementariamente, la imposición de la lengua española, aunque transformada por los aportes cosmopolitas, y la celebración *a posteriori* de las tradiciones gauchescas se presentan como agentes adicionales de cohesión cultural.

La tercera modificación concierne a la concepción del saber médico. La aceptación del orden implacable de la evolución natural, en tanto principio que regula todas las instancias de la existencia humana, conlleva la relativización de las posibilidades de éxito de la práctica médica. En este sentido es importante tener en cuenta que cuatro de los personajes masculinos principales son médicos (Carlos Méndez, Valverde padre, Elbio Érrecar) o se relacionan con prácticas que, como el masaje o la homeopatía, competían con la profesión médica (don Juan de Paloche). Cada uno de estos personajes defiende una postura distinta con respecto del mito de la erradicación definitiva de la enfermedad. En oposición al optimismo intervencionista que se detecta en las novelas de Argerich y Podestá, el texto de Sicardi confiere a la medicina un éxito parcial, restringido al ámbito de la prevención y de la mejora de las condiciones de vida. Frente a patologías como la histeria, la monomanía o la locura moral, se asume que las probabilidades de reversión del proceso degenerativo son mínimas y, hasta cierto punto, irrelevantes. Como en los casos ejemplares de Morel, los degenerados ficcionales de Sicardi a corto o largo plazo se degradan hasta desaparecer sin dejar descendencia detrás de sí.

Dado que la división en dos planos del acontecer histórico no se desprende directamente de las historias particulares ni es accesible a todo observador, Sicardi refuerza las conexiones entre ambos por

medio de la redundancia de la función interpretativa tanto en el nivel de la fábula como en el del discurso narrativo. La totalidad de la novela se organiza entonces de acuerdo con la sucesión continua de narración y comentario. Dentro del mundo ficcional, cada secuencia narrativa está seguida de un diálogo o un monólogo en el que uno o más personajes intenta explicar lo que ha sucedido. Del mismo modo, el narrador comenta y juzga acciones y personajes desde el prólogo, o en intervenciones directas durante la narración. A causa del uso redundante de este procedimiento autorreflexivo, *Libro extraño* comparte las características generales de la sátira menipea, tal como ha sido definida por Bajtin, o del género "anatomía", en el sentido que le ha dado Frye. Los personajes que llevan a cabo la interpretación de los hechos de la ficción son figuras alegóricas que encarnan discursos ideológicos en circulación en la época. En este contexto, como sucede en *Sin rumbo* y hasta cierto punto en *Irresponsable*, cierto tipo de desequilibrios neuróticos, la monomanía en particular, permite a veces acceder a la iluminación epistemológica. Aunque su posesión pone en cuestión la idoneidad física de quien habla, al mismo tiempo lo hace poseedor de un estado de lucidez desde el cual puede percibir en lo caótico y particular los trazos de un designio histórico secreto e inevitable.

La trama darwinista: conflictos y armonías de las razas argentinas

La organización argumental de *Libro extraño* se basa en el modelo darwinista del acontecer histórico. Siguiendo la clasificación de los modos de fabulación histórica de Hayden White, se puede decir que la matriz narrativa típica del darwinismo se caracteriza, primero, por su combinación de los modos de argumentación organicista y mecanicista[32]. El organicismo explica los elementos particulares discernibles en el campo histórico como componentes de procesos sintéticos más abarcadores estructurando la narración "de modo tal que representa la consolidación o cristalización, a partir de un conjunto de hechos aparentemente desordenados, de una entidad integrada cuya importancia es mayor que la de cualquiera de las entidades individuales analizadas o descritas en el curso del relato" (White, p. 15). En la base de esta operación interpretativa se halla el compromiso metafísico con el paradigma de la relación entre micro y macrocosmos. En Darwin, esta división correspondía a la distinción entre lo particular y el nivel más general de los procesos naturales. Si bien los dos niveles son considerados análogos, sólo en el macronivel es posible discernir las leyes que dominan la evolución del mundo natural y social. Sin embargo, en tanto el evolucionismo supone el establecimiento de leyes generales que determinan los procesos detectados en el campo histórico su tipo de interpretación se acerca también a lo que White llama modo de argumentación mecanicista. En el vocabulario del darwinismo, la ley fundamental del razonamiento mecanicista sería la de la selección natural en la lucha por la existencia (Darwin 1936, pp. 373-4).

Desde el punto de vista de su organización narrativa, el macro relato darwinista puede ser concebido como una comedia o una tragedia. Si se asume que la evolución del mundo natural conduce a un final feliz en el cual las nuevas generaciones se imponen por sus virtudes intrínsecas a las viejas, la narración darwinista se asemeja a la comedia. Si en cambio el presupuesto es que las leyes que gobiernan lo natural, sin responder a ningún patrón coherente, determinan sin excepción el destino de los individuos, el relato toma la forma de una tragedia, en el sentido en que la conclusión del relato responde a un *fatum* biológico irrevocable, e inaccesible a la razón[33]. Habría otra posibilidad interpretativa según la cual los dos modos narrativos, el trágico y el cómico, se complementarían. Por ejemplo, se podría dar el caso de que mientras en el micronivel el devenir del mundo se presenta a la experiencia como trágico, en el macronivel tiende hacia una resolución cómica. Por sus implicaciones ideológicas, la posición conservadora y la liberal parecieran ser las más compatibles con el darwinismo social. En la postura conservadora porque, al asumir que la historia está regida por leyes inmodificables, el *status quo* constituye una situación necesaria. Por su parte, al poner la utopía en el futuro, los liberales pueden apostar a la reforma usando el concepto de *evolución* en contra de todo proyecto de cambio abrupto y *revolucionario*.

Libro extraño también se organiza en dos planos según la relación entre micro y macro-cosmos que se halla en la base de la concepción organicista del mundo histórico. En el primero, tenemos las historias particulares de una serie de individuos agrupados en familias. En el segundo, lo particular adquiere una dimensión más amplia donde las relaciones sexuales, económicas o políticas entre los personajes pueden ser leídas como manifestaciones de conflictos y armonías raciales dentro de la evolución general de la raza argentina. Las leyes mecanicistas que rigen el ritmo evolutivo se corresponden, como era de esperar, con el principio de selección natural y la lucha por la exis-

mos hermanos por ambos lados de su genealogía), o por unirse con sujetos equivocados, incentiva la repetición de la cabeza atávica de la criada india que inaugura la novela.

La formulación darwinista de la argentinidad defendida por *Libro extraño* coincide en definitiva con la doble orientación de lo nacional que impuso la hipótesis del crisol de razas tal como se deduce de los ensayos racialistas de Sarmiento, Bunge e Ingenieros, y que fuera compartida, en mayor o menor medida, tanto por la élite criolla que se sintió amenazada por el aluvión cosmopolita, como por la nueva clase intelectual de origen inmigrante que, al mismo tiempo que ponía en funcionamiento estrategias de asimilación, buscaba distinguirse positivamente frente a la oligarquía local y las clases populares nativas. Ambos grupos hicieron suya la convicción de que, en términos raciales, la argentinidad sería resultado de un mestizaje selectivo reforzado por la imposición de una cultura nacional centrada en la figura legendaria del gaucho. Como se deduce del análisis de las coordenadas de sentido del texto de Sicardi, estos dos lados de la afirmación de la identidad, muchas veces considerados contradictorios, eran en realidad complementarios. Lo nacional ya no sería sólo el resultado de la producción estatal de ciudadanos a través del disciplinamiento y la difusión de contenidos comunes, sino el punto de encuentro de una raza rejuvenecida previa o simultáneamente por una corporalidad superior y europea[42]. Dentro de esta ficción fundacional hegemónica, la identidad argentina postcolonial asumiría para siempre la forma de un cuerpo heteróclito en guerra abierta consigo mismo —una verdadera pieza de la paradoja donde el triunfo de los racialmente superiores estaría siempre opacado por la presencia fantasmática de indios, negros y mestizos, y el temor al retorno monstruoso de un origen colonial impuro[43].

Notas

[1]Además de las antes mencionadas obras de José Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres* (1878-82) y *Las multitudes argentinas* (1899), son también representativas de esta tendencia *Manual de patología política* (1899) y *Transformación de las razas en América* de Agustín Alvarez, *Enfermedades sociales* de Manuel Ugarte, *La anarquía argentina y el caudillismo* (1904) y "La constitución étnica de las razas en América y sus consecuencias degenerativas" (1916) de Lucas Acharragaray. Para una descripción general de estos ensayos y otros semejantes en el contexto hispanoamericano se puede consultar la presentación panorámica de Stabb en su ya clásico *América Latina en busca de una identidad. Modelos de Ensayo Ideológico Hispanoamericano, 1890-1960* (1969), y Terán, *América Latina: Positivismo y nación* (1983). Sobre Argentina en particular, cfr. Helg, "Race in Argentina and Cuba, 1880-1930: Theory, Policies, and Popular Reaction" (Graham, 1990), y Zimmerman 1992.

[2]Sobre los cambios ideológicos dentro de los modelos interpretativos de Sarmiento, cfr. Natalio Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo* (1984: Capítulos VI-VIII).

[3]Las divergencias doctrinarias entre *Conflictos* y *Facundo* saltan a la vista si se comparan los métodos de análisis sugeridos en ambas obras. En la introducción a *Facundo* Sarmiento especifica que para poder dar cuenta del enigma de la organización política argentina se necesita "buscar en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres y tradiciones populares." Así, en este primer ensayo interpretativo, lo político es resultado del medio físico y social y de ciertas prácticas culturales, no de un conflicto racial (Sarmiento 1990: 39). Aunque en el Capítulo I de *Facundo* Sarmiento reconoce la presencia de diferentes razas (blancos, indios y negros) y de grupos mestizados en la población local, en oposición a la tesis racista de *Conflictos*, juzga que la fusión de las tres familias "ha resultado un todo *homogéneo*, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial *cuando la educación y las exigencias de una posición social no viene a ponerle espuela y sacarla de su estado habitual*" (pp 63-4, énfasis mío).

[4]El carácter necesario de esta expansión explicaba, según Spencer, la persistencia de formas arcaicas de la lucha por la vida: "Aunque es cierto que la continuación del antiguo instinto predatorio una vez satisfecho su propósito original ha retrasado la civilización al dar lugar a condiciones en conflicto con las de la vida social, por otro lado ha beneficiado la civilización al eliminar a las razas inferiores del hombre..." (Spencer, p. 21).

[5]La aplicación a los fenómenos sociales de la teoría evolucionista constituye un ejemplo claro de la imbricación entre ciencia e ideología. La política económica del Imperio británico en la segunda mitad del siglo XIX tuvo un papel preponderante en la difusión y éxito del concepto de selección natural en los estudios sociales, sobre todo porque constituía un instrumento ideológico adecuado para justificar tanto el sistema de explotación económica capitalista como el de las situaciones coloniales. Cfr. Greene, *Science, Ideology,*

and World View. Essays in the History of Evolutionary Ideas, passim. También, Canguilhem, *Ideology and Rationality in the History of the Life Sciences*, 1988, pp. 36-7.

[7]También en la línea de pensamiento de Spencer, Sarmiento mide el grado de progreso de cada grupo de acuerdo con su nivel de diferenciación y complejidad creciente, el cual no sólo se registraba en el nivel de las instituciones sociales sino también en el de su capacidad y variedad craneológica: "Las diferencias de volumen del cerebro que existen entre los individuos de una misma raza, son tanto más grandes cuando más elevadas están en la escala de la civilización. Bajo el punto de vista intelectual, los salvajes son más o menos estúpidos, mientras que los civilizados se componen de estólidos semejantes a los salvajes, de gentes de espíritu mediocre, de hombres inteligentes y de hombres superiores. Se comprende que las razas superiores sean más diferenciadas que las inferiores, dando por sentado que el minimum es común en todas las razas, y que el máximum, que es muy débil para los salvajes, es, al contrario, muy elevado para los civilizados" (*Conflictos*, pp. 87-8).

[8]En su tratado sobre la hibridización, Broca, siguiendo la clasificación de Blumenbach, distingue cinco tipos raciales ordenados, en orden descendente, del hombre civilizado al hombre más cercano al simio: 1) caucásicos, 2) mongoles 3) etiopes, 4) indígenas americanos, 5) malayos. Aunque todas las mezclas eran fértiles —lo cual probaba que las razas eran variedades de una misma especie y no especies separadas, según la escuela monogenista)— Broca setuvo que las uniones entre los tipos más cercanos en la escala natural eran más eugénicas —en el sentido de más prolíficas— y podían tener una progenie sana y capaz de reproducirse a su vez. Cfr. Broca, *Sobre los fenómenos de hibridización*. 1864: Section IV. Haciéndose eco de estas creencias racialistas, Sarmiento decía que, en América, "las razas distintas de color no forman [...] un todo homogéneo, como formaron entre sí galos y romanos, sajones y normandos, germanos y longobardos, godos, etc., y aún árabes y sarracenos, que al fin son variedades de una sola y misma raza, la caucásica" (*Conflictos*, p. 113)

[9]Aquí Sarmiento sigue de cerca las afirmaciones de Agassiz con respecto de la población mestiza en Brasil: "El híbrido entre blanco e indígena, llamado "mameluco" en Brasil, es pálido, afeminado, débil, perezoso, y más bien obstinado; aunque pareciera que la influencia indígena ha llegado sólo a obliterar las características superiores de la raza blanca, sin pasar sus propias energías a la descendencia. Es muy notable cómo, en ambas combinaciones, con negros y con blancos, lo indígena deja su marca más profundamente en la progenie que las otras dos razas, y cuán prestamente también, en cruces posteriores, los rasgos más indígenas regresan y los de las otras razas desaparecen." (Agassiz, *Viaje a Brazil*, 1879, p. 532)

[10]En su apreciación de los efectos de la Contrarreforma, Sarmiento coincide con los juicios de Galton, uno de los primeros evolucionistas en señalar la influencia contraproducente en materia eugenésica de ciertas prácticas institucionales ligadas a la civilización. La Iglesia católica había impedido la reproducción de su *stock* más inteligente por medio de la imposición del celibato a sus miembros, quienes fueron durante mucho tiempo el sector educado de las sociedades europeas, y la persecución de los librepensadores, quienes, desde una perspectiva positivista, representaban los precursores del pensamiento científico. Francia, Italia y España (las naciones consideradas "latinas") habían sido las víctimas de este tipo de política, según Galton, antinatural. (*Hereditary Genius*, 1914, p. 345).

[11]Tiene razón Alice Helg cuando dice que existe una contradicción entre la adhesión de Sarmiento a la teoría evolucionista de las razas, que rechaza de plano el mestizaje, y los remedios regenerativos que propone (pp. 37-68: p. 390). Sin embargo, la contradicción no es absoluta. Había elementos dentro del evolucionismo que permitían concebir la inmigración, sobre todo si era masiva, como una solución efectiva a las supuestas taras del mestizaje. En cuanto a la educación, el mismo Darwin en su *De la descendencia del hombre* incluyó, dentro de los factores que intervenían en el desarrollo de las razas humanas, la trasmisión hereditaria de facultades adquiridas por medios artificiales. Cfr. Greene, p. 114. De todos modos, por lo general el evolucionismo desconfiaba que la educación pudiera superar las determinaciones raciales. La ambigüedad de Sarmiento se podría explicar tanto por su deseo de encontrar una salida al determinismo biológico, como al carácter heterogéneo de las fuentes que usa, donde conviven Spencer, Darwin y Galton con Buckle. Éste último, por ejemplo, siendo también partidario de un modelo positivista de la historia, sostenía sin embargo que las diferencias observables entre el "hombre civilizado" y el "primitivo" provenían de circunstancias externas y eran, por lo tanto, modificables. Cfr. su *History of the Civilization in England*, Tomo I: p. 178.

[12]Vale la pena transcribir el pasaje en que Bunge describe ese objeto inaudito: "¡Cuán curioso, cuán abigarrado panorama nos presenta Hispano América, 'nuestra América', de razas y de ideas, de instituciones y cacicazgos, de riqueza y de miseria, de civilización y barbarie! Diríase una inmensa torre de Babel a la que acuden los hombres de todas las edades de la historia: clanes cuaternarios; tribus nómadas de Arabia; autócratas orientales y reyezuelos negros; mitrados sátrapas de Persia y tonsurados inquisidores de España; mandingas fatuos y serviles y orgullosos hidalgos castellanos; chinos bajo cuyos estirados párpados mongólicos llamea una pupila indolente y cruel; cráneos largos y puntiagudos; chatos, pequeños, grandes; teces blancas, amarillas, rojas, cobrizas; lenguas americanas, latinas, gérmanicas, aglutinantes, onomatopéyicas; tribunales, parlamentos, ferrocarriles, revoluciones, universidades, periódicos ... ¡y todo barajado, revuelto, yuxtapuesto sin soldarse, formando un inconmensurable guisado de cosas de Asia, de África, de Europa, de América! ¡Qué manjar más indigesto para los historiadores, los literatos, los críticos, los antropólogos! [...] La herencia, la Raza resulta, en inducción final, la clave del Enigma". (p. 115)

[13]Le Bon enunció este principio en *La evolución de los pueblos* (1894): "las características morales e intelectuales, cuya asociación forma el alma de un pueblo, representa la síntesis de su pasado entero, la herencia de sus ancestros, los motivos de su conducta. Ellas parecen variar mucho en los individuos de

una misma raza, pero la observación prueba que una determinada raza siempre posee un cierto número de características psicológicas comunes, que son tan estables como las características anatómicas que permiten la clasificación de especies[...] Este conjunto de elementos psicológicos observables en todos los individuos de una raza constituye lo que podría propiamente llamarse el carácter nacional. Juntos forman el tipo general que permite identificar a un pueblo." (1912: p. 6).

[31]Los "casos" ejemplificadores con los que culmina el ensayo se refieren al dictador argentino Juan Manuel de Rosas, el presidente del Ecuador Gabriel García Moreno y el presidente de Méjico Porfirio Díaz.

[32]Este desplazamiento por analogía ya se insinúa en las referencias al "mal" hispanoamericano así como en las asociaciones entre mestizaje y sífilis que aparecen en *Conflictos* (pp. 44, 219-20). Por otra parte, Sarmiento reconoce explícitamente la importancia de la medicina como modelo privilegiado de saber cuando en el prefacio de la misma obra pone entre sus fuentes de autoridad a su médico personal, el doctor Lloveras (p. 59).

[33] "No hallo, pues, sino un remedio, un solo remedio contra nuestras calamidades: la cultura, alcanzar la más alta cultura de los pueblos europeos ... ¿Cómo? Por el trabajo. [...] Nunca nos será dado trocar nuestra sangre, ni nuestra historia, ni nuestro clima; pero sí podemos europeizar nuestras ideas, sentimientos, pasiones ..." (*Nuestra América*, p. 217).

[34] "Pues ese elemento inmigratorio, una vez nacionalizado y criollado, amoldándose a los sentimientos e ideas del litoral, los mejora y tiende a formar una psicología argentina, la más bella y poderosa, la que amalgamará y refundirá en su crisol todos los factores y regiones para que fluyan en purísimo oro. *Esta psicología especial se aparta de la genérica de los pueblos criollos* y se insinúa ya en ciertos rasgos iniciales más o menos transitorios" (212, énfasis mío). La modificación de la personalidad psicológica por medio del mestizaje con un grupo superior estaba contemplada por el ensayo de Le Bon, quien, escéptico con respecto de la acción aislada de las instituciones, creía que "combinar dos pueblos es cambiar simultáneamente tanto la constitución física como la mental. El mestizaje, además, constituye el único medio infalible a nuestra disposición de transformar de una manera fundamental el carácter de un pueblo, siendo la herencia la única fuerza suficientemente poderosa como para contender con la herencia. El mestizaje racial permite la creación de nuevas razas, con nuevas características físicas y psicológicas." (Le Bon, p. 53, énfasis mío)

[35]La diversa adaptabilidad de las razas a las distintas latitudes sería un caso particular de leyes biológicas generales que establecían que el área de dispersión de las razas europeas estaba limitada a los climas templados. Cfr. Stepan, "Biological Degeneration: Races and Proper Places" (Chamberlin & Gilman 1985: pp. 97-119; pp. 98-104, en especial)

[36]Existen opiniones contrarias entre los críticos literarios en cuanto a la unidad narrativa de *Irresponsable*. Rojas y Giusti condenan la falta de argumento de la novela y la consideran apenas una suma de cuadros independientes. García y Blasi, en cambio, creen que el caso patológico es lo que da unidad al texto y lo hace deudor del naturalismo de Zola. Mi lectura coincide con la de estos últimos críticos salvo por el hecho de que, en mi opinión, la elección del caso patológico como matriz narrativa no se relaciona tan sólo con las predilecciones literarias de Podestá sino que forma parte de un sistema ideológico más amplio. Por otra parte, dichos críticos permanecen en el terreno de la analogía y no analizan en qué sentido la narración clínica interviene en el texto. Cfr. Rojas, *La literatura argentina*, Vol.8 *Los modernos*, 1925; Giusti, "La prosa de 1852 a 1900" (Arrieta 1959, p. 398); García 1946, 56-8; Blasi 1960, p. 54.

[37]Sigo aquí la clasificación de situaciones narrativas de F. K. Stanzel (pp. 187-199; pp. 205-8).

[38]Podestá fue director de hospitales municipales y del Hospital Italiano en Buenos Aires y trabajó para el Departamento Nacional de Higiene en la prevención del cólera, la cuarentena de los inmigrantes recién llegados, la regulación de la prostitución y la supervisión sanitaria de las escuelas públicas. En 1905 reemplazó al Dr. Piñero en la dirección del Hospital de Alienados. Durante los ochenta fue legislador provincial por la provincia de Buenos Aires. Entre sus muchas publicaciones médicas se destacan las relacionadas con casos de locura: *Un caso de simulación de locura*, *Enfermedades hereditarias*, *Informe pericial sobre el estado mental de G.E. procesado por homicidio*. De acuerdo con la reconstrucción de Blasi, en su biblioteca personal se encontraban casi todos los "clásicos" del darwinismo social, la antropología criminal y el naturalismo literario europeos (Lombroso, Maudsley, Lefort, Darwin, Spencer, Zola, los Goncourt, etc.). (pp. 7-28)

[39]Se trata del Colegio Nacional Buenos Aires, institución que fue objeto de los recuerdos nostálgicos de la mayoría de los intelectuales del ochenta. Por sus aulas pasaron Cambaceres, López, Argerich, Cané, los Piñero, y el mismo Podestá.

[40]Para la asociación entre judíos y locura, cfr. Gilman 1990: pp. 150-62.

[41]Foucault explica la diferencia entre los dos tipos de mirada clínica de este modo: "En su forma primaria, la lectura clínica implica un sujeto externo que descifra, sobre la base de lo observable, parentescos ordenados y definidos. En la experiencia clínico-anatómica, el ojo médico ve la enfermedad desplegándose en frente de él, horizontal y verticalmente, en profundidad gradual, mientras penetra el cuerpo y avanza dentro de él, mientras evita o levanta sus masas, o desciende en sus profundidades. La enfermedad no es ya un grupo desordenado de rasgos diseminados aquí y allí sobre la superficie del cuerpo y ligados sucesiones y correspondencias estadísticamente observables; es un conjunto de formas y deformaciones, figuras, accidentes y de elementos desplazados, destruidos, o modificados, relacionados entre sí en secuencia de acuerdo con una geografía que puede seguirse paso por paso. No es ya una especie patológica insertada en cualquier parte del cuerpo; es el cuerpo mismo que se ha enfermado." (1975, p. 136).

[42]Entre otros, se destacan los estudios fisonómicos y antropométricos de prostitutas del francés A.J.B. Parent-Duchatelet, *De la prostitution dans la ville de Paris* (1836), y de la médica rusa Pauline Tarnowski, *Étude*

anthropométrique sur les prostituées et les voleuses (1889). Tarnowski presta especial atención a las anormalidades de la cabeza: asimetría facial, narices "anormales", falta de desarrollo del cráneo, oreja Darwiniana. Cada uno de estos rasgos convertía a la prostituta en un ser atávico cercano a las razas inferiores. Benjamin Dupont, un médico francés inmigrante, usó el libro de Parent-Duchatelet en su estudio de la prostitución en Buenos Aires (*La pornografía en Buenos Aires*), cuyos resultados fueron incorporados al proyecto de control de la prostitución del médico argentino Coni en 1880. Cfr. Guy, p. 80.

[25]Estudios antropométricos como los de Paul Broca intentaron probar que las mujeres, como los negros y los indios, tenían cráneos más pequeños debido al tamaño reducido de sus cerebros, lo cual las hacía menos inteligentes en relación con los hombres blancos (Gould, pp. 103-107). Del mismo modo, ciertos médicos europeos creían que las pelvis estrechas indicaban inferioridad racial entre las mujeres (Gilman 1990, p. 90).

[26]La representación de una escena en que se ejecutaba una autopsia constituyó una *mise-en-abyme* muy común dentro de la literatura naturalista europea. Uno de los ejemplos más claros lo encontramos en el capítulo final de *Marthe*, novela temprana de J.K.Huysmans, donde se superpone la apertura del cráneo de uno de los personajes, un alcohólico, con un diálogo entre dos estudiantes de medicina en el que reconstruyen el destino de otro de los personajes (Huysmans 1992, pp. 108-114).

[27]Por ejemplo, las relaciones de Nanã y Muffat en *Nana* de Zola, las de Marthe y León en *Marthe* de Huysmans, o las de Odette y Swan en *En busca del tiempo perdido* de Proust. *La Physiologie de l'amour moderne* (1889) de Paul Bourget desarrolla el mismo esquema. En este caso, Claude Larcher, desquiciado por sus amores con una cocotte, usa su experiencia para redactar un tratado del amor que pueda servir de guía a los hombres para defenderse de ese tipo de mujeres. En *Música sentimental* del argentino Cambaceres, el narrador testigo esboza las secuencias principales de esta historia clásica cuando advierte al inexperto Pablo sobre los peligros que entrañaría apasionarse por la prostituta Loulou (pp. 193-5).

[28]Este diagnóstico aparece sugerido en el texto tanto por la caracterización directa del personaje como por la enumeración de sus síntomas en boca de un amigo médico y luego otra vez, a modo de lista, en el capítulo final. Éstos serían: exceso de imaginación, pesimismo filosófico, inclinación al suicidio, falta de voluntad innata, idealismo extremo, alcoholismo hereditario (p. 349).

[29]Para la lista de los rasgos fisonómicos del degenerado, cfr. Capítulo 4.

[30]Esta equivalencia entre prostitutas y gauchos excede el texto de Podestá. Los mecanismos estatales de control de la prostitución poseían muchos puntos en común con la así llamada "ley de vagos" usada para doblegar el cuerpo rebelde de los gauchos. En ambos casos, el Estado trató de fijar su domicilio y les impuso la posesión obligatoria de un documento que establecía su identidad y lugar de trabajo.

[31]En su excelente análisis de la imagen occidental de la histérica, Gilman menciona la introducción de la fotografía en el tratamiento de los locos a mediados del siglo XIX. El médico inglés Hugh W. Diamond, por ejemplo, se propuso curar a algunas de sus pacientes mostrándoles fotografías de sí mismas, asumiendo que el realismo de la fotografía tendría una función terapéutica por su mismo modo de representación. Cfr. Gilman, "The Image of the Hysteric" (Gilman et al. 1993: pp. 353-54).

[32]Según White, los distintos modelos historiográficos se organizan de acuerdo con tres niveles de conceptualización narrativa. El primero les proporciona un modo de organización discursiva con el cual dar un sentido lógico a su fábula básica. Aquí, los modos genéricos fundamentales serían la comedia, la tragedia, el romance y la sátira. El segundo nivel les provee una explicación argumental de lo acaecido mediante la aplicación de ciertos principios de combinación que sirven como leyes putativas de la historia. En este nivel se distinguen cuatro argumentos teórico-deductivos: formalista, organicista, mecanicista y contextualista. Finalmente, de acuerdo con la concepción del cambio histórico que se defienda, habría cuatro tipos de argumentación por implicación ideológica (conservador, liberal, revolucionario y anarquista) (1987, Introducción).

[33]Estas dos posibilidades interpretativas aparecen tanto en la interpretación formalista como en la literaria del *Origen de las especies*. Hilman, por ejemplo, afirma que la estructura metafórica del texto reproduce la forma de la tragedia. Aplicando los estadios de la tragedia definidos por Gilbert Murray, concluye que la lucha por la existencia correspondería al *agon y sparagmos*, y la selección natural a la anagnórisis y epifanía (Hyman 1962, p. 28. A. D. Culler, por el contrario, cree que la explicación darwinista es análoga a la tradición cómica: "La comedia es biológica en tanto expresa la voluntad de vivir, la irreprimible energía sexual que emerge a través de las falsas barreras erigida por la sociedad y se completa a sí misma en la pasión." (Culler 1968, p. 238). Beer en cambio sostiene que tanto el *Origen de las especies* como *La descendencia del hombre* de Darwin permiten las dos lecturas (1985, p. 5; pp. 115-7).

[34]Las cinco secciones en que se divide *Libro extraño* fueron primero publicadas como volúmenes independientes y luego reunidas en un mismo volumen en 1910. Dichas partes son: *Libro extraño* (1894), *Genaro* (1896), *Don Manuel de Paloche* (1899), *Méndez* (1900) y *Hacia la justicia* (1902).

[35]Para una descripción muy detallada de la organización de los personajes de *Libro extraño* se puede consultar Posadas 1968, pp. 44-54.

[36]El diagnóstico de locura moral con que el narrador juzga a Valverde es lo suficientemente general como para confundirse con cualquier modalidad de la transgresión moral. Esta falta de precisión era típica de la caracterización clásica de la locura moral en la medicina decimonónica. Maudsley afirmaba que: "A pesar de los prejuicios en su contra, existe un desorden de la mente que, sin ilusión, ni alucinación, se manifiesta principalmente como una perversión de las facultades mentales que se llaman generalmente los poderes morales o activos —los sentidmientos, las inclinaciones, el temperamento,

Macherey, Pierre, *Para una teoría de la producción literaria*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, 1974.
Malinas, Yves, *Zola et les hérédités imaginaires*, Paris: Expansion Scientifique Francéais, 1985.
Marún, Giaconda, "Relectura de *Sin rumbo*: floración de la novela moderna", *Revista Iberoamericana* 135-36 (1986): 379-92.
Miller, D.A., *The Novel and the Police*, Berkeley: University of California Press, 1988.
Montaldo, Graciela, *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*, Rosario: beatriz Viterbo Editora, 1993.
Mosse, George L., *Nationalism and Sexuality. Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Madison: The University of Wisconsin Press, 1985.
Molloy, Sylvia, "Dissecting Autobiography: The Strange Case of Dr. Wilde", *JLIS* 5.1 (1993): 117-130.
Molloy, Sylvia, "Diagnósticos del Fin de Siglo", Beatriz González Stephan (comp.), *Cultura y Tercer Mundo*, Caracas: Nueva Sociedad, 1996: 171-200.
Napolitano, Emma, *Francisco A. Sicardi*, Buenos Aires: Instituto de literatura argentina "Ricardo Rojas", Universidad de Buenos Aires, 1942.
Nouzeilles, Gabriela, "La Ciudad de los Tísicos: Tuberculosis y Autonomía." *ALEC. A Special Issue on 1898, Fin de Siglo and Modernity*. Volume 23, Issue 1 (1998): 295-313.
Nouzeilles, Gabriela, "El Enigma del Monstruo: Modernidad e Higiene Racial en *La charca* de Zeno Gandía." *LALR*. Vol. XXV. July-December 1997. Number 50: 89-107.
Nouzeilles, Gabriela, "Ficciones paranoicas de fin de siglo: naturalismo argentino y policía médica." *MLN* 112 (1997): 232-52.
Nouzeilles, Gabriela, "Narrar el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad." *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*. Año 5, No 9. Caracas, ene-jun, 1997: 149-176.
Nye, Robert A., *Crime, Madness, and Politics in Modern France: the Medical Concept of National Decline*, Princeton: Princeton University Press, 1984.
Onega, Gladys, *La inmigración en la literatura argentina, 1880-1910*, Buenos Aires: Galerna, 1969.
Ortony, Andrew (ed.), *Metaphor and Thought*, London/New York/Melbourne: Cambridge University Press,1979
Parker, Andrew, Russo, Mary, Sommer, Doris, and Yaeger, Patricia (eds.), *Nationalisms and Sexualities*, New York/London; Routledge, 1992.

Pick, Daniel, *Faces of Degeneration: A European Disorder, c. 1848-c. 1918*, Cambridge: Cambridge University Press, 1982.
Poliakov, L., *Le couple interdit. Entretiens sur le racisme* (III), Paris/The Hague: Mouton, 1980.
Posadas, Abel, El Libro extraño *de Sicardi*, Buenos Aires: CEAL, 1968.
Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires: Sudamericana, 1988.
Rabinbach, Anson, "The Body without Fatigue: A Nineteenth-Century Utopia", *Political Symbolism in Modern Europe. Essays in Honor of George L. Mosse*, London/New Brunswick, 1982: 42-62.
Rama, Angel, *La ciudad letrada*, Hanover (N.H.): Ediciones del norte, 1984.
Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
Recalde, Héctor, *Matrimonio civil y divorcio*, Buenos Aires: CEAL, 1986.
Recalde, Héctor, *Higiene pública y secularización*, Buenos Aires: CEAL, 1989.
Richmond, Douglas W., *Carlos Pellegrini and the Crisis of the Argentine Elite, 1880-1916*, Newy York: Praeger, 1989.
Rodríguez Molas, Ricardo E., *Historia social del gaucho*, Buenos Aires: CEAL, 1982.
Rojas, Ricardo, *La literatura argentina: Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, Vol. 1,7 y 8, Buenos Aires: Librería La Facultad, 1925.
Romero, José Luis, *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos*. Buenos Aires: CEAL, 1982.
Root, Winthrop H., *German Criticism of Zola, 1875-1893*, New York: Columbia University Press, 1931.
Rothfield, Lawrence, *Vital Signs. Medical Realism in Nineteenth-Century Fiction*, Princeton: Princeton University Press, 1992.
Ruggiero, Kristin, "Honor, Maternity, and Discipling of Women: Infanticide in Late Nineteenth- Century Buenos Aires" *Hispanic Americana Historical Review* 72:3 (1992): 353-73.
Russich, Luciano, *El inmigrante italiano en la novela argentina del 80*, Madrid: Playor S.A., 1974.
Sacks, Oliver, "Clinical Tales", *Literature and Medicine*, Vol. V, 1986: 16-23.
Said, Edward, *Beginnings: Intention and Method*, New York: Basic Books, Inc. Publishers, 1975

Salessi, Jorge, *médicos maleantes y maricas*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1995.
Sarlo, Beatriz & Carlos Altamirano, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: CEAL, 1983.
Schade, George D., "El arte narrativo de *Sin rumbo*", *Revista Iberoamericana* 102-39 (1978): 17-29.
Schor, Naomi, *Zola's Crowds*, Baltimore and London: The Johns Hopkins University 1878.
Scobie, James R., *Argentina: a City and a Nation*, New York: Oxford University Press, 1971.
Semple, Robert H. (ed.), *Memoirs on Diphtheria from the Writings of Bretonneau, Guersan, Trousseau, Bouchut, Empis, and Daviot*, London: The New Sydenham Society, 1860.
Smith, A.D., *Theories of Nationalism*, New York: Holmes & Meier Publishers, Inc., 1983.
Solberg, C.E., *Inmigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin: University of Texas Press, 1970.
Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Buenos Aires: Paidós, 1968.
Sollors, Werner, *The Invention of Ethnicity*, New York: Oxford University Press, 1984.
Sommer, Doris, *Foundational Fictions: the National Romances of Latin America*, Berkeley/Oxford: University of California Press, 1991.
Stabb, Martin S., *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1967.
Stallybrass, Peter & White, Allon, *The Politics and Poetics of Transgression*, New York: Cornell University Press, 1986.
Stanzel, Franz K., *A Theory of Narrative*, Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
Stepan, Nancy, "Race and Gender. The Role of Analogy", *The Racial economy of Science. Toward a Democratic Future*. Sandra Harding (ed.), Bloomington and Indianapolis: Indiana U.P., 1993: 359-76
Stepan, Nancy, *The Hours of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America*, Ithaca: Cornell University Press, 1991.
Stoler, Ann Laura, *The Education of Desire. Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Durham (NC): Duke U.P., 1995.
Suleiman, Susan, *Authoritarian Fictions*, New York: Columbia University Press, 1983.

Szuchman, Mark D., "The limits of the Melting Pot in urban Argentina: marriage and Integration in Córdoba, 1869-1909", *Hispanic American Historical Review* 53, No. 1 (febrero 1977): 24-50.
Szuchman, Mark D., *Family, Order, and Community in Buenos Aires, 1810-1860*, Palo Alto (Calif.): Standford University Press, 1988.
Tcachuk, Alejandra, *Eugenio Cambaceres: vida y obra*, PhD. Dissertation, Northwestern University, 1976.
Terán, Oscar, (ed), *América latina: Positivismo y nación*, México: Editorial Katún, 1983.
Terán, Oscar, (ed), *José Ingenieros: Pensar la nación*, Buenos Aires: Alianza, 1986.
Terán, Oscar, *En busca de la ideologia argentina*, Buenos Aires: Catálogos Editora, 1986.
Trillat, Étienne, *Histoire de l'hysterie*, Paris: Éditions Seghers, 1986.
Tytler, Graeme, *Physiognomy in the European Novel: Faces and Fortunes*, Princeton (NJ): Princeton University Press, 1982.
Uhlir, Kamil, "Cuatro problemas fundamentales en la obra de Eugenio Cambaceres", *Philologica Pragensia*, 6 (1963): 225-245.
Uspensky, Boris, *A Poetics of Composition. The Structure of the Artistic Text and Typology of a Compositional Form*, Berkeley: University of California Press, 1983.
Veith, Ilza, *Hysteria. The History of a Disease*, Chicago/London: The University of Chicago Press, 1965.
Vezzetti, Hugo, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires: Paidós, 1985.
Vidal, Hernán, "Melodrama y dependencia", *Ideologies & Literatures*, no 2 (1977): 41-69.
Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: CEAL, 1982.
Vogel, Hans, "New Citizens for a New Nation: Naturalization in Early Independent Argentina", *Hispanic American Historical Review* (1991): 107-131.
Whitaker, Arthur P., *Nationalism in Latin America*, Jacksonville (FL): University of Florida Press, 1962.
Williams, D.A. (ed.), *The Monster in the Mirror. Studies in Nineteenth-Century Realism*, Oxford: Oxford University Press, 1978.
Williams, Raymond, *Marxism and Literature*, Oxford: Oxford University Press, 1977.
Zimmerman, Eduardo A., "Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890-1916", *Hispanic American Historical Review* 72:1 (February 1992): 23-46.

Índice

Introducción ..11

1. Saber médico y cuerpos ciudadanos ..35
.Higienismo y vigilancia ..37
.El lado obscuro del progreso: patologías modernas ..45

2. Novelas médicas ..59
.Modelos para armar: casos y genealogías ..67
.Novelas médicas ..76
.Pragmática de la lectura y formación ciudadana ..80

3. *Sin rumbo*: neurosis criolla y disciplinamiento ..95
.Genealogías truncas y alegorías políticas ..97
.Schopenhauer a contrapelo: deseo y subjetividad ..106
.Neurosis y disciplinamiento narrativo ..112

4. Ficciones paranoicas: degeneración e intrusos ..131
.La familia neuropática inmigrante ..137
.El asalto a la nación ..156

5. Regeneración y utopía racial ..197
.Utopías racialistas del fin de siglo ..200
.*Irresponsable*: anatomía de una patología criolla ..208
.*Libro extraño*: una novela darwinista ..227

Bibliografía ..263